

EXPLORACIONES DE LA DINÁMICA FAMILIAR

Aportaciones orientadas al bienestar
psicosocial de la niñez a la juventud

MARÍA MARTHA MONTIEL CARBAJAL
(COORDINADORA)



"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"

Qartuppi

EXPLORACIONES DE LA DINÁMICA FAMILIAR

Aportaciones orientadas al bienestar
psicosocial de la niñez a la juventud

MARÍA MARTHA MONTIEL CARBAJAL
(COORDINADORA)



"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"

Qartuppi®

Obra revisada por pares académicos, expertos en el tema.

Libro publicado con el apoyo del Programa de Fortalecimiento de la Calidad Educativa
P/PFCE-2018-26MSU0015Z-14-49.

EXPLORACIONES DE LA DINÁMICA FAMILIAR

Aportaciones orientadas al bienestar psicosocial de la niñez a la juventud

1era. edición, diciembre 2018

ISBN 978-607-518-302-2

ISBN 978-607-98270-4-5

DOI 10.29410/QTP.18.11

D.R. © 2018. Universidad de Sonora

Blvd. Luis Encinas y Rosales s/n Col. Centro

Hermosillo, Sonora 83000 México

<http://www.unison.mx>

D.R. © 2018. Qartuppi, S. de R.L. de C.V.

Villa Turca 17, Col. Villas del Mediterráneo

Hermosillo, Sonora 83220 México

<http://www.qartuppi.com>

Diseño y Edición: Qartuppi, S. de R.L. de C.V.

Diseño de portada: León Felipe Irigoyen Morales

Tabla de Contenidos

- 7 **PRESENTACIÓN**
María Martha Montiel Carbajal
- 11 **CAPÍTULO 1**
Desarrollo de apego seguro como promotor del bienestar psicológico
en la primera infancia. Revisión teórico-conceptual del tema
Marcela Sotomayor Peterson
- 27 **CAPÍTULO 2**
Exploración del funcionamiento familiar como entorno de desarrollo: dimensiones
Jesús Ernesto Valenzuela Medina
- 41 **CAPÍTULO 3**
El Modelo Circumplejo para describir el funcionamiento familiar:
un abordaje de la dinámica familiar en la atención a la salud
Julia Irene López González

- 57 **CAPÍTULO 4**
Funcionamiento familiar y bienestar de los hijos:
la promoción de comportamientos saludables de alimentación
María Martha Montiel Carbajal
- 75 **CAPÍTULO 5**
El perfil de los jóvenes en México, conductas de riesgo
y su relación con factores de riesgo
María Elena Reguera Torres
- 95 **CAPÍTULO 6**
Familias y condiciones de bienestar social en México:
necesaria una epistemología sistémica que permita
la integración de hallazgos y propuestas
Francisco Justiniano Velasco Arellanes y Rossana Basurto Álvarez
- 116 **ACERCA DE LOS AUTORES**

Presentación

MARÍA MARTHA MONTIEL CARBAJAL

El Cuerpo Académico Salud y Bienestar en Grupos Vulnerables fue fundado en 2005 y se ha mantenido hasta el presente con el propósito de continuar generando conocimiento en relación a los grupos en situación de vulnerabilidad, a través de la investigación y la difusión de los esfuerzos investigativos de sus miembros.

Como resultado del análisis y discusión de los avances de los proyectos de sus miembros, el cuerpo académico resuelve definir una sola Línea de Generación y Aplicación Innovadora del Conocimiento (LGAC) bajo el nombre de *Salud y Bienestar en Grupos Vulnerables con enfoque de Ciclo de Vida*, que consiste en desarrollar investigación básica y aplicada acerca de factores individuales, familiares y sociales involucrados en la promoción de la salud y prevención de la enfermedad en grupos vulnerables. Se enfatiza además que la evaluación e intervención esté orientada a la atención de prioridades sociales con una perspectiva de ciclo de vida. Se consideró que esta LGAC permitirá unir los esfuerzos de todos los miembros del cuerpo académico alrededor de un proyecto integrador que atienda a las necesidades emergentes de la población, considerando que se requieren abordar diferencialmente por grupos de edad.

Bajo esta lógica de trabajo, en este libro se presentan diversas propuestas para conocer, analizar y evaluar fenómenos interactivos involucrados en el ajuste del individuo a lo largo del ciclo vital. Si bien, no se abordan de manera exhaustiva cada una de las etapas definidas para el ciclo de vida, los autores se aproximan a fenómenos epidemiológica y socialmente relevantes. Como el lector podrá apreciar, los enfoques analíticos son diversos, y más que centrarse en características individuales, lo hacen en características de la interacción diádica, familiar y del contexto donde ocurren.

A pesar de la diversidad de enfoques, el hilo conductor de las preocupaciones de los autores es la comprensión de aquellos factores que participan en la determinación del ajuste psicosocial de los individuos y, por ende, su bienestar y desarrollo, particularmente las características de las relaciones familiares. La búsqueda de indicadores positivos de bienestar, de las características de interacciones que conducen a comportamientos saludables, así como la evaluación de los recursos familiares es el foco de interés de varios de los autores. Por otro lado, también hay interés por conocer aquellos factores de riesgo que participan a lo largo del desarrollo del individuo, cuyo reconocimiento o detección permite identificar grupos en riesgo. Tal es el caso de la población adolescente.

El propósito último de esta obra es brindar al lector –principalmente al estudiante de Psicología desarrollando prácticas profesionales– conceptos y aproximaciones que le permitan expandir el rango de análisis para la comprensión del complejo comportamental, fundamentalmente considerando el contexto familiar como determinante inmediato que requiere ser evaluado para asegurar intervenciones más extensas, que por ende, aborden al sistema de apoyo más importante para el desarrollo y bienestar de los individuos.

Iniciando el capitulo, la Dra. Marcela Sotomayor plantea en su escrito sobre desarrollo de apego seguro como promotor del bienestar psicológico en la primera infancia, que la conformación de un sistema positivo de indicadores de bienestar infantil derivados del análisis de las interacciones del niño con los agentes significativos de su entorno relacional, es fundamental para favorecer el cambio de enfoque clínico (basado en deficiencias o psicopatologías) para la comprensión de los factores que contribuyen al ajuste psicosocial del niño.

El capítulo que presenta el Dr. Jesús Ernesto Valenzuela Medina propone un enfoque psicosocial para entender, evaluar e intervenir en la problemática que plantea el ajuste escolar del niño con dificultades para el aprendizaje. La perspectiva de intervención psicosocial, basada en un enfoque sistémico del funcionamiento familiar y un modelo de intervención centrado en el desarrollo de competencias, plantea el autor, es una herramienta analítica y metodológica básica para el psicólogo. El autor presenta diversos instrumentos –inventarios, guías de entrevista–, para facilitar las tareas de exploración y diagnóstico con enfoque de intervención psicosocial. Destaca este enfoque la exploración de las características del funcionamiento familiar como entorno de desarrollo psicológico, acentuando la identificación de las fortalezas y capacidades del grupo familiar para hacer frente de manera proactiva a las situaciones de crisis.

El capítulo de la M.C. Julia Irene López González expone los argumentos y evidencias que sustentan al Modelo Circumplejo de los Sistemas Familiares y Maritales como herramienta

sistemática. Este enfoque aporta los ejes de análisis necesarios para entender cómo las características de cohesión y apego, facilitadas u obstaculizadas por la comunicación familiar, delimitan de forma relevante el desarrollo de los miembros de la familia. La autora presenta el instrumento de evaluación derivado del modelo y expone una serie de investigaciones que ejemplifican dicha contribución teórica que, a su vez, provee de guías importantes para la evaluación.

Siguiendo como foco de análisis el funcionamiento familiar, la Dra. Martha Montiel Carbajal expone las contribuciones del estudio del funcionamiento familiar, desde una perspectiva ecológica, para entender las características de la interacción que dan lugar a los comportamientos y preferencias alimentarias. El enfoque expuesto plantea un modelo ecológico del ambiente obesogénico, particularizando el análisis de las características del funcionamiento familiar en tres dimensiones: estilo parental o de autoridad, estilos parentales de alimentación y prácticas para el control de la alimentación. Se presenta, además, la evidencia provista por la investigación acerca de estas interacciones, para estimar la contribución de las mismas a la explicación de las características de la ingesta del niño respecto a calidad, cantidad y preferencias.

Los dos últimos capítulos que integran la obra versan sobre aspectos más amplios. El capítulo a cargo de la M.C. María Elena Reguera Torres expone el perfil del adolescente incluyendo los determinantes estructurales: perfil sociodemográfico, instrucción, ocupación, salud y riesgos, los cuales favorecen que los jóvenes adopten conductas de riesgo que condicionan su desarrollo, en Sonora en lo particular y en México en lo general. Se analizan las características del contexto familiar y su papel en el perfil de riesgo del adolescente.

La obra cierra con la presentación a cargo del Dr. Francisco Velasco Arellanes y la Dra. Rossana Basurto Álvarez que abordan el campo del bienestar social aunado al estudio de las características familiares para integrar una propuesta de análisis con enfoque de sistemas.

Esperamos que esta obra resulte de su interés y cumpla con su objetivo que es contribuir a la formación de psicólogos que, en su práctica escolar y profesional, requerirá acercarse a opciones con enfoque de familia, basadas en la evidencia para la intervención y mejora de la calidad de vida de los individuos.

Agradecemos el apoyo de la División de Ciencias Sociales Campus Centro para la concreción de este esfuerzo colaborativo, al igual que a los diversos revisores que contribuyeron al mejoramiento de cada una de las aportaciones al capitulado.

CAPÍTULO 1

Desarrollo de apego seguro como promotor del bienestar psicológico en la primera infancia. Revisión teórico-conceptual del tema

MARCELA SOTOMAYOR PETERSON

La investigación sobre bienestar y calidad de vida (Seligman, 1991) se ha visto incrementada en los últimos años, posiblemente, como resultado del resurgimiento de las ideas centrales del humanismo, corriente interesada en una psicología para la autorrealización y el desarrollo pleno del potencial humano enfatizado en la búsqueda y conocimiento de las causas y correlatos del desarrollo positivo y sus asociaciones con la salud física y mental (Alfaro, Casas y López, 2015; García-Alandete, 2014). Esta aproximación deja de lado la visión contraria que tradicionalmente centró su interés en el estudio de la patología y los problemas del individuo y la sociedad. En el campo del bienestar, el concepto de *bienestar psicológico* (Ryff y Keyes, 1995) se destacó sobre todo en la investigación con adultos, y a excepción del trabajo realizado en España y algunos países Latinoamericanos entre ellos Chile, Argentina y Brasil, los estudios sobre bienestar psicológico infantil es casi inexistente (Alfaro et al. (2015).

En este ensayo, nos proponemos argumentar que una línea sustantiva en el estudio del bienestar psicológico en la infancia está en la comprensión del proceso que conduce al establecimiento del apego entre el niño y su cuidador primario, usualmente su madre, por las grandes implicaciones que esto tiene para el desarrollo socioemocional del niño. Documentaremos también que, aunque el concepto de bienestar psicológico como lo definieran Ryff y Keyes (1995) esté casi ausente en la

investigación sobre apego infantil, los indicadores a que éste hace referencia pueden claramente identificarse en los conceptos de *funcionamiento psicológico*, *competencia emocional*, *ajuste psicosocial*, entre otros. Dichos conceptos, usualmente incluidos en la investigación del apego infantil, y que organismos como la UNICEF (2010) declaran ser centrales en la conformación de un sistema positivo de indicadores de bienestar infantil, necesariamente incluirían el análisis de las relaciones interpersonales que el niño establece con todos sus significativos (i.e. familia, pares, maestros, vecinos, etc.)

APEGO INFANTIL Y BIENESTAR PSICOLÓGICO. DOS CONCEPTOS RELACIONADOS

La idea de que un apego seguro en la infancia era precursor de la salud mental del individuo estuvo presente entre los teóricos del apego desde sus inicios con las formulaciones de Bowlby (1958; 1969). Desde entonces, la investigación en apego ha explorado abundantemente las conexiones entre éste con algunos resultados positivos del desarrollo socioemocional del niño, como se describe en apartados posteriores. Sin embargo, esta línea de investigación no ha incluido el análisis del constructo de bienestar psicológico tal como lo definieran Ryff y Keyes (1995).

El concepto de bienestar psicológico (Ryff y Keyes, 1995) hace referencia a un conjunto de logros que, tomados desde la perspectiva del individuo, explican la experiencia subjetiva de bienestar. Entre estos logros están la *autoaceptación*, esto es, la valoración positiva que hace el individuo de sí mismo y de sus *relaciones con los demás*, de su *autonomía y dominio del ambiente*, *propósito en la vida*, y *crecimiento personal*. Pese a ser un constructo acuñado para hablar de la experiencia vital del individuo adulto, a decir de algunos autores, el concepto resultaría prometedor para el estudio del fenómeno en etapas tempranas del ciclo de vida, aun con sus limitaciones (Casas, Rosich y Alsinet, 2000). Según Alfaro et al. (2015) una de las dificultades para aplicar el concepto de bienestar psicológico en la investigación con niños reside en que todavía se desconoce el significado que éste tendría para un niño y, consecuentemente, se carece de indicadores de bienestar psicológico que hablen de logros de desarrollo tomados directamente del niño, y no de sus familias, padres, o maestros como ha sido la tradición (Alfaro et al., 2015). Al respecto, la misma Organización Mundial de la Salud (OMS) explicita que el establecimiento de un apego positivo y lazos afectivos tempranos es factor protector en la prevención de trastornos mentales; haciéndose claro el vínculo entre éste y los logros del desarrollo como un sentido positivo de sí mismo, capacidad para manejar las emociones y pensamientos, y posibilitar con ello relaciones sociales saludables, así como aptitud para aprender y participar en sociedad (OMS, 2004).

Pese a que, como tal, el término de bienestar psicológico tal como lo definiera Ryff y Keyes (1995) no esté muy presente en la literatura particularmente con niños, a continuación, se describen brevemente un par de estudios que incluyen mediciones aproximadas de bienestar, y cuyos hallazgos abonan a la hipótesis sostenida en este escrito. Con una muestra de 1029 adolescentes de 15 años de edad, mayormente de origen europeo, los autores encuentran en general que la percepción de bienestar en la adolescencia temprana está más fuertemente asociada con el nivel de apego a los padres, que a los iguales, esto sin diferencia por sexo; y que el apego a los padres se asociaba en el sentido esperado con problemas de salud mental, así como con la percepción de fortalezas en el adolescente (i.e. digno de confianza, popular, etc.). El análisis de varianza arrojó que el grupo de adolescentes identificados como con bajo nivel de apego a sus padres tuvieron niveles más altos de problemas de conducta e inatención; así como en la frecuencia de emocionalidad negativa asociada al estrés por eventos vitales. Respecto a la percepción de fortalezas, solo se encontró como significativa el nivel más alto para aquellos adolescentes que reportaron sentirse fuertemente apegados a sus padres y a sus iguales (Raja, McGee y Stanton, 1992). Por su parte, Messina y Zavattini (2014) exploraron, en una muestra de 30 niños italianos de 6 años, el rol que juega la calidad de su apego a la figura materna en su habilidad para recordar momentos de bienestar y de estrés en sus cortas vidas. Sus resultados indicaron que el apego del niño influía en su capacidad para recordar sus experiencias emocionales como mayormente positivas.

Los estudios previos son inspiradores para continuar trabajando y comprender los vínculos entre el logro de la *confianza básica* implícita en el establecimiento de un apego seguro en la más tierna infancia, y lo que podemos entender como bienestar psicológico. La confianza y la seguridad que el niño experimenta junto a su cuidador está en la base sobre la cual el niño es capaz de interiorizar las pautas de socialización que le permiten adaptarse exitosamente al medio (Crain, 2005). Su capacidad de autoregularse emocional y conductualmente, de integrarse al grupo de iguales, y de desarrollar aptitudes para el aprendizaje y logro escolar se explicarían, entre otros, por este logro de la infancia temprana (Cassidy y Shaver, 1999). Por la importancia de profundizar en nuestra comprensión sobre los mecanismos implicados en el establecimiento del apego, a continuación, se presentan las ideas fundamentales del tema.

FUNDAMENTOS Y CONCEPTOS DE LA TEORÍA DEL APEGO

La calidad del apego del niño con su madre es pieza clave para el desarrollo y bienestar psicológico en la infancia, por el peso que ésta tiene en la formación del Yo o *self* (Bowlby, 1958; 1969). Es pieza clave

para entender algunos aspectos de la personalidad (Thompson, 1998), así como en la explicación de manifestaciones patológicas del comportamiento infantil (Rutter y Soufre, 2000). El desarrollo del Yo, es decir, el desarrollo de la idea que de sí mismo tiene el niño se va construyendo como resultado de su íntima relación con aquellas figuras que son centrales en su atención y cuidado, normalmente la madre. La teoría del apego de Bowlby (1958) distanciada de su primera orientación psicoanalítica, incluye *insights* de perspectivas como la teoría etológica y la biología evolutiva, la teoría del control de los sistemas, y la psicología del desarrollo. Según el autor, el apego surge de un sistema conductual propio de la especie que evolucionó para promover la sobrevivencia del infante que lo motiva a buscar la protección en la proximidad hacia un adulto, sobre todo cuando se está bajo una condición amenazante; esas figuras, plantea Bowlby, con el tiempo se convierten en fuente de protección (i.e. “base segura”). Existen, además, sistemas conductuales complementarios que rigen la conducta exploratoria y el miedo en el niño; así como los sistemas conductuales en el adulto que son comportamientos orientados al cuidado del niño. Por lo tanto, los niños están intrínsecamente motivados a mantenerse cerca de su figura de apego y sus conductas de exploración y miedo fomentan las respuestas de sensibilidad del adulto hacia el niño; en un mecanismo de interacción recíprocamente alimentado entre niño y cuidador. Bowlby se sostuvo en Piaget para explicar cómo, a través de la interacción consistente con su cuidador, el niño va desarrollando una representación interna de su figura de apego, a la cual atribuye formas de responder, mismas que fomentan las expectativas del niño y delimitan su comportamiento en futuras interacciones con otros adultos; representaciones internas a las que llamó modelos de funcionamiento interno (i.e. *Internal working model*). Según Piaget, en los primeros dos años de vida, el niño transita de su capacidad para utilizar esquemas de acción física (i.e. succionar, aprehender, patear) con los cuales maneja su mundo inmediato, hacia la capacidad del pensamiento preoperacional donde el niño aprende a pensar a través del uso del símbolo y de las imágenes internas, aun cuando su pensamiento sigue siendo asistemático e ilógico (Crain, 2005, p. 115). Bowlby postulaba que la formación de ese vínculo afectivo, específico y perdurable entre el niño y su madre era posibilitada por el propio desarrollo cognitivo del niño (i.e. habiendo logrado ya la permanencia del objeto, y la capacidad de procesar e integrar información) que facilitaba la creación de un modelo o representación interna de la relación con su figura de apego que, generando en el niño expectativas de la conducta del otro, guiaba su comportamiento en futuras interacciones.

Las ideas de Bowlby fueron complementadas por el trabajo de Ainsworth y su teoría de los *Estilos de Apego*. A través de años de observar la interacción natural en centenares de díadas madre-hi-

jo, Ainsworth generó una estrategia de observación controlada en laboratorio llamada *Situación Extraña* (Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978). Utilizando una cámara de Gesell observó a díadas de madres con sus niños lactantes (i.e. ocho meses hasta un año y medio, aproximadamente) bajo un arreglo que incluía la presencia y ausencia de la madre, con el objetivo de observar las reacciones del niño. La observación iniciaba con la madre y niño juntos en el laboratorio, acondicionado con diversos objetos para estimular la conducta exploratoria del niño. El siguiente momento la madre se retiraba del lugar dejando al niño solo, para regresar unos minutos después. El patrón conductual denominado *apego seguro* se caracterizaba por las protestas y/o el llanto del niño al observar que la madre se alejaba, poniendo fin a la conducta exploratoria, el niño permanecía normalmente inmóvil protestando; una vez que la madre regresaba, el niño buscaba activamente su cercanía, lo que normalmente ponía fin al llanto del niño quien, pasado unos minutos, regresaba a su previa conducta exploratoria. La teoría establece que el niño *usa a su madre como base segura* porque allí encuentra los estímulos necesarios para disminuir las respuestas de hiper-activación fisiológica experimentadas por la ausencia amenazante de la madre; una vez logrado el estado de quietud interna, el niño regresa su atención hacia los estímulos ambientales que incitan su conducta exploratoria (Ainsworth et al., 2015). Estas observaciones confirmaron que los niños con apego seguro eran aquellos cuyas madres fueron observadas respondiendo consistentemente de forma sensible, afectuosa y eficientemente a las señales de estrés del niño. La hipótesis es que la exposición repetida a lo largo de la crianza de episodios de este tipo, le permiten al niño construir una representación de su relación con su madre como alguien en quien *confiar*, porque ella está disponible y responde a sus señales de forma consistente y eficaz. En este punto, existe una clara similitud entre la teoría del apego y el planteamiento de Erickson con su teoría del desarrollo psicosocial, que supone que el logro de *la confianza básica* es la tarea de desarrollo de la infancia que satisfactoriamente lograda sirve de escalón para transitar hacia el logro de la autonomía característica de la niñez, como piedra fundamental sobre la cual habrá de construirse su personalidad (Crain, 2005).

En las observaciones de Ainsworth et al. (1978), el apego seguro del niño se asociaba a una respuesta materna caracterizada por la sensibilidad y responsividad apropiada a las señales de estrés del niño; otras formas de responder de las madres se asociaban con distintas reacciones de los niños. En la misma situación extraña se observó a niños que se mostraban indiferentes a la figura materna, que no protestaban por su ausencia, que no interrumpían su exploración o juego, y no mostraban señales de interés ni aproximación cuando regresaba la madre a la situación experimental. A este patrón conductual se le identificó como *apego inseguro evitativo*; mientras que aquellos que respon-

dían con fuerte protesta, que detenían su exploración y cuyas madres fracasaban en confortarlos a su regreso, aferrándose, pero a la vez rechazando el contacto de su madre, se identificaron como niños con *apego inseguro ansioso o ambivalente* (también llamado *resistente*). Ainsworth et al. (1978) observaron que el apego inseguro evitativo se asociaba a una respuesta materna caracterizada por la inconsistencia, que oscilaba entre la sobre estimulación o intrusividad y la pobre estimulación; la alta intensidad en la respuesta, la no contingencia o excesiva contingencia en la respuesta; todas estas características se consideraron muestra de la incapacidad de la madre para “leer” correctamente las señales o comunicación del niño (i.e. *sensitividad materna*, ver Blehar, Lieberman y Ainsworth, 1977; Beebe y Steele, 2013). Aquel patrón de respuestas caracterizada por la falta de disponibilidad de la madre, su pobre o nulo involucramiento, el desapego y la inconsistencia, se identificaron con un apego inseguro ansioso-ambivalente.

Posteriormente, a los tres estilos de apego postulados por Ainsworth et al. se le añadiría un cuarto estilo o patrón conductual. Main y Solomon (1986) propusieron que un patrón de apego *inseguro desorganizado-desorientado* se observaba en un porcentaje importante de los niños observados durante la Situación Extraña. La idea central es que las conductas exhibidas por el niño no conformaban un patrón clasificable dentro de alguna de las tres categorías conocidas; sino un conjunto diverso de conductas extrañas, contradictorias, o inexplicables ante la presencia de la madre (Hesse y Main, 2000). En esencia, los autores plantean que estos comportamientos reflejan la desafortunada situación donde la figura de apego, en la cual el niño debería buscar protección, es precisamente la fuente amenazante. Si bien, continúan, este patrón desorganizado se observa con mayor frecuencia entre niños con algún problema constitucional (i.e. daño neurológico, tratamiento farmacológico, etc.), también está presente a frecuencias más altas de lo esperado, en muestras no clínicas y de bajo riesgo, lo que sugeriría que el origen del patrón conductual no es esencialmente constitucional; sino relacional. La interacción con una figura de apego que resulta amenazadora para el niño confundiría biológicamente los sistemas de respuesta del niño, quien entonces buscaría el alejamiento de la figura de apego (Hesse y Main, 2000). Las formulaciones sobre el apego tipo D (i.e. inseguro desorganizado/desorientado) aún se encuentra en profundo análisis y, a decir de los autores mencionados, requieren de evidencia empírica, aún insuficiente.

En los dos apegos inseguros propuestos por Ainsworth et al. (1978) (i.e. evitativo y ansioso-ambivalente) se considera que la hiper-activación fisiológica, resultado de la amenaza por la ausencia de la madre, al no alcanzar una resolución eficiente incluso cuando regresa la madre mantiene el estado de alerta con el consecuente costo a nivel fisiológico. La teoría propone que este tipo de interacciones

en la infancia temprana resultan en una representación interna que define la interacción social como negativa, afectivamente hablando, que se asocia a atribuciones y expectativa negativas de la interacción social futura. La *disfunción en la relación de apego* ha sido una de las hipótesis de trabajo del campo de la psicopatología infantil cuando estudia desórdenes de la conducta y socialización en los niños. En forma general, se plantea una discrepancia entre la información o estimulación que el niño recibe del ambiente, y la forma en que él procesa cognitivamente dicha información, discrepancia originada por esos modelos internos primarios, señalados por Bowlby (1958;1969), que sesgan las atribuciones y expectativas del niño, resultando en un niño con repertorios conductuales socialmente desadaptados (Coan y Maresh, 2014; Crick y Dodge, 1994; Dodge, Petit, Bates y Valente, 1995; Rubin, Bukowsky, Parker y Bowker, 2008).

La *situación extraña* como estrategia de observación del estilo de apego solo es útil en los primeros años de infancia; en edades posteriores, dado el desarrollo cognitivo, así como de la creciente complejidad en sus repertorios conductuales, el apego difícilmente se manifiesta en las conductas sencillas de los primeros dos años (i.e. aproximación a la figura, y exploración del entorno). Para ello, se han desarrollado estrategias alternativas para observar la calidad del apego del niño, así como sus representaciones internas de las figuras de apego (i.e. el dibujo de familia –Kaplan y Main, 1986–; el completamiento de historias o viñetas –Splaun, Steele, Steele, Reiner y Murphy, 2010-; entre otras) que han mostrado ser efectivas para distinguir niños con problemas de internalización (i.e. ansiedad, miedo, etc.), o externalización (i.e. comportamientos agresivos, desafiantes).

Una de las hipótesis centrales de la teoría es que el niño forma una representación interna de su figura de apego (i.e. modelo interno de trabajo, Bowlby, 1958; 1969). En sus estudios experimentales sobre habituación visual en infantes, los autores han demostrado que los niños desarrollan una *expectativa* de cómo habrá de responder la persona ante una situación dada (Johnson, Dweck y Chen, 2007) medidos por los tiempos de atención que prestan a estímulos novedosos y conocidos. Igualmente, en su metaanálisis, Wellman, Cross y Watson (2001) encuentran una frecuencia significativa de ejecución correcta del niño para generar una expectativa de la acción del *otro* en función de lo que *el otro está pensando* en una muestra que reunió 178 estudios independientes recogidos en 77 artículos internacionales. Los autores plantean que esta capacidad es evidente ya en etapa preescolar y es parte de un proceso normativo del desarrollo, es decir, las capacidades manifiestas son observadas en todas las muestras de niños independientemente de su origen cultural (ver Dennet, 1979, para *teoría de la mente*; y Wimmer y Perner, 1983 para experimentos clásicos de *falsa-creencia*).

Uno de los puntos medulares asociados a los *modelos internos* es explicar cómo el niño genera una *representación interna* de la interacción social durante el primer año de vida (Sherman, Rice y Cassidy, 2015). En su revisión del tema, Beebe y Lachmann (1994). hacen una síntesis de incontables autores y proponen una idea integradora de las mismas. Usando técnicas de microanálisis de la interacción diádica, proponen que son tres los principios salientes en la interacción que estarían implicados en la explicación de este proceso. Estos principios hacen alusión a características de la interacción, que el niño logra captar: a) el patrón amplio que identifica a las interacciones repetidas (i.e. regulación en curso); b) la secuencia donde se presenta un rompimiento y reconstrucción de la interacción (i.e. rompimiento y reparación); y, c) el momento de mayor intensidad afectiva dentro del episodio interactivo. El microanálisis de la interacción cara-a-cara entre la madre y el niño es un análisis segundo a segundo de la comunicación facial/gestual/vocal/física entre los participantes. Este permite observar de cerca el proceso donde ambos miembros de la díada construyen sus modos de regulación en un conjunto de modos que caracteriza a la díada. La expectativa y la representación pre-simbólica de los modos de regulación diádica, organizadas según los referidos tres principios de saliencia explicarían el origen de la representación interna de la figura de apego (Beebe y Lachmann, 1994; Beebe y Steele, 2013).

Consistente con los estudios experimentales referidos anteriormente (Johnson et al. 2007; Wellman et al. 2011), la propuesta de Beebe y Steele (2014) se apoya en “...los hallazgos que muestran que los niños menores de un año son capaces de entender la condicionalidad ‘*si-entonces*’ entre los eventos, y participar en un proceso activo de ordenación y reordenación de la información” (p. 7). En consecuencia, de esta forma de entender los procesos cognitivos es posible entender que la representación que hace el niño de sí mismo y de los objetos se logra a través de capacidades perceptuales tempranas, de la estructuración de la interacción, y de las capacidades emergentes para la formación de categorías, la abstracción y, posteriormente, la formación del símbolo (Beebe y Stern, 1977; Stern, 1985).

Otro importante cuerpo de investigación surgido de la teoría del apego es el que explora el rol mediador de la representación interna de la figura de apego (i.e. modelo interno de trabajo) en una cadena de resultados del desarrollo psicoemocional y social del niño. Se propone que los elementos intermedios vinculando los modelos internos del apego y la competencia social del niño son la capacidad de reconocer o entender las emociones propias y del otro (Denham, Blair, Schmidt y DeMulder, 2002), así como en su expresión y regulación (Eisenberg y Fabes, 1992; Kochanska, Philibert y Barry, 2009). Innumerables estudios han dado evidencia de este modelo mediacional: un apego

seguro y la consecuente representación interna favorable, lleva a la habilidad del niño para regular y expresar su emoción durante la interacción social, ajustando así su comportamiento a la demanda del contexto. En su estudio con 250 preescolares de diversos grupos étnicos, los autores encontraron que una representación negativa de la madre a los 4 años de edad predijo un pobre control inhibitorio de la conducta agresiva a los 6 años (Grey y Yates, 2014). Esta misma hipótesis mediacional ha sido utilizada para explicar la capacidad del niño de ser sensible a la necesidad del otro y actuar en su beneficio. La conducta prosocial se ha observado en niños en edades tan tempranas como los 8 meses, y a pesar de ser parte del desarrollo normativo, diferencias en la capacidad de ser empático y prosocial son evidentes desde la infancia (Cassidy, 1988). Eisenberg (2000) encuentra indicadores fisiológicos y conductuales de autoregulación emocional asociados positivamente a dicha capacidad en niños preescolares; mientras que la experiencia de estrés sin resolución (i.e. incapacidad para autoregularse) se encuentra asociada inversamente, o no se asocia, a la capacidad de ser empático y prosocial.

Según Cassidy, Jones y Shaver (2013) la profusa investigación que analiza los vínculos entre apego y problemas de conducta (i.e. tanto de externalización como internalización) lo es en tal cantidad que se ha vuelto imposible hacer una síntesis de ella. Los datos no siempre han sido consistentes, sin embargo, los autores nos presentan los resultados de dos metaanálisis por Fearon y colaboradores (citados en Cassidy et al., 2013) que evidencian los siguientes vínculos. Los coeficientes estimados para los estilos inseguros combinadamente se asociaron con síntomas de internalización. Una vez analizados independientemente, el estilo evitativo y desorganizado se asociaron con síntomas de externalización, pero solo el estilo evitativo se asoció con síntomas de internalización. El estilo ansioso o ambivalente no se asoció con estos síntomas. Los autores reportan que, contrariamente con lo esperado, ninguno de los dos metaanálisis arroja evidencia de una interacción entre apego y riesgos del contexto (por ejemplo, bajo nivel socioeconómico de la familia) para explicar problemas de conducta infantil. Dejando así en claro que, en términos generales, hay evidencia que apoya las tesis centrales de la teoría del apego; sin embargo, mucho está aún por descubrirse.

TAREAS PENDIENTES EN LA INVESTIGACIÓN SOBRE APEGO INFANTIL

Si bien, la investigación sobre apego infantil ha florecido en las últimas décadas, hay tareas pendientes. Particularmente importante es la investigación que deberá de hacerse para encontrar los mecanismos que han vinculado el apego y la psicopatología infantil que se ha visto, a decir de Cassidy et al. (2013) limitada por el uso de mediciones conductuales (i.e. que no capturan índices de desorden conductual, depresión, u otra categoría psiquiátrica), así como de muestras comunitarias y no clínicas.

Otra línea de investigación a desarrollarse más profundamente será aquella interesada por conocer el impacto del apego en la preparación que evidencian los niños en su entrada al mundo escolar y, consecuentemente, su rendimiento académico. Estudios sugerentes en esta dirección son por ejemplo el trabajo de Pianta, Longmaid y Ferguson (1999). Utilizando el dibujo de familia con la taxonomía analítica de Kaplan y Main (1986, citado en Pianta et al., 1999), los autores encontraron que con niños preescolares el grupo con apego seguro demuestra una mayor orientación hacia la tarea, comparado con el grupo de niños con apego ansioso-ambivalente, y aunque ligeramente menor en niños con apego evitativo también en este grupo existe mayor orientación a la tarea. Los niños con apego ansioso-ambivalente reportan los autores, fueron quienes puntuaron más alto en problemas de aprendizaje comparados con los niños de apego seguro e inseguro evitativo. Aun cuando las habilidades cognitivas asociadas a la lectura y a la comprensión matemática fueron los intereses iniciales de esta línea de investigación (Duncan et al., 2007), posteriormente se integraron a ella la autoregulación emocional y habilidades sociales por sus vínculos evidentes con el logro académico (Sherman et al., 2015); tal como lo muestra Granott y Mayseless (2001) quienes encontraron diferencias significativas en el logro académico y nivel de calificaciones en su muestra de 113 niños de cuarto y quinto grado de educación primaria en función de su estilo de apego.

A MANERA DE CIERRE: DIRECCIÓN FUTURA DEL ESTUDIO DEL APEGO EN LATINOAMÉRICA

A lo largo de este escrito, hemos presentado los fundamentos teóricos, así como hallazgos empíricos que nos orientan a sustentar que el apego infantil es una variable sustantiva para entender el desarrollo socioemocional del niño y, por tanto, se convierte en pieza fundamental a integrar toda definición de bienestar psicológico para la infancia. Si bien, la investigación en apego surgió de las universidades y centros de investigación de países del primer mundo, la literatura evidencia el creciente interés entre teóricos e investigadores en Hispanoamérica. En una búsqueda rápida en bases de datos electrónicas que indexan revistas especializadas en español (i.e. Latindex, Dialnet, Redalyc), se pudo observar que a inicios de los años ochenta se publican los primeros artículos utilizando el concepto *apego infantil*. Sin embargo, en los últimos 15 años se incrementa sustancialmente el número de investigaciones al respecto. Las exploraciones de los contextos de riesgo para el apego son frecuentes; como en las características del niño (i.e. prematurez, autismo, discapacidad intelectual, etc.). Igualmente, la hipótesis del apego como una variable predictora de trastornos o patologías en la adaptación psicosocial del niño está presente en este cuerpo de investigación donde se identifica claramente la perspectiva del funcionamiento positivo a través de asociar el concepto de apego con

el de resiliencia (Masten, 2014). Analizados por país de origen, predominan los estudios en España, Chile, Colombia, Argentina, Brasil y, últimamente, México; es notorio igualmente que en la mayoría de estos estudios el énfasis sea puesto en etapas posteriores a la niñez, en particular, al estudio del apego en las relaciones románticas entre jóvenes o adultos, evidentemente motivados por el fenómeno de la violencia de pareja.

En general, los hallazgos reportados en la literatura en español con poblaciones latinoamericanas son consistentes con las ideas centrales y evidencias encontradas en estudios con poblaciones anglosajonas; y al parecer, la distribución o frecuencia de los distintos estilos de apego en las muestras no clínicas son comparables a las reportadas inicialmente por Ainsworth (Quezada y Santelices, 2010). Sin embargo, uno de los aspectos menos atendido en la investigación sobre apego infantil en Latinoamérica es el análisis de los factores culturales que contextualizan la relación materno-infantil. Presumiblemente, factores socioculturales que distinguen a los diferentes grupos étnicos podrían influir en las cualidades de la respuesta materna y, por tanto, en la calidad de su interacción con el niño, modulando así las formas de regulación emocional y, por ende, los estilos de apego en la relación (Mesman, van Ijzendoorn y Bakermans-Kranenburg, 2012). Pese a la escasa investigación en culturas distintas a la europeo-americana, el estudio de Mesman et al. (2012) arroja evidencia sobre la universalidad de los procesos implicados en el establecimiento de un apego seguro en el niño, no así en las formas específicas de las interacciones que conllevan al mismo. En su revisión sistemática, los autores revisan la aplicabilidad transcultural del constructo de sensibilidad materna, concepto acuñado por Ainsworth et al. (1978) en sus estudios pioneros con diadas, encuentran que solo en Estados Unidos, en los Países Bajos (i.e. Netherlands) y en Canadá se realiza la mayoría de esta investigación. Entre los hallazgos más sobresalientes, los autores reportan que, al igual que sucede con las diadas europeo-americanas, la sensibilidad materna se asocia con resultados favorables del desarrollo infantil en grupos minoritarios; y sugieren que la variabilidad en la sensibilidad materna parece responder más a las condiciones de desventaja y estrés socioeconómico de los grupos minoritarios que a su origen étnico. En la valoración de qué tan sensitivas eran las madres de los diversos grupos étnicos, las latinas se ubicaron en un punto intermedio entre las madres anglosajonas, quienes califican en los valores más altos, y las Afro y Asia americanas quienes estaban en los valores más bajos. Sin embargo, se hace evidente la necesidad de estudios que separen los efectos diferenciales de las dos variables de confusión (i.e. etnicidad y nivel socioeconómico), a partir de que en su análisis los autores reportan que cuando se controla estadísticamente la diferencia socioeconómica, no hay diferencia en la capacidad de la madre de responder sensiblemente. Esto parece sugerir

entonces que es un bajo nivel socioeconómico (i.e. las condiciones asociadas a ella), y no su origen étnico, lo que compromete la sensibilidad de la madre para responder óptimamente a las señales de sus infantes, reduciendo así las oportunidades de una interacción madre-niño promotora de apego seguro.

En este novel interés por la exploración del contexto cultural en el estudio de apego se observa la inclusión de participantes mexicanos, aunque no con poblaciones infantiles. Por ejemplo, el trabajo de Friedman et al. (2010) se planteó la existencia de un ajuste del estilo de apego en función de los valores culturales del contexto de pertenencia. Los autores señalaron que un estilo de apego evitativo en la edad adulta podría tener efectos aún más negativos en culturas como la nuestra comparada con la cultura anglosajona. La hipótesis del ajuste cultural supone que las diferencias individuales de personalidad deberían asociarse con problemas en las relaciones de pareja, si dichas diferencias fomentan patrones de conducta que son incongruentes con la norma cultural. En su estudio, ellos encuentran que efectivamente, el apego evitativo se asocia con más problemas en las relaciones románticas y menos satisfacción con la pareja entre los participantes mexicanos comparadas con los americanos. Para una cultura colectivista como la nuestra, donde se valora la interdependencia, la cercanía y cohesión con la pareja y la familia (Triandis, Chen y Chan, 1998), un estilo de relación caracterizado por la independencia y distancia emocional se percibe como una violación a la expectativa social, con el consecuente costo emocional para el bienestar de la persona.

En síntesis, en este ensayo se presentaron los principios rectores de la teoría del apego como una aproximación útil e inspiradora en el estudio del bienestar psicológico durante la infancia. La teoría plantea un conjunto de hipótesis que nos hablan de cómo la interacción cotidiana de un niño con su madre va conformando un estilo relacional, pieza clave para comprender la forma en la que el niño se inserta en su medio. La teoría nos sirve para comprender una buena parte de lo que debería considerarse importante en el estudio del bienestar psicológico o ruta del desarrollo óptimo para la infancia y niñez.

REFERENCIAS

- Ainsworth, M., Blehar, M., Waters, E., & Wall, S. (1978). *Patterns of attachment*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Press.
- Alfaro, J., Casas, F., & López, V. (2015). Bienestar en la infancia y adolescencia. *Psicoperspectivas*, 14(1), 1-5. Recuperado de <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/601/409>
- Beebe, B., & Lachmann, F.M. (1994). Representation and internalization in infancy: Three principles of salience. *Psychoanalytic Psychology*, 11(2), 127.
- Beebe, B., & Steele, M. (2013). How does microanalysis of mother–infant communication inform maternal sensitivity and infant attachment? *Attachment & human development*, 15(5-6), 583-602.
- Beebe, B., & Stern, D. (1977). Engagement-disengagement and early object experiences. In N. Freedman, y S. Grand (Eds.), *Communicative structures and psychic structures* (pp.35-55). New York: Plenum.
- Blehar, M., Lieberman, A., & Ainsworth, M. (1977). Early face-to-face interaction and its relation to later infant-mother attachment. *Child Development*, 48, 182-194.
- Bowlby, J. (1958). The nature of the child's tie to his mother. *The International journal of psychoanalysis*, 39, 350.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss. Volume 1. Attachment*. London: Hogarth; New York: Basic Books.
- Casas, F., Rosich, M., & Alsinet, C. (2000). El bienestar psicológico de los preadolescentes. *Anuario de psicología*, 2000, 31(2), 73-86.
- Cassidy, J. (1988). Child-mother attachment and the self in six-year-olds. *Child development*, 121-134.
- Cassidy, J. & Shaver, P.R. (1999). *Handbook of attachment. Theory, research, and clinical applications*. New York: Guilford Press.
- Cassidy, J., Jones, J.D., & Shaver, P.R. (2013). Contribution of attachment theory and research: A framework for future research, translation, and policy. *Developmental Psychopathology*, 25, 1415-1434.
- Coan, J.A., & Maresh, E.L. (2014). Social baseline theory and the social regulation of emotion. *Handbook of emotion regulation*, 2, 221-236.
- Crain, W. (2005). *Theories of development. Concepts and applications*. NJ: Pearson/Prentice Hall.

- Crick, N.R., & Dodge, K.A. (1994). A review and reformulation of social-information processing mechanism in children's social adjustment. *Psychological Bulletin*, 115, 75-101.
- Denham, S.A., Blair, K., Schmidt, M., & DeMulder, E. (2002). Compromised emotional competence: Seeds of violence sown early? *American Journal of Orthopsychiatry*, 72(1), 70-82.
- Dennet, D.C. (1979). *Brainstorms: Philosophical essays on mind and psychology*. Hassocks, Sussex, UK: Harvester Press.
- Dodge, K.A., Petit, G.S., Bates, J.E., & Valente, E. (1995). Social information processing patterns mediate the effect of early physical abuse on later conduct problems. *Journal of Abnormal Psychology*, 104(4), 632-643.
- Duncan, G.J., Dowsett, C.J., Claessens, A., Magnuson, K., Huston, A.C., Klebanov, P., ... & Sexton, H. (2007). School readiness and later achievement. *Developmental psychology*, 43(6), 1428-1446.
- Eisenberg, N. (2000). Emotion, regulation, and moral development. *Annual Review of Psychology*, 51(1), 665-697.
- Eisenberg, N., & Fabes, R.A. (1992). Emotional regulation, and the development of social competence. *Review Personality and Social Psychology*, 14.
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). (2010). *Propuesta de un sistema de indicadores sobre bienestar infantil en España*. Recuperado de https://www.unicef.es/sites/unicef.es/files/Indicadores_Bienestar_INF.pdf
- Friedman, M., Rholes, W.S., Simpson, J., Bond, M., Diaz-Loving, R., & Chan, C. (2010). Attachment avoidance and the cultural fit hypothesis: A cross-cultural investigation. *Personal Relationships*, 17(1), 107-126.
- García-Alandete, J. (2014). Psicología positiva, bienestar y calidad de vida. *En-claves del pensamiento*, 8(16), 13-29.
- Granot, D., & Mayseless, O. (2001). Attachment security and adjustment to school in middle childhood. *International Journal of Behavioral Development*, 25(6), 530-541.
- Grey, I.K., & Yates, T.M. (2014). Preschoolers' narrative representations and childhood adaptation in an ethnoracially diverse sample. *Attachment y Human Development*, 16(6), 613-632.
- Hesse, E., & Main, M. (2000). Disorganized infant, child, and adult attachment: Collapse in behavioral and attentional strategies. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48(4), 1097-1127.
- Johnson, S.C., Dweck, C.S., & Chen, F.S. (2007). Evidence for infants' internal working models of attachment. *Psychological Science*, 18(6), 501-502.

- Kaplan, N., & Main, M. (1986). *Instructions for the classification of children's family drawings in terms of representation of attachment*. Unpublished manuscript, University of California, Berkeley.
- Kochanska, G., Philibert, R.A., & Barry, R.A. (2009). Interplay of genes and early mother-child relationship in the development of self-regulation from toddler to preschool age. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 50(11), 1331-1338.
- Main, M., & Solomon, J. (1986). Discovery of an insecure-disorganized/disoriented attachment pattern. In T.B. Brazelton y M.W. Yogman (Ed), *Affective development in infancy* (pp. 95-124). Westport, CT, US: Ablex Publishing.
- Masten, A.S. (2014). *Ordinary magic: Resilience in development*. New York: Guilford Press.
- Mesman, J., van Ijzendoorn, M.H., & Bakermans-Kranenburg, M.J. (2012). Unequal in opportunity, equal in process: Parental sensitivity promotes positive child development in ethnic minority families. *Child Development Perspectives*, 6(3), 239-250.
- Messina, S., & Zavattini, G.C. (2014). How do children make sense of their experiences? Children's memories of wellbeing and distress from an attachment perspective. *International Journal of Behavioral Development*, 38(3), 209-218.
- Raja, S.N., McGee, R., & Stanton, W.R. (1992). Perceived attachments to parents and peers and psychological well-being in adolescence. *Journal of youth and adolescence*, 21(4), 471-485.
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2004). *Prevención de los trastornos mentales: Intervenciones efectivas y opciones de políticas públicas*. Informe Compendiado. Departamento de Salud Mental y Abuso de Sustancias, Centro de Investigación en Prevención de las Universidades de Nijmegen y Maastricht, Ginebra. Recuperado de http://www.who.int/mental_health/evidence/Prevention_of_mental_disorders_spanish_version.pdf
- Pianta, R.C., Longmaid, K., & Fergusson, J.E. (1999). Attachment-based classifications of children's family drawings: Psychometric properties and relations with children's adjustment in kindergarden. *Journal of Clinical Child Psychology*, 28(2), 244-255.
- Quezada, V., & Santelice, M.P. (2010). Apego y psicopatología materna: relación con el estilo de apego del bebé al año de vida. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 42(1), 53-61.
- Rubin, K.H., Bukowski, W.M., Parker, J.G., & Bowker, J.C. (2008). Peer interactions, relationships, and groups. *Child and adolescent development: An advanced course*, 141-180.
- Rutter, M., & Sroufe, A. (2000). Developmental psychopathology: concepts and challenges. *Development and Psychopathology*, 12, 265-296.

- Ryff, C., & Keyes, C. (1995). The structure of psychological well-being revisited. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69, 719-727.
- Seligman, M.E. (1991). *Learned optimism*. New York: AA Knopf.
- Sherman, L.J., Rice, K., & Cassidy, J. (2015). Infant capacities related to building internal working models of attachment figures: A theoretical and empirical review. *Developmental Review*, 37, 109-141.
- Splaun, A.K., Steele, M., Steele, H., Reiner, I., & Murphy, A. (2010). The congruence of mothers' and their children's representations of their relationship. *The New School Psychology Bulletin*, 7(1), 51-61.
- Stern, D. (1985). *The interpersonal world of the infant*. New York: Basic Books.
- Thompson, R.A. (1998). Early Sociopersonality development. En W. Damon, R.M. Lerner & N. Eisenberg (Eds.), *Handbook of Child Psychology, Vol. 3: Social, emotional, and personality development*. New York: Wiley.
- Triandis, H.C., Chen, X.P., & Chan, D.K.S. (1998). Scenarios for the measurement of collectivism and individualism. *Journal of cross-cultural psychology*, 29(2), 275-289.
- Wellman, H.M., Cross, D., & Watson, J. (2001). Meta-analysis of theory-of-mind development: the truth about false belief. *Child development*, 72(3), 655-684.
- Wimmer, H. & Perner, J. (1983). Beliefs about beliefs: Representation and constraining function of wrong beliefs in young children's understanding of deception. *Cognition*, 13, 103-128.

CAPÍTULO 2

Exploración del funcionamiento familiar como entorno de desarrollo: dimensiones

JESÚS ERNESTO VALENZUELA MEDINA

Uno de los servicios más demandados en la práctica profesional del psicólogo se presenta en el ámbito de la educación básica, y corresponde a la situación en la que un menor es declarado por sus profesores como un niño con dificultades para el aprendizaje. Este evento provoca, en la mayoría de los casos, una crisis o cambio importante en la dinámica familiar. Estas dificultades escolares se manifiestan principalmente como un desfase entre el desempeño del menor respecto al del grupo en el que cursa sus estudios, o bien, respecto a lo que podría esperarse en su forma de comportarse de acuerdo con su edad, lo que le coloca en situación especial, pues no sólo compromete su conducta en el ámbito escolar, sino que el juicio de “niño especial” se extiende a consideraciones sobre su persona y pueden llegar a marcar no sólo su tránsito escolar presente y futuro, sino que se puede extender a su entera vida social. Siguiendo un modelo analítico general para entender la problemática, podemos identificar tres tipos de factores involucrados: aquellos relacionados con el propio estudiante; los relacionados con el entorno escolar; y los relacionados con el entorno social y familiar (Martínez, 2004). En las interacciones surgidas entre los microsistemas estudiante-familia y estudiante-escuela podemos identificar las circunstancias que nos pueden aclarar la problemática antes señalada. Para mapear tales relaciones podemos plantearnos, siguiendo el marco analítico sistémico inicialmente formulado por Bronfenbrenner (1979), ampliamente utilizado después por

muchos otros autores, que hay influencias que se manifiestan con mayor fuerza que otras sobre la variable crítica en nuestra problemática de interés, es decir, la conducta y sus productos, que en el caso que nos ocupa podemos identificar globalmente como desempeño escolar. Las diversas influencias pueden ordenarse en una escala de “cercanía” decreciente: hay factores inmediatos, próximos, intermedios, y remotos (Martínez, 2004). Debemos tomar en cuenta que este modelo sólo valora la importancia relativa de las influencias sin establecer una jerarquía de importancia exclusiva, ya que todos los factores tienen un peso específico en la explicación del comportamiento, sea normal o atípico.

En la tabla 1, se presenta este modelo recursivo que permite ir mapeando distintas influencias –y sus interacciones– sobre el ajuste de un estudiante a las demandas de sus principales entornos de desarrollo.

Tabla 1. Factores que influyen en el ajuste de un estudiante a la escuela

Factores	Remotos	Intermedios	Próximos	Intermedios	Consecuencias
Entorno socio-familiar	Estructura y políticas de bienestar social en el país	Condiciones de la comunidad, el barrio, vecindario	Grupo familiar: status socioeconómico, nivel educativo, costumbres	Prácticas familiares respecto a la educación	
Estudiante	Edad, sexo, capacidad	Historia de desarrollo cognitivo-afectivo	Antecedentes académicos y escolares	Prácticas escolares, paraescolares y extraescolares	Ajuste o desempeño escolar: Adaptativo y No adaptativo
Entorno escolar	Estructura y políticas del sistema educativo	Aspecto demográfico, material y organizacional de la escuela	Características del aula actual: densidad, recursos; el profesor (preparación y experiencia)	Método, estilo y orientación del profesor; relación con compañeros; actividades paraescolares y extraescolares	

Fuente: Elaboración propia, adaptado de Martínez (2004).

En la columna de los factores inmediatos podemos identificar los relacionados con el propio estudiante, su forma actual de interactuar en la escuela y, particularmente, en el aula con el profesor, sus compañeros, con los materiales de estudio, sus capacidades para hacer frente a las demandas de trabajo, sus aspiraciones, sus temores y sus habilidades para afrontarlos. En muchas ocasiones, estos dos últimos factores tienen una gran influencia en sus dificultades reportadas desde la escuela. En la misma columna, también identificamos la influencia del entorno escolar, centrada en el comportamiento del profesor, tanto en lo relacionado con sus actividades de enseñanza como en su forma de conducirse como persona. En el mismo entorno, son importantes las relaciones que se producen en el marco del grupo de estudiantes en el aula y en el entorno más amplio de la escuela, pero también aquellas que provienen de otros microsistemas paralelos a la escuela y que influyen sobre la conducta escolar del menor, por ejemplo, si participa simultáneamente en grupos deportivos, clases de música, o si tiene que trabajar para apoyar la economía familiar, si debe apoyar a sus padres en actividades de cuidados de sus hermanos u otros familiares, incluso el uso del tiempo de ocio, etc., que al ocupar momentos y energía del día a día afectan indiscutiblemente su ajuste escolar.

El otro conjunto de factores principales que influyen sobre el ajuste o desempeño escolar es el que proviene del entorno socio-familiar, que abarca el conjunto de influencias derivadas de las interacciones entre los propios miembros del grupo familiar y sus redes de relaciones con su entorno. Presentaré una perspectiva de intervención orientada a identificar en la propia dinámica familiar sus fortalezas y aspectos positivos y, a partir de ellas, propiciar y auspiciar un entorno psicosocial que ayude a enfrentar la situación escolar del menor reportado con dificultades en su desempeño escolar. La perspectiva que se presenta es una alternativa a un enfoque de intervención centrado solamente en deficiencias. La experiencia en el trabajo con este tipo de problemática nos indica que la influencia del factor socio-familiar es determinante en el ajuste, tanto adaptativo como no adaptativo del estudiante a las demandas escolares. La influencia puede ser directa como determinante inmediato sobre el ajuste al entorno escolar, que se manifiesta en prácticas, tales como el apoyo anímico e instrumental dado en casa por la familia a las actividades escolares cotidianas del estudiante –principalmente, pero no sólo por los padres– relacionadas con los conocimientos, habilidades y valores promovidos por la escuela. Asimismo, la dinámica familiar puede tener una influencia como determinante próximo al propiciar y auspiciar la comunicación con el profesor. También, dichas prácticas interactúan con los determinantes inmediatos propios del estudiante en la medida que establecen los límites y canales para la formación de hábitos favorables no sólo relacionados con lo escolar, también, a través de actividades paraescolares y extraescolares.

En el contexto de la atención profesional a este tipo de problemas, son los determinantes inmediatos a los que realísticamente podemos tener acceso para propiciar y auspiciar cambios que influyan sobre el ajuste del estudiante y de la familia a una situación como la que nos ocupa. Entre tales factores, son los del entorno socio-familiar los que representan nuestro objeto de interés en este capítulo.

PROACTIVIDAD EN VEZ DE REACTIVIDAD

Una perspectiva para abordar la intervención sobre este factor, cuando la problemática es la comentada inicialmente, se conoce como “empoderamiento familiar” (Dunst, Trivette y Deal, 1988; 1994). Este enfoque, surgido desde la segunda mitad del siglo XX en un marco analítico sistémico, destaca las características del funcionamiento familiar como entorno de desarrollo psicológico. Se basa en investigaciones empíricas que identifican los rasgos distintivos del funcionamiento familiar “saludable”. Tal funcionamiento involucra dos tipos de recursos: los internos o *intrafamiliares* que representan aquellas fortalezas y capacidades que un grupo familiar posee y emplea para adaptarse como tal a las demandas de sus ambientes. Y, por otra parte, los recursos *extrafamiliares* que provienen del entorno son necesarios para satisfacer sus diferentes tipos de necesidades, pero requieren ser gestionados para obtenerlos. El conjunto único y característico de recursos internos que posee un grupo familiar le permiten la gestión estratégica de los segundos y le confieren su propio *estilo de funcionamiento*.

Desde este modelo positivo de funcionamiento familiar (en oposición a un modelo clínico basado en carencias o disfunciones) se considera que el estilo implica: a) conceptualizar a la familia como un sistema; es decir, un grupo de individuos que poseen y despliegan capacidades; b) las fortalezas de la familia como grupo se conforman por la combinación e interacción de los recursos o capacidades de sus miembros; y c) el estilo es la resultante única del aglutinamiento e integración de las fortalezas del grupo familiar que son empleados para enfrentar las demandas de sus entornos y satisfacer sus necesidades. Así, un sistema familiar debe concebirse como individuos interconectados que representan potenciales recursos de apoyo entre sí para satisfacer sus necesidades, reales o aspiracionales, tanto específicas como del grupo en su conjunto. Teóricamente, el modelo sistémico de familia (Smith, Hamon, Ingoldsby y Miller, 2009), particularmente el de empoderamiento (Dunst et al., 1988; 1994), no considera que haya “buenos” y “malos” estilos, sino que hay *modos* diferencialmente efectivos, que es probable que sirvan para enfrentar diferentes eventos y situaciones vitales. Esta manera de entender el funcionamiento familiar es distinta de otros enfoques que analizan la familia

en un continuo de “fortalezas” y “debilidades”. Conceptualmente, el marco analítico para identificar la situación única de un grupo familiar abarca tres dimensiones como se muestra en la tabla 2.

Tabla 2. Factores que analizar en la dinámica familiar y metas de la exploración diagnóstica

Dimensión	Meta de la exploración profesional
Necesidades, aspiraciones e intereses	Identificar jerarquía única de necesidades y aspiraciones, a partir de las cuales formular plan de intervención (Promoción/Prevención).
Fortalezas y capacidades (conforman el estilo único de funcionamiento de cada familia)	Identificar el conjunto de fortalezas y capacidades que conforman el perfil único del grupo familiar, a partir del que se promoverá y auspiciará el compromiso de cambio/empoderamiento.
Recursos y apoyos	Identificar las redes sociales y recursos de apoyo accesibles de los que es posible que el grupo disponga como herramientas de apoyo para el cambio.

Fuente: Elaboración propia.

EXPLORACIÓN DE LA DINÁMICA FAMILIAR

Necesidades, aspiraciones e intereses

En el tema que nos ocupa, la exploración inicial de la situación por la que atraviesa la familia en la que a uno de sus miembros, en este caso un niño a quien se reporta con dificultades para el aprendizaje escolar, se orienta a ayudar a los padres a percibir el asunto como una necesidad, es decir, como una diferencia entre lo que debe ser (normativa social) y lo que es (la situación real del niño reportado) para ayudarlos a establecerlo como una aspiración genuina a la que hay que dedicar un esfuerzo comprometido, una situación que merece enfrentarse de manera estratégica.

Lograr que los padres se comprometan es un primer paso para ayudarlos a organizarse para emplear y/o gestionar los recursos necesarios para cubrir las necesidades identificadas y jerarquizadas de acuerdo con su propio sistema de prioridades. En muchas ocasiones, es una tarea ardua lograr que los padres incluyan esta situación dentro de su jerarquía de necesidades y que estén dispuestos a dedicar tiempo y esfuerzo para atenderla, pues tienden a considerar que su tarea consiste en poner al niño en manos del servicio, ya sea psicológico, pedagógico o incluso médico, y que es sólo responsabilidad del profesional el resolver el problema.

En la figura 1, se presenta un esquema o guía de apoyo a la exploración de esta dimensión. Consta de 35 enunciados descriptivos que ayudan a identificar un perfil específico de necesidades del grupo familiar en un horizonte de los últimos seis meses. Sirve como un guión para entrevista semiestructurada que facilita al psicólogo, pero sobre todo a la propia familia, establecer jerarquías y prioridades para la toma de decisiones estratégica en la intervención.

Para la atención a usuarios que cuenten con formación escolarizada (bachillerato o superior) esta guía puede emplearse como formato de papel y lápiz para responder en casa. Así, se puede adaptar un formato especial para facilitar las respuestas a los enunciados, a la vez que permita el uso de una escala para asignar valores numéricos a las opciones de respuesta (0 a *No aplica en nuestro caso*, 1 a *casi nunca*, 2 a *muy rara vez*, 3 a *en ocasiones*, 4 a *muy seguido*, y 5 a *casi siempre*). Luego, esto permite realizar análisis estadísticos más profundos orientados a la investigación de perfiles de funcionamiento familiar. Sin embargo, esta práctica no debe sustituir la conversación reflexiva guiada por el entrevistador.

Estas preguntas cubren las principales categorías de necesidades de las familias (financieras, vivienda y servicios, transporte, comunicación, cuidados especiales, alimentación, ocio, recursos básicos, empleo, visión de futuro, crecimiento familiar). Este guión de entrevista semiestructurada da oportunidad al usuario de aportar descripciones de sus condiciones de vida y al entrevistador obtener un perfil general de las necesidades percibidas por el usuario y que le ayudará a definir las prioridades del servicio. Una vez obtenida y analizada la información, preferentemente de ambos padres, los objetivos de trabajo se centran en aquellos aspectos que les ayuden a clarificar sus intereses como grupo familiar, y lo más importante, profundizar en la naturaleza precisa de sus necesidades. Esto permitirá a la familia, por una parte, ubicar la problemática escolar de su hijo y, por otra, dará oportunidad de establecer el compromiso necesario para emplear y gestionar recursos para enfrentar proactivamente la situación por la que atraviesan.

ESTILO DE FUNCIONAMIENTO FAMILIAR: PERFIL DE FORTALEZAS Y CAPACIDADES

Una estrategia para explorar esta segunda dimensión nos ayudará a convencer a los padres de la necesidad de establecer el compromiso para una acción proactiva: identificar las fortalezas y capacidades del grupo familiar. Desde los primeros planteamientos del modelo sistémico de empoderamiento familiar (Stinnett, 1979; Stinnett, Tuckery Shell, 1985) se han identificado un conjunto de características de funcionamiento cuya manifestación permite identificar un funcionamiento familiar que resulta potenciador del desarrollo psicológico de sus miembros. A continuación, se

Perfil de necesidades de la familia.

Las siguientes preguntas tienen como propósito identificar distintos tipos de necesidades de apoyo que se le presentan a su familia. En cada caso piense en los pasados seis meses si ha sentido la necesidad de ayuda y responda según las siguientes opciones:

NO APLICA EN NUESTRO CASO

CASI NUNCA

MUY RARA VEZ

EN OCASIONES

MUY SEGUIDO

CASI SIEMPRE

1. Tener dinero para compras necesarias y pagar deudas.
2. Presupuestar gastos de la quincena.
3. Pagar necesidades especiales imprevistas de mi hijo (ropa, zapatos, medicinas).
4. Ahorrar dinero para lo que se ofrezca en el futuro.
5. Tener agua potable en casa.
6. Tener alimentos para dar dos comidas diarias a mi familia.
7. Tener tiempo para cocinar comidas saludables para mi familia.
8. Alimentar a mi(s) hijo(s).
9. Tener casa habitación estable.
10. Tener casa habitación con servicios básicos (luz, drenaje, cooler, ventilador).
11. Conseguir muebles, ropa, juguetes.
12. Realizar tareas domésticas de limpieza y mejoras a la casa.
13. Hacer reparaciones en casa para adaptar a necesidades de mi(s) hijo(s) o algún otro miembro.
14. Conseguir y mantener empleo estable.
15. Tener un empleo satisfactorio.
16. Planear actividades de ocio con la familia (paseos, celebraciones, entretenimiento juntos).
17. Mantenerme en contacto con personas con las que necesito hablar.
18. Conseguir transporte especial para desplazarme con mi(s) hijo(s).
19. Tener a alguien a quien consultar sobre las necesidades de mi(s) hijo(s).
20. Tener a alguien con quien conversar sobre mis necesidades.
21. Tener acceso a cuidados médicos/dentales normales o de emergencia.
22. Tener tiempo para mí (arreglo personal, descanso, pendientes).
23. Planear necesidades futuras y cuidados de emergencia relacionadas con la salud (vacunación, alimentación suplementaria, primeros auxilios).
24. Tener control de las necesidades cotidianas de mi(s) hijo(s) en casa (aseo, comida, descanso, horarios y disciplina en juegos/entretenimiento, tareas escolares).
25. Cuidar a mi(s) hijo(s) en horario de trabajo.
26. Conseguir ayuda de respiro cuando se necesita.
27. Recibir atención y orientación personalizadas sobre la(s) necesidad(es) de mi hijo en su escuela.
28. Tener acceso a servicios especiales para la(s) necesidad(es) de mi hijo fuera de su escuela,
29. Conseguir materiales y/o equipo para la atención de la(s) necesidad(es) especial(es) de mi(s) hijo(s).
30. Tener tiempo para acudir a las citas relacionadas con la atención de la(s) necesidad(es) especial(es) de mi(s) hijo(s) (juntas escolares, terapias, médico).
31. Conseguir información sobre necesidades educativas futuras de mi(s) hijo(s).
32. Dedicar tiempo a aprender habilidades nuevas y mejorar mi educación.
33. Hacer cosas que disfruto hacer (individuales).
34. Hacer cosas junto con mi familia.
35. Participar en grupos (de iglesia, de padres, deportivos).

Figura 1. Guión para entrevista semiestructurada sobre Necesidades, Aspiraciones e Intereses de la Familia.

Fuente: Elaboración propia.

enlistan 12 características cuya articulación particular en cada grupo familiar contribuyen a cierto estilo positivo de funcionamiento que, desde una perspectiva sistémica, promueve y auspicia el desarrollo del potencial individual de sus miembros y del grupo como tal:

1. Sus miembros comparten creencias y sentido de compromiso para promover el bienestar y crecimiento de cada uno, tanto como del grupo familiar como unidad.
2. Muestran aprecio por todas aquellas cosas, grandes o pequeñas, que los distintos miembros hacen bien, y se estimulan entre sí para mejorar.
3. Se esfuerzan en dedicar tiempo para estar y realizar cosas juntos, sean actividades formales o informales.
4. Mantienen clima de cohesión y pertenencia, en los buenos o malos momentos.
5. Sus miembros muestran congruencia al valorar aquello a lo que hay que dedicar tiempo y energía por ser importante.
6. Muestran capacidad de comunicarse entre ellos mediante interacciones positivas.
7. Poseen un conjunto claro de reglas, valores y creencias en las que se basan las expectativas sobre el comportamiento de los miembros.
8. Muestran variadas estrategias para hacer frente a los eventos vitales normativos e imprevistos manteniendo equilibrio interno.
9. Muestran capacidad para identificar necesidades y priorizarlas, para procurar recursos y adaptarse a las demandas.
10. Muestran capacidad de mantener el optimismo incluso ante las crisis, orientándose a considerarlas como oportunidades de crecimiento y aprendizaje.
11. Muestran flexibilidad y adaptabilidad en los roles para procurar recursos y satisfactores.
12. Muestran equilibrio y balance en el uso de recursos internos y apoyos externos, tanto para satisfacer necesidades actuales como para planear el futuro.

Desde un punto de vista conceptual, dos familias distintas pueden mostrar funcionamiento positivo en el sentido planteado, aunque su estilo esté configurado por la combinación de distintas características. La literatura sobre salud y bienestar corrobora que los recursos intrafamiliares, articulados como estilos positivos de funcionamiento, son importantes como factor protector contra crisis provocadas por eventos imprevistos, como es el caso de que uno de los miembros atraviese por dificultades escolares (Castro, 2009).

La exploración y valoración de este aspecto resulta fundamental para orientar los esfuerzos de intervención y lograr “enganchar” a la familia en el compromiso de dedicar tiempo y esfuerzo para atender la necesidad. Ayudar a la familia a identificar sus propias fortalezas y capacidades, a la vez que un objetivo importante dentro del enfoque de empoderamiento es un medio para convertir la necesidad en una aspiración, lo que motivará a asumir el compromiso, que eventualmente se plasmará en acciones concretas para gestionar recursos internos (sus propias fortalezas) y externos (apoyos del entorno) para cubrirla. Estas características corresponden a los tres aspectos que en otros modelos sobre funcionamiento familiar se reconocen como básicos: a) Identidad o Cohesión; b) Afrontamiento, Flexibilidad o Adaptabilidad; y c) Comunicación (Dunst et al., 1988, 1994; Olson, 2000). Estas dimensiones pueden ser tomadas como base para construir enunciados y explorar la dinámica familiar mediante una entrevista semiestructurada, o bien conformar un cuestionario de papel y lápiz con fines de investigación. En la figura 2, se presenta una adaptación de la *Family Functioning Style Scale* de Dunst et al. (1988), y que ha resultado de utilidad en la exploración para facilitar a las familias la identificación de aspectos concretos de su funcionamiento. Los enunciados estimulan la expansión de temas en la conversación, de manera que empleándola con sensibilidad el psicólogo puede identificar verdadero potencial en los recursos internos de la familia y explotarlos en la intervención.

RECURSOS Y APOYOS EXTERNOS

La exploración de esta tercera dimensión se vincula directamente con lo anterior, ya que permite reconocer las redes de apoyo externo disponibles para el grupo familiar ante las circunstancias de la vida. Para muchos padres de familia recibir la noticia de que su hijo atraviesa por problemas de adaptación a su vida escolar representa una crisis, ya sea imprevista o recurrente, pero hace que el grupo movilice recursos internos para enfrentarla, muchas veces de forma no adaptativa. Sus recursos internos o estilo de funcionamiento particular les permiten hacerle frente con más o menos sobresaltos. Pero, es común que, ante la crisis y las propias presiones de la cotidianidad, los padres traten de darle solución apelando sólo a sus recursos internos, ya sea por carecer de redes efectivas de apoyo informal, por desconocimiento de opciones de recursos externos formales disponibles, por creencias que impiden la búsqueda o gestión de ayuda, por carecer de habilidades sociales que les permitan gestionar y obtener distintos tipos de ayuda, sea de fuentes informales o formales. Por otra parte, no se pueden obviar aquellas limitaciones reales impuestas por su situación socioeconómica, como el tiempo dedicado a la jornada de trabajo, al transporte, a la crianza de otros

Inventario de recursos internos de la familia.

Se enlistan 26 enunciados que describen aspectos del funcionamiento familiar. Diga en qué medida en los últimos seis meses la dinámica de su familia se asemeja a cada descripción. Evite calificar el enunciado por lo deseable para su familia, piense en lo que suele ser común, es decir, lo que en la mayoría de las ocasiones se cumple. Cada familia muestra características distintas, el propósito es identificar aquellas que identifican a la suya, sin compararla con otras. Piense en las siguientes opciones para responder cada enunciado:

NO PASA ASÍ EN MI FAMILIA.

SUCEDE ALGUNAS VECES EN MI FAMILIA.

ES ASÍ CASI SIEMPRE EN MI FAMILIA.

1. Todos creemos que vale la pena hacer sacrificios personales en beneficio de la familia.
2. Por lo general estamos de acuerdo en cómo se espera se comporten los miembros de la familia.
3. Creemos que algo bueno surgirá aún de los peores momentos y situaciones.
4. Nos enorgullecen aún los más pequeños logros de cualquiera de nosotros.
5. Compartimos y platicamos de nuestros intereses y sentimientos.
6. Nos mantenemos unidos sin importar qué tan difíciles se pongan las cosas.
7. Cuando surgen desacuerdos que no logramos arreglar entre nosotros, pedimos ayuda a otras personas de confianza.
8. Estamos de acuerdo acerca de las cosas que son importantes para la familia.
9. Estamos dispuestos a darnos la mano y apoyarnos uno a otro en cualquier situación.
10. Si algo fuera de nuestro control nos perturba, hallamos alguna forma de mantenernos en calma.
11. Sin importar lo que suceda tratamos de ver el lado positivo de las cosas.
12. Aún si estamos ocupados en nuestras rutinas diarias, hallamos la manera de pasar tiempo juntos.
13. Todos aceptamos y respetamos las reglas sobre lo que es o no conducta aceptable.
14. Tenemos amigos y parientes que siempre están disponibles para ayudarnos en nuestros problemas o crisis.
15. Al enfrentar una situación o circunstancia imprevista, somos capaces de comentar y decidir qué hacer.
16. Disfrutamos el tiempo que estamos juntos, aun cuando se trate de labores del hogar.
17. Si atravesamos por una situación que nos afecta a todos, tratamos de tomarla con calma.
18. Cuando hay desacuerdos tomamos en cuenta nuestros diferentes puntos de vista.
19. Nos damos tiempo y lugar para arreglar nuestros desacuerdos, pues es importante que tengamos armonía.
20. Podemos confiar en que nos apoyaremos unos a otros cuando las cosas marchen mal.
21. Cuando surge algún problema comentamos y acordamos la forma de enfrentarlo.
22. Todos creemos que nuestros lazos importan más que nuestras posesiones materiales.
23. Decidir cambiar de casa o de empleo depende de lo que es mejor para todos.
24. En imprevistos, podemos contar con el apoyo de todos los miembros de la familia.
25. Procuramos tomar en cuenta el parecer de cada uno sin adivinar, o darlo por hecho.
26. Procuramos resolver entre nosotros nuestras dificultades antes de pedir ayuda a otros.

Figura 2. Guión para la entrevista semiestructurada sobre Fortalezas y Capacidades de la familia. El resultado puede interpretarse como el perfil de recursos internos o Estilo de Funcionamiento.

Fuente: Elaboración propia, adaptado de Dunst et al. (1988).

hijos, etc. que compiten con la demanda de tiempo que la nueva condición exige para atenderla. La exploración de este aspecto implica la identificación de distintos tipos de recursos existentes y que sean verdaderamente funcionales para atender la necesidad. En apariencia, los vínculos informales entre parientes, vecinos, amistades y otros agentes sociales representan una fuente importante de apoyo emocional, físico, informativo, instrumental o material, sin embargo, es frecuente que no sean enteramente funcionales en situaciones de crisis. En esta parte de la exploración, la meta es identificar en cuáles de ellos la familia puede encontrar apoyo como recurso externo. También, es preciso identificar el conocimiento y la experiencia que la familia ha tenido con recursos formales disponibles en el entorno, su disponibilidad y accesibilidad. En la figura 3, se presenta una guía para la exploración de esta dimensión.

Inventario de recursos externos de apoyo familiar.

Se enlistan las personas y/o grupos que con frecuencia son útiles a la crianza familiar de niños pequeños. El propósito es identificar qué tan útil es cada uno para su familia. En cada caso (Especificar vínculo del agente con la familia. Para cada caso, identificar la frecuencia de uso: +5 veces en un mes; 1-2 veces a la quincena; 1-2 veces a la semana; diario o casi a diario.) Piense en los pasados seis meses qué tan útil le ha sido cada uno:

NO DISPONIBLE
 NO MUY ÚTIL
 CASI SIEMPRE ÚTIL
 MUY ÚTIL SIEMPRE

1. Mis padres
2. Los padres de mi pareja.
3. Mis parientes consanguíneos (hermanos, tíos, primos).
4. Los parientes políticos (cuñados y demás).
5. Mi pareja.
6. Mis amigos.
7. Amigos de mi pareja.
8. Mis otros hijos.
9. Otros familiares (compadres, sobrinos,...).
10. Compañeros de trabajo.
11. Personal de la escuela de mi(s) hijo(s), (maestros, director, auxiliar, otros).
12. Grupo de padres de niños compañeros de grupo de mi(s) hijo(s).
13. Sociedad de padres en la escuela de mi(s) hijo(s).
14. Grupos de ayuda social en mi colonia (vecinos, parroquia,).
15. El médico de la familia.
16. Alguna persona a la que se paga por cuidados permanentes u ocasionales.
17. Ayuda profesional disponible en la comunidad (medicina, psicología, trabajo social, profesor especial, ...).
18. Algún programa de radio o TV.
19. Alguna revista, periódico o libro.
20. Sacerdote o ministro religioso.

Figura 3. Guión para la entrevista semiestructurada sobre recursos externos de apoyo a la familia.

Fuente: Elaboración propia.

CIERRE

Hasta aquí hemos mapeado los aspectos prioritarios que la exploración inicial del entorno socio-familiar debe cubrir a partir del enfoque sistémico de empoderamiento familiar. Según nuestra experiencia, es conveniente emplearlos en el marco de las tareas de profundización del diagnóstico, una vez que la familia haya aceptado y firmado un contrato de intervención sobre la problemática que dio origen a la solicitud de servicio. Siguiendo el mapa expuesto al inicio de este escrito, es preciso recabar información específica de los factores del individuo, en este caso de las habilidades y dificultades escolares del propio niño, y de las relacionadas con el entorno escolar, para lograr un diagnóstico amplio y preciso de las necesidades de intervención. Por lo pronto, en este documento nos concentramos en comentar las posibilidades que un diagnóstico con orientación sistémica puede aportar. Se ha seguido un esquema de exposición que ayude al estudiante de psicología en sus prácticas académicas a tomar decisiones para la realización de tareas de diagnóstico en este tipo de problemas, pero el esquema propuesto puede generalizarse a otras necesidades de intervención en la que el entorno familiar sea relevante. Este documento podría resultar de utilidad para que el estudiante desarrolle competencias conceptuales relacionadas con el uso de modelos teóricos como guía para la intervención, competencias instrumentales de entrevista, y como auxiliar en la integración de información de diagnósticos en los que se utilice información de distintas fuentes. Las guías de entrevista resultan útiles cuando se emplean como medio de interacción con los usuarios, pues sus respuestas representan oportunidades para exploración del entorno socio-familiar de cara a la intervención.

La experiencia señala que en toda familia se pueden identificar características que pueden ser consideradas fortalezas, que representan recursos valiosos para la intervención orientada al empoderamiento como alternativa a la intervención asistencialista, promotora de la dependencia sólo de recursos externos. De hecho, este enfoque de intervención destaca que ésta no se reduce a la instrumentación controlada por el psicólogo, educador, o trabajador social atendiendo problemáticas específicas. La intervención basada en un enfoque sistémico de empoderamiento implica promover que el sistema familiar extienda sus redes de apoyo informal como un medio de enriquecer sus propios recursos internos, y así pueda gestionar e incorporar valiosos recursos externos existentes en su entorno. Así, podrá estructurarse como un entorno que auspicie y promueva el desarrollo de sus miembros y de sí mismo como grupo.

REFERENCIAS

- Bonfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Castro, A. (2009). El bienestar psicológico: Cuatro décadas de progreso. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 23(3), 43-72.
- Dunst, C., Trivette, C., & Deal, A. (1988). *Enabling and empowering families. Principles and guidelines for practice*. Cambridge, MA: Brookline Books.
- Dunst, C., Trivette, C., & Deal, A. (Editors). (1994). *Supporting and strengthening families. Vol 1: Methods, Strategies and Practices*. Cambridge, MA: Brookline Books.
- Martínez, R.F. (2004). La Educación, la investigación educativa y la psicología. En S. Castañeda, *Educación, Aprendizaje y Cognición. Teoría en la práctica* (pp. 3-13). México: Manual Moderno.
- Olson, D.H. (2000). Empirical approaches to family assessment. *Journal of family therapy*, 22(4), 144-167.
- Smith, S., Hamon, R., Ingoldsby, B., & Miller, J. (2009). *Exploring family theories*. New York: Oxford University Press.
- Stinnett, N. (1979). Strengthening families. *Family Perspective*, 17, 175-180.
- Stinnett, N., Tucker, D.M., & Shell, D.F. (1985). Executive families: Strengths, stress and loneliness. *Wellness Perspectives*, 2(1), 21-29.

CAPÍTULO 3

El Modelo Circumplejo para describir el funcionamiento familiar: un abordaje de la dinámica familiar en la atención a la salud

JULIA IRENE LÓPEZ GONZÁLEZ

La familia es uno de los grupos que ha sido más estudiado a lo largo de la historia. Al realizar una revisión en la literatura, se observa que son múltiples las investigaciones que tienen como objetivo el describir sus características, los tipos de familia que existen, los objetivos sociales que persigue, es decir, la integración social de sus miembros, así como estudiar el papel que desempeña en el desarrollo psicológico del individuo. Los estudios que se enfocan en describir diferentes aspectos de la familia como su impacto a nivel social y la evolución que ha tenido a lo largo del tiempo, han sido abordados por diferentes ciencias, como la Sociología, Filosofía y el Derecho. A ello, se agrega la descripción de la familia desde una perspectiva psicológica, la que resulta fundamental para la comprensión de la estructura y dinámica familiar, la interacción entre sus miembros y el establecimiento de vínculos afectivos.

Desde la década de 1950, el estudio de la familia se ha dado a partir de la descripción de ésta como un sistema relacional, con principios y categorías, lo cual permite su estudio como un problema de investigación. Posterior a esto, se observó un importante movimiento en relación con la terapia familiar como nueva forma de atención no individual a problemas mentales, de la pareja y la familia. A partir de esto, se comienza a considerar a la familia como un sistema en donde todos

sus miembros están vinculados entre sí, dando mayor peso a las interacciones, por lo que el estudio de la familia comienza a centrarse en la modificación de estos modos de interacción, más que en la toma de conciencia individual (Valladares, 2008).

El concepto de sistema toma relevancia dentro del panorama de la teoría sistémica, la cual establece que un sistema será un conjunto de objetos con una función particular, en este caso dentro de la familia, se considerará a los individuos que la integran, así como las relaciones entre ellos y sus atributos (Minuchin, 1977). Así, tenemos que la familia es un sistema dentro del cual los individuos están integrados formando parte de él, de tal forma que la conducta de ellos depende de las interacciones y de las características de organización dentro del grupo familiar, las cuales interactúan entre sí para darle sentido como un todo (Guzmán, Del Castillo y García, 2010), por lo que al enfrentarse a alguna problemática en particular, y al ser una estructura en constante cambio y movimiento, se esperaría que el grupo familiar se transforme a lo largo del tiempo, se adapte y reestructure de modo tal, que le permita continuar funcionando.

Entonces, el concepto de funcionamiento familiar se introduce con el objetivo de explicar los modos de interacción dentro del grupo familiar, los cuales, no solo implican la interacción cotidiana de los miembros del grupo familiar, sino además, la adaptación y el ajuste de sus miembros a situaciones problemáticas o de crisis, siendo estos modos de interacción particular los que al final permitirán a la familia ajustarse y adaptarse en dichas situaciones, modificar roles y reglas para ser pertinentes a la situación y, finalmente, continuar funcionando adecuadamente de acuerdo a nuevos requerimientos.

El presente escrito presenta una serie de tópicos para ser abordados en cada uno de los apartados en los que se divide este capítulo. En el primero de ellos, se presenta una aproximación conceptual del funcionamiento familiar. Uno de los que ha mostrado mayor utilidad, explicando las dimensiones del funcionamiento familiar y sustentando las intervenciones en terapia familiar y en investigaciones es el Modelo Circumplejo de los Sistemas Familiares y Maritales. Las características del modelo y su explicación de la dinámica familiar se definirán más adelante, profundizando además en la hipótesis o explicación que dicho modelo hace del funcionamiento familiar y, posteriormente, de las características de las familias.

El Modelo Circumplejo ha cobrado gran relevancia dado su utilidad en la investigación y en la atención clínica, particularmente, en terapia familiar y en la atención de problemas de salud. Una de las principales aportaciones que se desprenden de dicho modelo es el instrumento de evaluación del funcionamiento familiar FACES, el cual cuenta con cuatro versiones. Como un segundo objetivo, se

busca que el lector conozca la utilidad de dicho instrumento de evaluación tanto en la investigación como en la atención clínica. Para lograr lo anterior, se describen las características psicométricas de la prueba, así como la forma en que la prueba caracteriza el funcionamiento del grupo familiar de acuerdo con las dimensiones planteadas en el Modelo Circumplejo.

Como un tercer objetivo, se presentan algunos modelos que describen el funcionamiento familiar, las dimensiones que lo componen y su utilidad, contrastándolos con el Modelo Circumplejo, sus ventajas y aplicaciones. Como un objetivo final, se revisan las diferentes aplicaciones del Modelo Circumplejo en la investigación relacionada con el cambio de comportamientos en salud, abordándose particularmente investigaciones relacionadas con los hábitos de alimentación y actividad física, trastornos de la conducta alimentaria (TCA) y obesidad. En este capítulo, se presentan y discuten los principales hallazgos en dichas problemáticas en relación con la aplicación de la prueba FACES en cualquiera de sus versiones, así como con la utilización del Modelo Circumplejo, para la explicación de las interacciones familiares. Se efectúan comparaciones con investigaciones realizadas con otras escalas que de igual forma pretenden evaluar y describir el funcionamiento familiar, procurando a través de esto, que el lector identifique las ventajas del uso de la prueba FACES y del Modelo Circumplejo para describir el funcionamiento del grupo familiar.

El propósito último del capítulo es que el lector se familiarice con la descripción de la dinámica familiar por medio del Modelo Circumplejo, identificando sus principales características y elementos, así como su utilidad como una herramienta para la descripción del funcionamiento familiar. A partir de este abordaje teórico y de la demostración de su utilidad en la evaluación de la dinámica familiar, se busca generar intervenciones enfocadas en atender problemáticas en diversas poblaciones, particularmente en los grupos jóvenes, donde el funcionamiento familiar es un elemento ligado al surgimiento de diversos problemas de salud.

EL MODELO CIRCUMPLEJO: UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL AL FUNCIONAMIENTO FAMILIAR

En la actualidad, el Modelo Circumplejo de los Sistemas Maritales y Familiares es uno de los modelos más relevantes para comprender los sistemas familiares. Éste fue desarrollado por Olson, Russell y Sprenkle en 1979, con base en la teoría sistémica, con el objetivo de estructurar el panorama conceptual tan confuso que predominaba en aquel momento (Mártinez-Pampliega, Iraurgi, Galindez y Sanz, 2006). Olson formuló los principios generales del modelo a finales de los años 1970 y, posteriormente, se desarrollaron las herramientas de medición basadas en el mismo. Dichas herramientas son los instrumentos FACES I (Bell, 1980; Portner, 1981), FACES II (Olson, Portner y Bell, 1982), FACES III

(Olson, Portner y Lavee, 1985) y FACES IV (Olson, Gorall y Tiesel, 2006) siendo estos dos últimos, de las pruebas más utilizadas en la actualidad para la evaluación del funcionamiento familiar. Para el FACES IV, se realizó la validación al español por Rivero, Martínez-Pampliega y Olson (2010), obteniendo niveles adecuados de confiabilidad y validez en población española.

La difusión del Modelo Circumplejo ha ido en aumento dado que su explicación del funcionamiento familiar se basa en la integración de una gama de conceptos utilizados en terapia familiar y sugiere que la definición del funcionamiento familiar, así como su evaluación, se realice a partir de tres variables: la cohesión, la flexibilidad o adaptabilidad y la comunicación. Zicavo, Palma y Garrido (2012) afirman que el funcionamiento familiar:

Implica el desarrollo de una dinámica adecuada en la familia; entendiendo a la dinámica familiar como el establecimiento de determinadas pautas de interrelación entre los miembros del grupo familiar, las cuales se encuentran mediadas o matizadas por la expresión de sentimientos, afectos y emociones de los miembros entre sí, y en relación con el grupo en su conjunto. (p. 221)

El funcionamiento familiar se caracteriza por tres dimensiones, las cuales permiten establecer los vínculos y relaciones dentro de la familia; estos son la cohesión, la flexibilidad y la comunicación, siendo esta última una dimensión facilitadora para que la interacción familiar fluctúe en las otras dos dimensiones del modelo; a su vez, cada una de estas dimensiones se conforma por diferentes elementos que contribuyen a su entendimiento.

La cohesión se define como la unión emocional que los miembros de la familia tienen unos hacia otros. El objetivo de evaluar la cohesión en el grupo familiar es identificar cómo los sistemas familiares balancean la separación o independencia de sus miembros en relación con la unión familiar. Los conceptos relacionados con la cohesión son: la unión emocional, los límites, coaliciones, tiempo, espacio, amigos, toma de decisiones, intereses y recreaciones (Olson, 2000).

La dimensión de cohesión describe los vínculos emocionales de la familia en función del continuo desapego-cohesión balanceada-apego, identificando a aquellas familias que presente niveles extremos bajos de cohesión como familias desapegadas y aquellas familias con niveles extremos altos como familias apegadas. En este sentido, el modelo presenta una hipótesis curvilínea en relación con las variables que describen el funcionamiento familiar, es decir, establece que aquellos niveles balanceados de cohesión permitirán un óptimo funcionamiento familiar y se identifican como

cohesión balanceada, mientras que los niveles desbalanceados (muy bajos definidos como desapego y los muy altos como apego) representarán niveles problemáticos para las relaciones familiares. Las familias que se ubican en un nivel de Cohesión Balanceada tienden a ser más funcionales en su ciclo de vida. Un ejemplo de esto, son aquellas familias que comparten tiempo juntos, se apoyan en la toma de decisiones y existe un soporte marital; las actividades e intereses son independientes para cada miembro, pero algunos son compartidos dentro del grupo familiar. Las familias apegadas manejan niveles altos de consenso y muy poca independencia de sus miembros. Por último, aquellas familias que muestran un nivel de cohesión bajo o muy bajo, es decir, familias desapegadas, son aquellas en las cuales los miembros muestran poco apego y compromiso con su grupo familiar (Olson, 2000).

La flexibilidad o adaptabilidad se refiere a la calidad y expresión del liderazgo y organización, las relaciones de los roles en la familia, así como las reglas y negociaciones (Olson y Gorall, 2006). Martínez-Pampliega et al. (2006), establecen que la flexibilidad hace referencia a la capacidad del grupo familiar para adquirir nuevas reglas o normas de funcionamiento, además de modificar los ya existentes; ante la necesidad de enfrentar cambios, dificultades, crisis o conflictos por los que la familia pudiera atravesar en un momento dado. El objetivo de evaluar la flexibilidad dentro del sistema familiar es identificar cómo el sistema logra un balance entre mantener su estabilidad y los cambios a los que pueden enfrentarse.

Según Olson (2000), los conceptos específicos vinculados a la adaptabilidad son el liderazgo (control y disciplina), los estilos de negociación, las relaciones de los roles y las relaciones de las reglas dentro de la familia. La ausencia de esta flexibilidad a los cambios dificulta o impide al grupo familiar hacer un uso adecuado de sus recursos y capacidades, lo que trae como consecuencia el que la familia se mantenga utilizando esquemas, normas, roles y actitudes que resultan disfuncionales y les dificultan encontrar una solución adecuada al problema familiar que se enfrenta.

Para la dimensión de adaptabilidad, la expresión de reglas, normas y roles se representa en el modelo en función del continuo rigidez-flexibilidad balanceada-caos. La hipótesis curvilínea del modelo establece que los niveles balanceados de flexibilidad (flexibilidad balanceada) conducirán a un funcionamiento familiar más saludable, mientras que los niveles desbalanceados (niveles muy bajos representan un funcionamiento rígido o niveles muy altos que representan un funcionamiento caótico) conducirán a un funcionamiento más problemático. La dimensión de flexibilidad se centra en describir el cambio en la familia en relación con el liderazgo, roles y reglas; el estudio de estas variaciones es fundamental. Se ha identificado que uno de los aspectos que distingue a parejas o a familias funcionales de las disfuncionales es la capacidad que muestran para hacer cambios en

su estructura cuando es necesario, considerando que tanto la estabilidad como el cambio son dos aspectos presentes de forma constante en el sistema marital o familiar (Olson, 2000).

Las familias que se ubican en flexibilidad balanceada tienden a mostrar un liderazgo igualitario y democrático que permita la toma de decisiones, los procesos de negociación son abiertos e inclusivos, permitiendo la participación de los miembros menores de la familia; los roles son compartidos y el cambio se presenta de forma fluida cuando es necesario, permitiéndose el cambio en las reglas, las que suelen ser apropiadas para la edad de cada miembro del sistema familiar. Por el contrario, aquellas familias que tienden a ubicarse en los niveles desbalanceados de flexibilidad en el Modelo Circumplejo muestran las siguientes características: los sistemas familiares rígidos tienden a tener un solo individuo a cargo quien suele ser controlador, las negociaciones son limitadas y la mayoría de las decisiones son tomadas por el líder, los roles suelen estar claramente definidos y las reglas difícilmente cambian o se ajustan. Por otra parte, las familias que se ubican como caóticas suelen presentar características erráticas o limitadas en su liderazgo, las decisiones que se toman suelen ser de forma impulsiva y sin analizarse cuidadosamente, los roles no suelen estar claramente definidos por lo que suelen cambiar de individuo a individuo.

Por último, la comunicación es la tercera dimensión del modelo y es definida como las habilidades positivas de comunicación utilizadas en la pareja o el sistema familiar. La dimensión de comunicación es vista como una dimensión que facilita a la familia modificar sus niveles de cohesión y flexibilidad; a partir de esta dimensión, se identifican los patrones de interacción con los cuales los miembros de una familia interactúan e intercambian mensajes de tipo afectivo, informativo o normativo (Olson y Gorall, 2006). Martínez-Pampliega et al. (2006) refieren que los conceptos relacionados con la comunicación son la empatía y escucha activa por parte del receptor, habilidades del emisor, libertad de expresión, claridad de expresión, continuidad, respeto y consideración.

La figura 1 muestra una representación gráfica de las dimensiones del Modelo Circumplejo, así como la hipótesis de curvilinealidad planteada en el modelo.

ESCALA DE EVALUACIÓN DE LA ADAPTABILIDAD Y COHESIÓN FAMILIAR (*FAMILY ADAPTABILITY AND COHESION EVALUATION SCALE: FACES IV* DE OLSON, GORALL Y TIESEL, 2006)

A partir del Modelo Circumplejo fueron desarrolladas varias escalas para evaluar el estatus de la familia y las parejas en relación con las dimensiones consideradas en el modelo (cohesión y flexibilidad), lo cual permite probar las hipótesis planteadas en dicho modelo. Dicho instrumento es la escala *Family Adaptability and Cohesion Evaluation Scale* (FACES), para la cual, en la actualidad

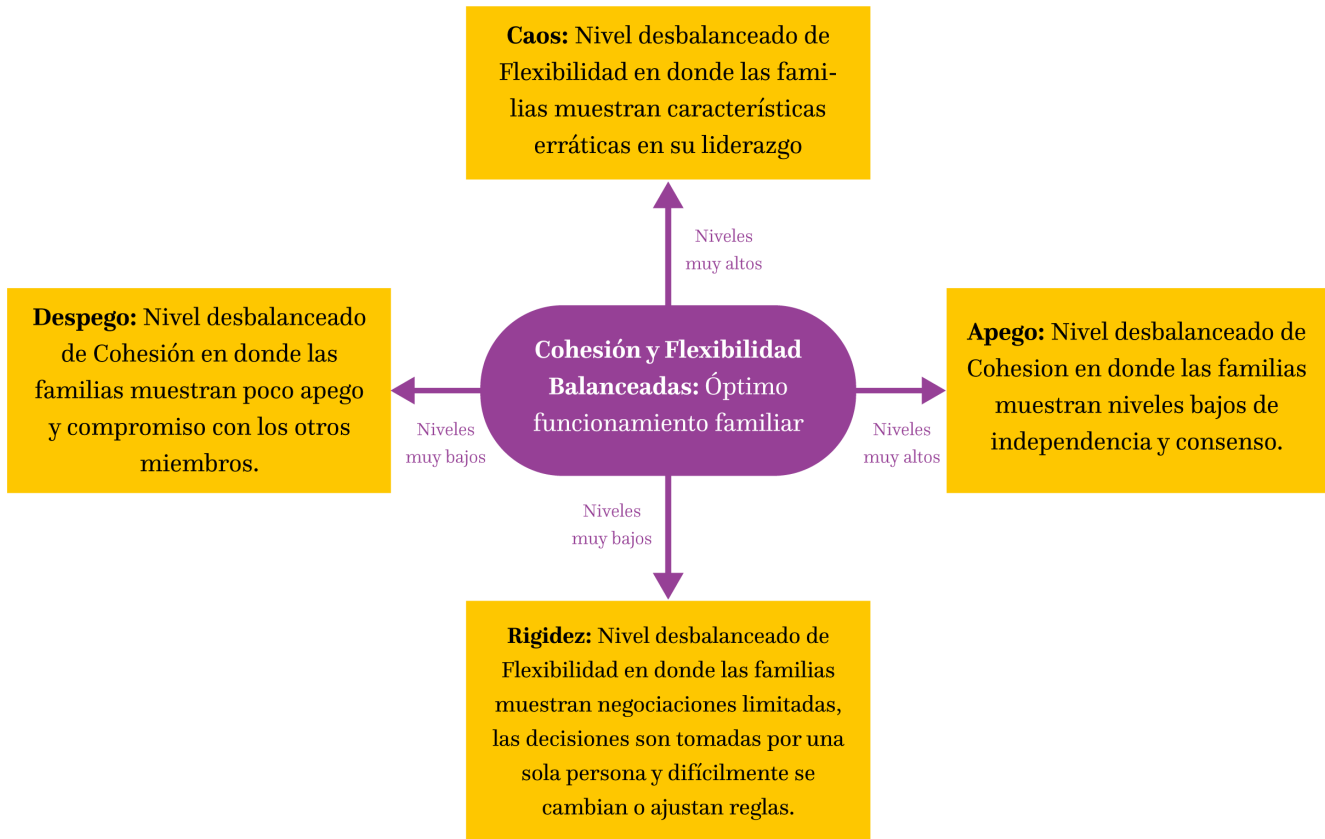


Figura 1. Representación de las dimensiones del Modelo Circumplejo y su hipótesis.

Fuente: Elaboración propia.

existen cuatro versiones diferentes: FACES I: Bell, 1980 y Portner, 1981; FACES II: Olson et al., 1982; FACES III: Olson et al., 1985 y FACES IV: Olson et al., 2006; lo anterior indica el amplio trabajo de investigación y análisis que ha implicado su desarrollo.

Las versiones FACES II y III han sido utilizadas en más de 1200 estudios de investigación y extensamente aplicadas en trabajos clínicos por más de 25 años (Kouneski, 2000). La versión FACES IV provee una evaluación comprensiva de las dimensiones de cohesión y flexibilidad familiar utilizando seis escalas definidas por Olson y Gorall (2003). Este instrumento considera tanto los aspectos balanceados (saludables) como los desbalanceados (problemáticos) del funcionamiento familiar propuestos en el Modelo Circumplejo. La escala completa cuenta con un total de 42 reactivos divididos en las 6 escalas. Las escalas demostraron validez, confiabilidad y son capaces de discriminar entre familias problemáticas y no problemáticas en población española y estadounidense; el rango de confiabilidad de las seis escalas va de 0.77 a 0.89 (Olson y Gorall, 2006). El instrumento tiene un

formato de respuesta en escala tipo Likert de cinco puntos que va de 1 (Totalmente en desacuerdo) a 5 (Totalmente de acuerdo). La adaptación al español de Rivero, Martínez-Pampliega y Olson (2010) incluye 24 reactivos (seis subescalas con cuatro reactivos cada una). Esta adaptación presenta un buen comportamiento psicométrico mostrando validez de contenido, constructo y criterio. La escala está diseñada para auto-aplicación.

Siendo congruente con el Modelo Circumplejo, el FACES IV explica el funcionamiento familiar a partir de la hipótesis de curvilinealidad de las dimensiones. Para ello, se estima una razón de las escalas balanceadas/ desbalanceadas. Así, se deriva la Razón de Cohesión, la Razón de Flexibilidad y la Razón Circumpleja Total. Como resultado, entre más alto sea el puntaje de la razón, más saludable será el sistema familiar (Olson y Gorall, 2006).

Una de las ventajas más importantes de la escala FACES IV, es que utilizando los datos de las distribuciones percentilares de las seis subescalas se pueden identificar seis tipos de familias, los que se derivan de un análisis de cúmulos o agrupaciones. Estos tipos son: balanceado, rígidamente cohesivo, rango medio, flexiblemente desbalanceado, caóticamente desapegado y desbalanceado:

- a. *Clúster 1: balanceado.* Se identifican en este grupo a familias que son capaces de manejar adecuadamente los estresores de la vida diaria y los cambios en las relaciones de la familia a través del tiempo.
- b. *Clúster 2: rígidamente cohesivo.* Aquí se ubican las familias que tienen un buen funcionamiento debido a su grado de cercanía; sin embargo, pueden tener dificultades al hacer cambios situacionales o de desarrollo debido a sus altos niveles de rigidez.
- c. *Clúster 3: rango medio.* En este, la familia se caracteriza por puntajes moderados en todas las subescalas con excepción de la subescala de rigidez, indicando familias que funcionan adecuadamente.
- d. *Clúster 4: flexiblemente desbalanceado.* Se obtienen altos puntajes en las escalas desbalanceadas combinadas con puntajes bajos a moderados en cohesión, lo cual pareciera indicar funcionamiento problemático. De todos los clusters, este es el más difícil de caracterizar claramente.
- e. *Clúster 5: caóticamente desapegado.* Estas familias son altamente problemáticas por la falta de cercanía emocional y el alto grado de cambio problemáticos.
- f. *Clúster 6: desbalanceado.* Este tipo de familias son las más problemáticas en su funcionamiento general, derivado de la falta de fortalezas y factores protectores proporcionados por las escalas balanceadas.

MODELOS PARA EL ABORDAJE DEL FUNCIONAMIENTO FAMILIAR

De acuerdo con Olson, (2000), el Modelo Circumplejo nació con el objetivo de unificar las teorías existentes para describir la dinámica familiar, además de que con su surgimiento se pretendió unir la investigación, la teoría y la práctica; tres aspectos que comúnmente se presentan de forma separada. De acuerdo con este autor, los modelos y teorías existentes del funcionamiento familiar se centran en la descripción, independiente de las dimensiones de cohesión, adaptabilidad y comunicación, las que se consideran críticas para el tratamiento y entendimiento de los sistemas maritales y familiares. La propuesta integradora de Olson muestra una fortaleza de importancia, pues está conceptual y empíricamente relacionada con otros modelos que describen el funcionamiento familiar, mostrando además correlaciones altas con los datos derivados de los instrumentos que se desprenden de dichos modelos teóricos. Por ejemplo, el *Modelo de los Sistemas de Beavers* (Beavers y Hampson, 1990) del cual se desprende el *Self-Reported Family Inventory* (SFI), el *Modelo de la Familia de McMaster* (Epstein, Baldwin y Bishop, 1983) del cual surge el instrumento *McMaster Family Assesment Device* (FAD). Igualmente, ha mostrado correlaciones altas con otros instrumentos de evaluación por ejemplo el *Family Assesment Measure* (FAM III) de Skinner, Steinhauer y Santa-Bárbara (1983).

Otra de las ventajas de la propuesta de Olson es que es más sensible a la diversidad étnica y cultural, lo que permite explicar mejor las diferencias entre los grupos familiares. Además, el Modelo Circumplejo incorpora a la comunicación como una variable facilitadora, dado que las habilidades de comunicación son vistas como un componente que facilita a las parejas y a las familias mantener un balance entre las otras dos dimensiones del modelo, identificando así que aquellas familias con un funcionamiento familiar más balanceado presentan procesos de comunicación más positivos al compararse con familias con un funcionamiento desbalanceado (Olson, 2000).

APLICACIÓN DEL MODELO CIRCUMPLEJO EN LA INVESTIGACIÓN DE CAMBIOS DEL COMPORTAMIENTO

El Modelo Circumplejo para describir el funcionamiento familiar ha sido utilizado para el abordaje de una gran variedad de problemáticas del campo de la psicología y la salud, entre las que destacan la relación entre el funcionamiento familiar y la adicción a sustancias (Mermerlstein, 2011), la obesidad en niños y adolescentes (Williams et al., 2010; Mellor, Renzaho, Swinburn, Green y Richardson, 2012), problemas de conducta (Ju Youn, Sun, Jun Li y Yeon, 2013; Place, Hulsmeier, Brownrigg y Soulsby, 2018), trastornos de la conducta alimentaria (TCA) (Cerniglia et al., 2017; Laghi et al., 2017), y los hábitos adecuados de alimentación y ejercicio (Loprinzi, 2015), entre otras. Estas investigaciones pueden integrarse alrededor de tres grandes objetivos: el primero consiste en describir el rol de la

familia como factor para el desarrollo de diversas problemáticas, el segundo es describir cómo la familia puede desempeñarse como un agente de cambio o factor protector para evitar la aparición de diversas problemáticas y, finalmente, describir cómo dichas problemáticas pueden alterar el funcionamiento de la familia. Es posible encontrar investigaciones que responden a más de uno de estos objetivos. Con el propósito de ejemplificar las aportaciones del Modelo Circumplejo a la problemática en salud, se inidcan aquellos estudios que describen la relación entre el funcionamiento familiar, los hábitos de alimentación, hábito de ejercicio y los trastornos de la conducta alimentaria

Con relación a los Trastornos de la Conducta Alimentaria (TCA), definidos como un grupo de alteraciones en el comportamiento alimentario de una persona, con manifestaciones en dos extremos: una reducción extrema de la ingesta de comida o el comer en exceso (National Institute of Mental Health [NIMH], 2018), el Modelo de Olson ha mostrado una gran utilidad en la descripción de las características del funcionamiento familiar en pacientes que presentan alguno de los trastornos comprendidos en la clasificación TCA .

Fernández Ruiz, Masjuán, Costa-Ball y Cracco (2015) y Maglio y Molina (2012) identificaron a través de la evaluación con el FACES III y FACES IV, respectivamente, diversas características del funcionamiento de familias con adolescentes con TCA. Destacan que estas familias presentan menores niveles de cohesión y menor flexibilidad y comunicación, es decir, muestran características de un funcionamiento caótico, desligado, enmarañado y rígido. Se identificó, además, que tanto las madres de familia como los pacientes con TCA mostraban coincidencias en la percepción del funcionamiento familiar. En contraste, se encontraron diferencias en la percepción de la flexibilidad familiar en hermanos de adolescentes con TCA, siendo los varones quienes perciben mayor flexibilidad.

En esta misma línea, Taffá et al. (2017) identificaron en familias de adolescentes femeninas con TCA, que existe una diferencia entre la percepción del funcionamiento familiar de los padres y las adolescentes; específicamente, las adolescentes con anorexia perciben a su familia como más desapegada y rígida, además de identificar pocas habilidades de comunicación. Dichos estudios describen cómo un miembro de la familia con TCA puede generar un funcionamiento familiar disfuncional, es decir, más orientado a los niveles desbalanceados.

Por otra parte, algunos de los estudios que se encargan de describir el funcionamiento familiar con base al Modelo Circumplejo y su relación con el Índice de Masa Corporal, la obesidad y hábitos de alimentación y actividad física, han encontrado resultados contrastantes. Las investigaciones han identificado que uno de los factores que funcionan como protectores en contra del sobrepeso y la

obesidad es que los niños coman acompañados de un adulto, considerando que el adulto funciona como un regulador de las porciones y apoya con la elección de comida, encontrando además que aquellos niños quienes comen solos tienen un mayor riesgo de ganar peso en comparación con quienes comen con su familia (González et al., 2012). De igual forma, Colunga et al. (2016) encontraron que la percepción que los hijos y los padres tienen sobre el funcionamiento del sistema familiar se relaciona con la obesidad infantil, identificando, además, que la comunicación juega un rol fundamental en la relación familia-obesidad, en donde se observa que, aunque la familia ya haya identificado problemas de peso en alguno de sus miembros, no modifica la forma en que se comunica.

En contraste, otras investigaciones no han encontrado relación entre el funcionamiento familiar y el peso corporal de los adolescentes. Mellor et al. (2012) realizaron una investigación con población africana para conocer la relación entre la obesidad y el funcionamiento familiar en adolescentes, identificando que los niveles balanceados de funcionamiento familiar percibidos por los padres y los hijos no se relacionan significativamente con el Índice de Masa Corporal de los hijos. Resultados similares son los obtenidos por DeNiet et al. (2011) quienes identificaron a través de la evaluación con el FACES III, que los niveles de cohesión y adaptabilidad no tienen un valor predictivo en relación con el éxito del tratamiento nutricional, sin embargo, se identificó que la cohesión familiar se relaciona con menores niveles de consumo de soda y mayor consumo del desayuno en niños.

Por otra parte, al contrastar los hallazgos de investigaciones que han utilizado otros instrumentos y los arrojados al utilizar FACES se detectan inconsistencias. En un estudio realizado por Longley (2013), cuyo objetivo era identificar los efectos de la actividad física de los miembros de la familia en el funcionamiento familiar, utilizaron el FAD (*Family Assessment Device*) y encontraron que no existe asociación directa entre la actividad física y el funcionamiento familiar. En contraste, el estudio de Lopirizzi (2015) utilizando FACES encontró que aquellas familias con hijos jóvenes y que presentan un funcionamiento familiar más problemático, tienen un menor involucramiento en actividades físicas y dedican más tiempo a actividades sedentarias. Los resultados de ambos estudios, podría explicarse considerando que una de las características principales del FAD es que en una de sus versiones (forma general), permite obtener solamente una medida o descripción general del funcionamiento familiar.

Por último, y en relación con la evaluación del funcionamiento familiar en población adulta, Galárraga (2014) identificó que en pacientes entre 20 y 59 años evaluados con el FACES III, existía una asociación estadísticamente significativa entre la funcionalidad familiar y el peso corporal, siendo las personas que pertenecían a familias caóticas quienes presentaron más probabilidad

de padecer sobrepeso u obesidad. Se han encontrado resultados similares evaluando la cohesión familiar. El estudio de Tachiquin (2013) en pacientes mexicanos obesos evaluados con el FACES III, mostró que la cohesión familiar fue mayormente desligada, mientras que en pacientes no obesos fue mayormente conectada; señalando que la alteración en la unión emocional de la familia incrementa la probabilidad de desarrollar obesidad al favorecer estilos de vida poco saludables.

CONCLUSIONES

Como hemos observado, la descripción del funcionamiento familiar requiere de la incorporación de las dimensiones básicas de cohesión, flexibilidad y comunicación, para aumentar con ello el alcance explicativo del funcionamiento familiar y su relación con diversos problemas en salud. En este capítulo, se describió la aportación de Olson para la descripción y explicación del funcionamiento familiar, misma que puede utilizarse tanto en la investigación como en la práctica clínica. Si bien, es cierto que existen otros modelos para describir el funcionamiento familiar, el modelo propuesto por Olson incorpora las dimensiones básicas y ofrece además un instrumento para aplicación a los miembros de la familia para observar las características de la relación familiar y el grado de acuerdo o discrepancia en las percepciones, mismas que en buena medida contribuyen a la explicación de los problemas de sus miembros.

Es importante indicar que, en México, son pocas las investigaciones que se identificaron para describir el funcionamiento familiar utilizando el Modelo Circumplejo. En investigaciones realizadas particularmente en pacientes adolescentes con obesidad y madres de familia en la ciudad de Hermosillo, se observó que las dimensiones del funcionamiento familiar y las características de los grupos familiares varían considerablemente, particularmente, en lo que se refiere a la percepción del apego y el establecimiento de reglas (López, 2014), por lo que se propone ampliar este tipo de investigaciones en población mexicana. Otra tarea pendiente es utilizar FACES en la práctica clínica para documentar el alcance predictivo de la propuesta de Olson y, eventualmente, probar su utilidad como instrumento para evaluar los cambios en el funcionamiento familiar antes y después de la intervención terapéutica.

REFERENCIAS

- Beavers, W.R., & Hampson, R.B. (1990). *Successful families: Assessment and intervention*. New York: Norton.
- Bell, R.Q. (1980). *Parent/adolescent relationship in families with runaways: Interaction types and circumplex model*. (Tesis Doctoral). University of Minnesota.
- Cerniglia, L., Cimino, S., Tafà, M., Marzilli, E., Ballarotto, G., & Bracaglia, F. (2017). Family profiles in eating disorders: family functioning and psychopathology. *Psychology Research and Behavior Management*, 10, 305-3012. Recuperado de <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC5633277/>
- Colunga, C., Oliveros, L., Preciado, M., Villaseñor, T., Orozco, M., González, M., & Barrera, J. (2016). Children and parent's perceptions of family functioning relating to childhood obesity. *Advances in Applied Sociology*, 6, 330-343. <http://doi.org/10.4236/aasoci.2016.610025>
- DeNiet, J., Timman, R., Rokx, C., Jogejan, M., Passchier, J., & van den Akker, E. (2011). Somatic complaints and social competence predict success in childhood overweight treatment. *International Journal of Pediatric Obesity*, 6, 472-479. <http://doi.org/10.3109/17477166.2011.575145>
- Epstein, N., Baldwin, L., & Bishop, D. (1983). The McMaster Family Assessment Device. *Journal of Marital and Family Therapy*, 9(2), 171-180. Recuperado de https://www.ntnu.no/c/document_library/get_file?uuid=cd377890-a31d-4692-a9b8-47c563844862ygroupId=10293
- Fernández Ruiz, M., Masjuan, N., Costa-Ball, D., & Cracco, C. (2015). Funcionamiento familiar y trastornos de la conducta alimentaria. Una investigación desde el Modelo Circumplejo. *Ciencias Psicológicas*, 9, 153-162. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=459545410005>
- Galárraga, J. (2014). *Alteración de la Dinámica Familiar y la presentación de sobrepeso y obesidad en pacientes de 20 a 59 años de edad que acuden a consulta externa de medicina familiar del Hospital Un Canto a la Vida y Fundación Tierra Nueva de Mayo a Julio de 2014*. Investigación Previa a la obtención del título de especialista en medicina familiar y comunitaria. Quito, Ecuador. Recuperado de <http://repositorio.puce.edu.ec/bitstream/handle/22000/10830/11.46.000881.pdf?sequence=4>
- González, E., Aguilar, M., García, C., García, P., Álvarez, J., Padilla, C., & Ocete, E. (2012). Influencia del entorno familiar en el desarrollo del sobrepeso y la obesidad en una población de escolares de Granada (España). *Nutrición Hospitalaria*, 27(1), 177-184. Recuperado de http://scielo.isciii.es/pdf/nh/v27n1/21_original_10.pdf

- Guzmán, R., Del Castillo, A., & García, M. (2010). Factores psicosociales asociados al paciente con obesidad. En J.A. Morales (Coord.), *Obesidad. Un enfoque multidisciplinario* (pp. 201-218). México: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Recuperado de https://www.uaeh.edu.mx/investigacion/productos/4823/libro_de_obesidad.pdf
- Ju Youn, J., Sun, K., Jun Li, P., & Yeon, K. (2013). Relationship between family adaptability, cohesion and adolescent problem behaviors: curvilinearity or circumplex model. *Korean Journal of Family Medicine*, 34(3), 169-177. Recuperado de <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3667224/>
- Kouneski, E. (2000). *The family Circumplex Model, FACES II and FACES III: overview of research and applications*. Recuperado de http://www.facesiv.com/pdf/faces_and_circumplex.pdf
- Lagui, F., Pompili, S., Zanna, V., Castiglioni, M.C., Criscuolo, M., Chianello, I., & Baiocco, R. (2017). How adolescents with anorexia nervosa and their parents perceive family functioning? *Journal of Health Psychology*, 22(2), 197-207. <http://doi.org/10.1177/1359105315597055>
- López, J. (2014). *Funcionamiento familiar, barreras percibidas, y disposición al cambio de hábitos en familias con adolescentes con obesidad*. (Tesis de Maestría). Universidad de Sonora, México.
- Loprinzi, P. (2015). Association of family functioning on youth physical activity and sedentary behavior. *Journal of Physical Activity & Health*, 12(5), 642-648. <http://doi.org/10.1123/jpah.2014-0031>
- Longley, K. (2013). *Physical activities and general family functioning*. (Tesis de Maestría). The Florida State University, College of Human Science. Recuperado de <https://diginole.lib.fsu.edu/islandora/object/fsu:183800/datastream/PDF/view>
- Maglio, A.L., & Molina, M.F. (2012). La familia de adolescentes con trastornos alimentarios. ¿Cómo perciben sus miembros el funcionamiento familiar? *Revista Mexicana de Trastornos Alimentarios*, 3, 1-10. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3983593.pdf>
- Martínez-Pampliega, A., Iraurgi, I., Galíndez, E., & Sanz, M. (2006). Family Adaptability and Cohesion Evaluation Scale (FACES): desarrollo de una versión de 20 items en español. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6(2), 317-338. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/337/33760207.pdf>
- Mellor, D., Renzaho, A., Swinburn, B., Green, J., & Richardson, B. (2012). Aspects of parenting and family functioning associated with obesity in adolescent refugees and migrants from African backgrounds living in Australia. Australian and New Zealand. *Journal of Public Health*, 36, 317-324. <http://doi.org/10.1111/j.1753-6405.2012.00894.x>

- Mermelstein, L. (2011). *Family Functioning and Substance Use Severity among Adolescents upon Admission to Residential Substance Use Treatment*. (Tesis de Maestría). Psicología Clínica, Universidad de Ohio. Recuperado de <https://etd.ohiolink.edu/>
- Minuchin, S. (1977). *Familias y Terapia familiar*. Barcelona: Granica.
- National Institute of Mental Health (NIMH). (2018). *Eating Disorders: about more than food*. U.S Department of Health and Human Service. Recuperado de <https://www.nimh.nih.gov/health/publications/eating-disorders/index.shtml>
- Olson, D.H. (2000). Circumplex Model of Marital and Family Systems. *Journal of Family Therapy*, 22, 44-167. Recuperado de <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/1467-6427.00144/epdf>
- Olson, D.H., & Gorall, D. (2003). Circumplex model of marital and family systems. In F. Walsh (Ed.), *Normal family processes: Growing diversity and complexity* (pp. 514-548). New York: Guilford Press.
- Olson, D.H., & Gorall, D. (2006). FACES IV & The Circumplex Model. *Life Innovations*, 3-19. Recuperado de http://www.societyofpediatricpsychology.org/sites/default/files/files/3_innovations.pdf
- Olson, D.H., Gorall, D.M., & Tiesel, J. (2006). *FACES IV: Development and Validation*. Recuperado de www.facesiv.com
- Olson, D.H., Portner, J., & Bell, R.Q. (1982). *FACES II*. St. Paul, MN: University of Minnesota.
- Olson, D.H., Portner, J., & Lavee, Y. (1985). *FACES III*. St. Paul, MN: University of Minnesota.
- Place, M., Hulsmeier, J., Brownrigg, A., & Soulsby, A. (2018). The family adaptability and cohesion evaluation scale (FACES): an instrument worthy in rehabilitation? *Psychiatric Bulletin*, 29, 215-218. Recuperado de https://www.cambridge.org/core/services/aop-cambridge-core/content/view/4C790777D04B0409D81EB622B22E89BA/S0955603600028191a.pdf/family_adaptability_and_cohesion_evaluation_scale_faces_an_instrument_worthy_of_rehabilitation.pdf
- Portner, J. (1981). *Parent/adolescent relationships: Interaction types and the circumplex model*. (Tesis doctoral). University of Minnesota.
- Rivero, N., Martínez-Pampliega, A., & Olson, D.H. (2010). Spanish adaptation of the FACES IV questionnaire: psychometric characteristics. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, 18(3), 288-296. <http://doi.org/10.1177/1066480710372084>
- Skinner, H.A., Steinhauer, P.D., & Santa-Barbara, J. (1983). *The Family Assessment Measure- III Manual*. Toronto: Multi Health Systems.

- Tachiquin, N. (2013). *Cohesión y adaptabilidad familiar en pacientes obesos comparada con no obesos en la UMF. No. 1 Delegación Aguascalientes*. (Tesis de especialidad). Universidad Autónoma de Aguascalientes. Aguascalientes. Recuperado de <http://bdigital.dgse.uaa.mx:8080/xmlui/bitstream/handle/11317/1111/372953.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Taffá, M., Cimino, S., Ballarotto, G., Bracaglia, F., Bottone, Ch., & Cerniglia, L. (2017). Female adolescents with eating disorders, parental psychopathological risk and family functioning. *Journal of Child & Family Studies*, 26, 28-39. <http://doi.org/10.1007/s10826-016-0531-5>
- Valladares, A. (2008). La familia: una mirada desde la psicología. *Revista Electrónica de las Ciencias Médicas en Cienfuegos*, 6(1). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=180020298002>
- Williams, N., Coday, M., Somes, G., Tylavsky, F., Richey, P., & Hare, M. (2010). Risk factors for poor attendance in family-based pediatric obesity intervention program for young children. *Journal of Development & Behavioral Pediatrics*, 31(9), 705-712. <http://doi.org/10.1097/DBP.obo13e3181f17b1c>
- Zicavo, N., Palma, C., & Garrido, G. (2012). Adaptación y Validación del FACES- 20- ESP: Reconociendo el funcionamiento familiar en Chillán, Chile. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 10(1), 219-234. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/773/77323982013.pdf>

CAPÍTULO 4

Funcionamiento familiar y bienestar de los hijos: la promoción de comportamientos saludables de alimentación

MARÍA MARTHA MONTIEL CARBAJAL

El estudio de los comportamientos saludables básicos de alimentación y actividad física se ha abordado desde diversos enfoques. En la actualidad, prevalecen las posturas ecológicas concretadas en los modelos ecológicos que integran los multiniveles al interior de los cuales se organizan los factores determinantes de los comportamientos de alimentación y actividad física. En el análisis de los determinantes se establecen como principales indicadores de los anteriores comportamientos las mediciones de peso y estatura para determinar si se observa un peso saludable vs. sobrepeso u obesidad, al igual que el aumento o disminución del riesgo para enfermedades cardíacas o diabetes asociado a dichas mediciones. Las explicaciones de los diversos modelos que se localizan en la literatura se centran en los factores involucrados en una alimentación no saludable y, por ende, en la explicación del sobrepeso u obesidad. En este capítulo, se analiza particularmente la alimentación del niño, dejando para un análisis posterior la actividad física. Partiremos del concepto integrador de *ambiente obesogénico* –que plantea una visión multinivel– para ubicar el factor central que nos ocupa, es decir, el funcionamiento familiar. Para ello, además, será necesario desagregar los tres enfoques o niveles del estudio de la interacción familiar –funcionamiento, estilos de paternidad, comportamientos de control o promoción– como el contexto de desarrollo donde principalmente

se define lo que las personas preferirán comer, la calidad, frecuencia y cantidad para cubrir con el requerimiento energético “saludable”. Posteriormente, abordaremos algunas de las evidencias disponibles para contestar las preguntas: ¿Qué sabemos acerca de las características del funcionamiento familiar y la ingesta de alimentos de niños y adolescentes?, ¿Qué sabemos acerca de los estilos parentales y las prácticas de control de la alimentación de niños y adolescentes?

MODELO ECOLÓGICO DEL AMBIENTE OBESOGÉNICO

El concepto de ambiente obesogénico ha ganado importancia para reconocer aquellas características del ambiente que promueven un consumo no saludable y una baja actividad física, a saber, *los entornos* (construidos y relacionales), *las oportunidades* (para el desarrollo individual y familiar) y *las condiciones de vida* (por ejemplo, bienestar socioeconómico). A partir de esta caracterización del ambiente propuesta por Lake y Townshend (2006) igualmente plantean su estudio en el vecindario, la escuela y el hogar. Así, encontramos que el ambiente o *entorno construido* (que incluye el diseño físico, el uso del suelo y los sistemas de transporte) de las ciudades ha ido cambiando a lo largo del tiempo, en un afán de atacar los problemas que acarreaban para sus habitantes, por ejemplo, hacinamiento o escasez de casas habitación, se favoreció el desarrollo de los suburbios, generando a su vez otros problemas: lejanía de los hogares de los centros de trabajo, mayor tiempo gastado en transportarse –privilegiando el uso de automotores–, y disminución de la caminata como medio de transporte. A su vez, el entorno construido, característico de las ciudades, limita la disponibilidad y acceso a los alimentos, generalmente en grandes tiendas, a las que se requiere transportarse en algún vehículo y comprar en cantidades que requerirán almacenamiento. Ello inclina a los consumidores a adquirir productos procesados, envasados o enlatados y, en menor proporción, productos frescos que requerirán conservación en frío.

Continuando con el ejemplo, en la **escuela**, el entorno construido y relacional, condicionan el desarrollo de actividad física; por un lado, la disponibilidad de espacios físicos y de tiempo programado exprofeso; por otro, el acceso a dispositivos móviles como forma de comunicación y entretenimiento que favorecen la actividad sedentaria durante los espacios de recreación. También, se observa que el acceso y disponibilidad de alimentos privilegia el consumo de procesados de alto valor calórico y bajo valor nutricional (Gorin y Crane, 2008), además, los niños y los jóvenes son el público objetivo principal de la publicidad dirigida al consumo de alimentos procesados y de bajo costo.

En el **hogar**, el entorno construido condiciona primordialmente la actividad física que puede desarrollarse, así como la disponibilidad de alimentos frescos en casa; el entorno relacional constituido por las prácticas familiares de actividad física, de preparación y consumo de alimentos, condiciona igualmente, lo que los miembros de la familia desarrollarán como preferencias.

Adicionalmente, las condiciones de vida, características de diversos niveles de bienestar económico, determinarán el entorno construido y relacional donde se desarrollarán los miembros de la familia. Por ejemplo, las condiciones de pobreza tienen un efecto sobre la disponibilidad y acceso a los alimentos; en vecindarios pobres, los alimentos más ofrecidos y demandados suelen ser de bajo precio, bajo valor nutricional y alto contenido calórico; las opciones de acceso a alimentos son limitadas y la madre privilegia los alimentos llenadores. En barrios en condiciones de pobreza, el entorno construido y relacional es menos favorable para la actividad física, los espacios abiertos son escasos e inseguros. En su conjunto, las condiciones del vecindario, la escuela y el hogar, según el bienestar económico familiar, determinarán las oportunidades para el desarrollo individual y familiar.

Por su parte, Birch y Anzman (2010) afirman que hay que atender particularmente a aquella dimensión del ambiente obesogénico que se suma a la *disponibilidad y accesibilidad* de opciones de alimentación, que definirá los gustos y preferencias de alimentación de los niños, esto es, las decisiones de los padres acerca de qué ofrecer a sus hijos, en qué cantidades, con qué frecuencia, según las costumbres o prácticas sociales y familiares, más las ideas acerca de lo que los padres conciben como saludable. Igualmente, las condiciones de vida familiares y las costumbres paternas definirán la cantidad y frecuencia de la actividad física que los hijos habrán de desarrollar durante la infancia y adolescencia. Entonces, las familias pueden convertirse en un contexto o ambiente obesogénico, donde la madre como cuidadora principal, a través de sus prácticas de crianza y alimentación, promueve la obesidad.

LA INTERACCIÓN FAMILIAR COMO CONTEXTO DE DESARROLLO DE LAS PRÁCTICAS DE ALIMENTACIÓN DE SUS MIEMBROS

Es ampliamente aceptado que la familia es el principal contexto de desarrollo del individuo, donde se adquieren los comportamientos básicos que soportarán la configuración de su personalidad y la forma de ajustarse a las demandas del complejo medio ambiente físico y social (Kreppner, 2000; Uhlenberg y Mueller, 2003). Igualmente, se ha documentado que los intentos de los padres por ejercer control sobre la conducta de sus hijos ocurren en un ambiente familiar más amplio en el

que se desenvuelven las interacciones entre sus miembros, es decir, bajo las características del funcionamiento familiar y el clima socioemocional se ejercen prácticas específicas, entre ellas, las prácticas de alimentación que utiliza la madre con sus hijos (Rhee, 2008). Más aún, estas prácticas serán interpretadas por los hijos según el funcionamiento y el clima socioemocional familiar por lo que los resultados esperados por los padres pueden o no presentarse (Rhee, 2008). Los cuatro aspectos mayormente estudiados del clima o contexto familiar son el funcionamiento familiar, los estilos parentales como tendencias, los estilos parentales específicos de alimentación y las prácticas de control parental de la alimentación comprendidas en cada estilo específico.

Considerando una postura ecológica, tendríamos que el *funcionamiento familiar* es el contexto interactivo más amplio donde participan todos los miembros de la familia, que establece las reglas y límites, la cercanía relacional y la interdependencia de sus miembros. Los *estilos parentales*, comúnmente denominados estilos de crianza, son tendencias generales para ejercer el control o autoridad sobre la conducta de los hijos y promover comportamientos. Los *estilos parentales específicos de alimentación*, que pueden o no diferir de las tendencias son entonces específicas que se ajustan según su efectividad en contextos también específicos. Por último, las *prácticas de control parental de la alimentación*, comprendidas en cada estilo específico, son estrategias particulares ajustadas a los comportamientos específicos y metas a alcanzar (figura 1).

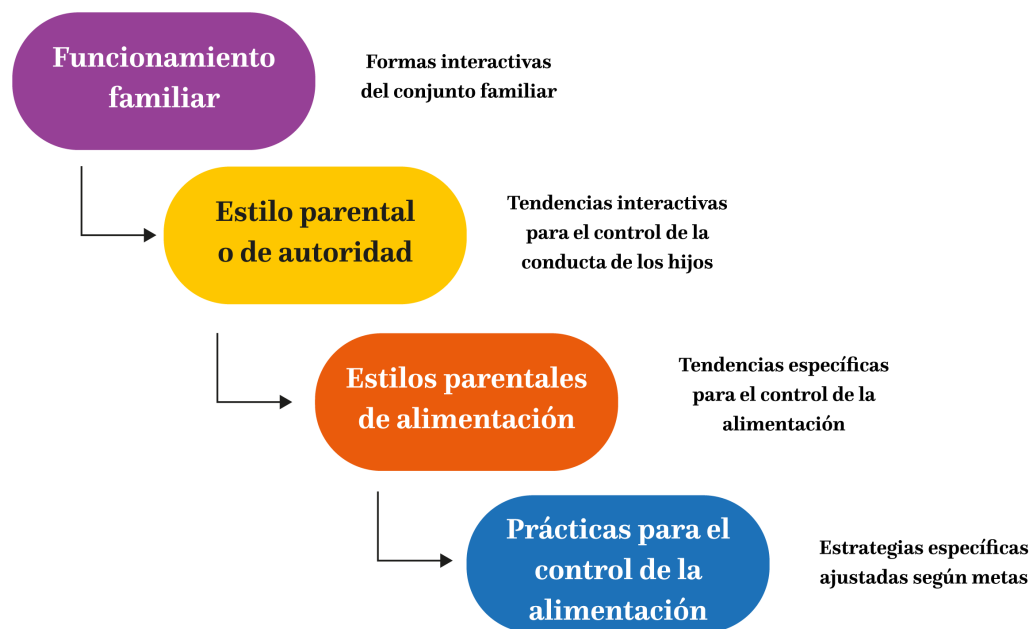


Figura 1. Niveles de organización de las pautas de interacción familiares en las prácticas para el control de la alimentación. Fuente: Elaboración propia.

FUNCIONAMIENTO FAMILIAR Y ALIMENTACIÓN

El funcionamiento familiar alude a las características de las interacciones entre los miembros de la familia que dan lugar al menos a dos dimensiones relacionales: cohesión y adaptabilidad, las cuales son facilitadas por las pautas de comunicación entre los miembros (Olson, 2011; Olson, Russell y Sprenkle, 1983). Estas dimensiones suponen que para que la estructura familiar cumpla con sus propósitos, sus miembros requieren de cierto nivel de acuerdo e integración para funcionar como grupo de apoyo, además de cierto nivel de flexibilidad para adaptarse a las demandas cambiantes de sus miembros, según sus tareas de desarrollo. Fleming (2015) plantea que la forma en que interactúan los miembros de la familia puede ser un indicador de la probabilidad de que los adolescentes desarrollen comportamientos saludables, por lo que conocer las características del funcionamiento familiar contribuye a conformar una visión psicosocial del estatus de salud de sus miembros.

Adicionalmente, el funcionamiento familiar está fuertemente asociado al tipo de prácticas maternas de control de la alimentación y actividad física de los hijos. Las dimensiones de funcionamiento familiar cuando se caracterizan por altos niveles de cohesión, apoyo y control, aunados a bajos niveles de conflicto, se asocian frecuentemente con la presencia de hijos pequeños no obesos; para el caso de adolescentes, los hallazgos varían en función del género en cuanto a las prácticas saludables de alimentación y actividad física (Zeller y Modi, 2009).

Rhee (2008) plantea que las comidas del día es un espacio de interacción donde se refleja el funcionamiento familiar. Las variaciones en el nivel de conflicto observado durante los periodos de alimentación entre los miembros de la familia, se asocia a la disposición del niño para consumir alimentos saludables: a mayor conflicto menor disposición, a mayor interacción social positiva mayor consumo. También, comenta el autor que la relación entre funcionamiento familiar y obesidad en el niño es bidireccional, por lo que puede deteriorarse aún más el funcionamiento en la medida que el niño fracasa en sus esfuerzos por controlar el peso; los miembros de la familia asumen posturas generadoras de más conflicto (culpabilizar, escapar, ignorar, entre otras) y los padres escalan en el uso de estrategias inefectivas.

Halliday, Palma, Mellor, Green y Renzaho (2014), en el estudio de metaanálisis, encontraron que el funcionamiento familiar y las estrategias de control parental explican del 14 al 24% de la variación en el Índice de Masa Corporal (IMC) de los adolescentes. Por su parte, Fleming (2015) encontró que diversos autores hipotetizan que el funcionamiento familiar puede ser un factor protector contra la ganancia de peso, ya que favorece la comunicación entre padres e hijos y un ambiente de apoyo a los cambios por comportamientos saludables. Igualmente, si el hijo percibe

mayor apoyo aumenta su satisfacción con el funcionamiento familiar, por lo que el modelamiento de comportamientos paternos saludables y el consejo para cambiar tienen mayor probabilidad de impactar el comportamiento de los hijos. En contraste, Fleming (2015) también encontró evidencia de los efectos de un pobre funcionamiento familiar, el cual provoca problemas en la comunicación, genera percepciones de que las relaciones no son justas, no proveen apoyo, genera insatisfacción con la vida familiar, además, se observa falta de interés y desconocimiento de los padres acerca de la vida y necesidades de sus hijos.

ESTILOS PARENTALES Y ALIMENTACIÓN

El término *estilo parental*, de acuerdo con Ventura y Birch (2008), describe las actitudes y tendencias de interacción desplegadas por los padres para el ejercicio de la autoridad y control de la conducta de sus hijos. Es una tendencia general, característica de la mayoría de las interacciones y a través de diversos contextos es el clima emocional general (Blissett, 2011). Según Rhee (2008), es un patrón general de ejercicio de la paternidad que proporciona el contexto socioemocional bajo el que se expresa e interpreta por el niño el comportamiento de los padres. Supone dos dimensiones: controlabilidad y sensibilidad. La primera, refiere el grado en que el padre ejerce la autoridad en un continuo estricto-flexible; la segunda, refiere el grado en que se expresa afecto y apoyo en un continuo expresivo-inexpresivo. La clasificación de estilos propuesta por Maccoby y Martin (1983) y retomada por Ventura y Birch (2008) enuncia cuatro estilos: *autoritario*, que supone una baja calidez/responsividad a las características del niño, sumada a un alto nivel de demanda y control de la conducta del niño; *autoritativo*, que manifiesta una alta calidez/responsividad y alto nivel de demanda y control; *permisivo*, que si bien se caracteriza por una alta calidez/responsividad, se suma a un bajo nivel de demanda y control; *negligente*, caracterizado por bajos niveles en ambas dimensiones, es decir, baja calidez/responsividad y bajo nivel de demanda y control (Blissett, 2011).

En la investigación acerca de estilos parentales en el contexto del estudio de la conducta alimentaria, particularmente, el consumo de frutas y verduras, Blissett (2011) encontró necesario hacer una distinción entre el estilo parental general y el estilo parental de alimentación, el que considera es un subtipo específico al contexto de alimentación y comprende estrategias conductuales y metas particulares. Los estilos, principalmente documentados en este tipo de estudios, son el autoritativo y el permisivo. Igualmente, Blissett (2011) plantea que las prácticas parentales para la alimentación son “...técnicas específicas para facilitar o limitar la ingestión de alimentos” (p. 827). Las más utilizadas por los padres son la restricción y la presión para comer, que según el clima emocional bajo el que se practican, variarán los efectos.

Asimismo, Blissett (2011) plantea dos estilos parentales de alimentación principales. Así, el *estilo parental de alimentación autoritativo* se caracteriza por una interacción emocional cálida durante el episodio de alimentación y expectativas altas –pero apropiadas a la edad– de conducta de alimentación o dietaria adecuada del niño, manteniendo en la mira las necesidades del niño. Las prácticas específicas que comprende son: el modelamiento del consumo de frutas y verduras, disponibilidad de frutas y verduras en casa, la restricción encubierta de botanas hipercalóricas, animar o alentar el consumo, además del uso de la comunicación y la negociación.

El *estilo parental de alimentación permisivo* se caracteriza por un clima emocional cálido pero indulgente y una baja demanda o expectativa de conducta dietaria adecuada en el niño. Las prácticas específicas que incluye son la falta de reglas y laxitud sobre la calidad y cantidad de la ingesta, es menos probable que se monitoree la ingesta, que haya mayor probabilidad de restricción materna y el uso de la presión paterna; los límites en el consumo se determinan por disponibilidad de los alimentos.

Por su parte, Stangy Loth (2011) proponen también el *estilo parental de alimentación autoritario* caracterizado por un alto nivel de control parental durante la alimentación del niño y un bajo nivel de responsividad a las necesidades del niño, entre ellas, a las señales de hambre y saciedad. Las consecuencias de este estilo sobre el comportamiento alimentario del niño, incluye la dificultad para que la ingesta obedezca a las señales de hambre y saciedad, es decir, no desarrollan autoregulación.

Blissett (2011) plantea que el estilo autoritativo está asociado con mayor disponibilidad de frutas y vegetales en casa. Stangy Loth (2011) agregan que dicho estilo está asociado a un menor riesgo de obesidad en niños y adolescentes y a más alto consumo de alimentos saludables. Sin embargo, persiste como principal problema para determinar relaciones causales entre estilos de alimentación, prácticas, consumo y su eventual efecto sobre el peso del niño, que no hay suficientes evidencias provenientes de estudios longitudinales. En su revisión, Rhee (2008) encuentra que especialmente la sensibilidad materna se asocia a un menor riesgo de sobrepeso en escolares de primer grado, a un mayor consumo de frutas y verduras y desarrollo de actividad física; finalmente, el autor plantea que las estrategias de modificación de conducta pueden mejorar su efectividad cuando el niño percibe mayor calidez y participación del padre.

PRÁCTICAS PARENTALES PARA LA ALIMENTACIÓN DE LOS HIJOS

Las prácticas específicas de alimentación ligadas a los estilos parentales tienen la meta de moderar el consumo alimentario de los hijos. Si bien, con propósitos analíticos se definen en su dimensión

conductual, se encuentran fuertemente ligadas a las ideas que los padres tienen acerca de los requerimientos del niño de tipo, cantidad y calidad de los alimentos, sus preocupaciones acerca del peso y del riesgo de enfermarse o convertirse en personas obesas, entre otras (Birch, Fisher, Grimm-Thomas, Markey y Sawyer, 2001).

De una manera más acotada, Stang y Loth (2011) definen cinco prácticas parentales asociadas a medidas de peso corporal del niño tales como el Índice de Masa Corporal (IMC), porcentaje de grasa corporal, más medidas de la ingesta de frutas y verduras, o en contraposición, la ingesta de bebidas azucaradas:

- *Monitoreo.* Se define como “el grado en que el padre lleva el registro de qué y cuánto come su hijo” (p. 1303). Se observa principalmente en padres preocupados por el sobrepeso de sus hijos o cuando se sienten responsables de ello. En su asociación con obesidad se supone que es una consecuencia y no una causa.
- *Presión para comer.* En este caso, los padres presionan u obligan al niño a ingerir todos los alimentos que le son presentados, obedeciendo a dos condiciones opuestas: bajo peso del niño, buscando aumentar la ingesta y ganar peso; sobrepeso del niño, presionando a la ingesta de alimentos de bajo contenido calórico como frutas y verduras.
- *Restricción.* Puede tratarse de restricción de alimentos particulares o de la ingesta total. Se observa que la restricción se utiliza más en padres preocupados por el sobrepeso de los hijos y, por tanto, se asocia mayor restricción con un mayor IMC, suponiendo entonces que no se trata de una relación causal. Una de las hipótesis de causalidad introduce un tercer elemento y es que la restricción de alimentos no permite que el niño desarrolle comportamientos de autorregulación y desarrolle una mayor atracción por los alimentos prohibidos, los que son ingeridos sin control cuando encuentran la oportunidad para hacerlo (Birch y Fisher, 1998).
- *Modelamiento de ingesta saludable.* El comportamiento de los padres acerca de preferencias de alimentos, patrones de consumo y disposición para aceptar nuevos alimentos definen los mismos patrones en los hijos. Entonces, si los padres alientan el consumo de frutas y verduras ingiriéndolos y prefiriéndolos sobre otros, e igualmente tratando de incorporar a la dieta nuevos alimentos saludables, se facilitará la adopción de estos comportamientos. Se observa con frecuencia que la madre del niño obeso también lo es, indicando patrones de consumo no saludables.
- *Disponibilidad y accesibilidad de alimentos.* Los alimentos que son preferidos y consumidos por los niños son aquellos que los padres disponen en casa a través de la compra y en la

preparación de alimentos. El consumo de frutas y verduras se incrementa cuando además los niños tienen mejor acceso a ellos, preparándolos y presentándolos de tal forma que se facilite su consumo.

EVIDENCIAS DE LA RELACIÓN ENTRE PRÁCTICAS DE ALIMENTACIÓN, PESO CORPORAL E INGESTA DEL NIÑO

Se encuentran publicadas dos grandes revisiones sistemáticas de los estudios reportados sobre el tema. La revisión de Ventura y Birch (2008) presenta las prácticas principalmente documentadas en la investigación en el periodo 1975-2006 y la revisión de Shloim, Edelson, Martin y Hetherington (2015) documenta los estudios publicados entre 2010 y 2015. Con propósitos prácticos se presentan juntas las evidencias provenientes de ambas revisiones.

Ventura y Birch (2008) en su revisión de la literatura detectaron 66 artículos que incluían mediciones de estilo parental, ingesta del niño o su peso corporal e intentaban mostrar evidencia acerca de la relación causal entre ellas. La hipótesis que plantearon fue que los estilos parentales y las prácticas de alimentación asociadas determinan el estilo de alimentación, preferencias y el consumo de energía en el niño. Los estudios y sus evidencias se agruparon alrededor de las prácticas de presión para comer, restricción para comer, modelamiento y disponibilidad de alimentos. Por su parte, Shloim et al. (2015) centraron su atención en analizar las evidencias acerca de la relación entre las prácticas de restricción para comer botanas, presión para comer, monitoreo de la ingesta e interés positivo (involucra límites para la ingesta de alimentos hipercalóricos, servir cantidades razonables de alimento y averiguando que es lo que están comiendo los hijos).

La **presión paterna para comer** puede aumentar el consumo de alimentos, pero igualmente afecta las preferencias por alimentos particulares, en este caso, los alimentos que se insiste que los niños consuman se convierten en no preferidos. Generalmente, la presión para comer se asocia a niveles más altos de restricción en el consumo de alimentos prohibidos y a la desinhibición emocional del niño (entendida como la falta de autorregulación de la ingesta). En cuanto a sus efectos sobre el peso del niño, se ha observado menor ganancia de peso a largo plazo (al menos 2 años) solo en niños pequeños de 5 años, pero mayor ganancia de peso a los 7 y 9 años.

Cuando los padres recurren a la **restricción para comer** ciertos alimentos, se ha encontrado que el niño muestra mayor desinhibición y mayor consumo sin tener hambre cuando el niño tiene acceso libre a los alimentos restringidos. Los alimentos restringidos suelen ser aquellos altos en contenido de azúcares y grasas, se convierten en más ambicionados (producen mayor deseo

anticipatorio ante la proximidad/posibilidad de su consumo) y se impide que el niño desarrolle autorregulación; aunque hay que señalar que el ser humano tiene una predisposición genética para el consumo de esos grupos de nutrientes (Ogden, 2005). Ventura y Birch (2008) también encontraron que, si se utiliza la restricción cuando el niño está ganando peso durante la infancia temprana, se espera que posteriormente se mantenga la preferencia sobre alimentos no saludables y consumidos sin sensación de hambre, continuando la ganancia de peso. Adicionalmente, la revisión de Shloim et al. (2015) encuentra que la restricción puede ser efectiva en niños pequeños, pero su efecto desaparece en los adolescentes.

La restricción, generalmente, la utilizan los padres cuando evalúan que el niño pesa demasiado o tiene mucho apetito o deseo de comer. Se observa que la preocupación materna media la relación entre restricción e IMC. Varios de los estudios de la revisión de Shloim et al. (2015) encuentran una asociación positiva considerable entre la restricción de alimentos hipercalóricos y la presión para comer alimentos saludables, relación mediada por la percepción paterna del peso del niño.

En cuanto a la **disponibilidad de alimentos** (en la forma de exposición repetida), los estudios longitudinales encontraron que la exposición repetida a alimentos nuevos hace que el niño desarrolle el gusto por una mayor variedad de alimentos saludables. Así, la variedad en el consumo a los 3 años de edad se correlaciona con los patrones dietarios hasta los 9 años y el consumo de frutas y vegetales decrece entre los 10 años y la adultez temprana. La disponibilidad se asoció a un menor consumo y menor ganancia de peso solo en el caso de familias bajo inseguridad alimentaria.

El **modelamiento del consumo de alimentos saludables** tiene efectos positivos sobre el consumo del niño, principalmente, a través de la madre, siempre y cuando los alimentos saludables estén disponibles en casa. Tanto los estudios transversales como los experimentales demostraron la misma relación, pero no evaluaron el efecto de ambas prácticas sobre el estatus de peso del niño. Asimismo, se considera que los hábitos maternos de alimentación y actividad física promueven los mismos patrones en sus hijos (Krahnstoeber, Davidson, Francis y Birch, 2005) o, en todo caso, la madre es la que principalmente toma las decisiones acerca de lo que su familia come y las actividades en las que los miembros de la familia se involucran (Lombard, Deeks, Ball, Jolley y Teede, 2009; Birch y Anzman, 2010).

El **monitoreo de la ingesta de alimentos hipercalóricos y preocupación positiva** se agrega al conjunto de prácticas parentales y consiste en “varios elementos protectores tales como limitar comidas de alto contenido calórico, ofrecer porciones pequeñas y apropiadas de alimento, y preguntando a los hijos acerca de lo que comen” (Schloim et al., 2015, p. 14), es decir, incorpora la

restricción de alimentos específicos, el tamaño de las porciones y el monitoreo de la ingesta. Schloim et al. (2015) reportan que el mantener control sobre la ingesta del niño tiene efectos positivos. Sin embargo, no hay evidencias suficientes de apoyo.

Adicionalmente, la revisión de Blissett (2011) encontró que las reglas moderadas de restricción acompañada de la disponibilidad de frutas y vegetales tienen efectos positivos sobre la calidad de la dieta consumida por el niño. Esta misma revisión encontró evidencia que demuestra que las prácticas autoritativas de alimentación que incluyen el modelamiento, las reglas familiares y el alentar al niño a consumir frutas y vegetales logra incrementar el consumo y subrayan que esto es acompañado por expectativas altas acerca del desarrollo del niño. La autora también sugiere que los programas que promuevan el consumo de frutas y vegetales deben enfocarse en las familias, promoviendo el uso moderado de las diversas prácticas en un contexto autoritativo, es decir, firme, cálido emocionalmente y con altas expectativas acerca de la conducta del niño. Sin embargo, hay que resaltar que las prácticas para que sean efectivas deben ser sensibles o ajustadas a las características de temperamento y sensibilidad a los alimentos según el niño.

Otro aspecto importante, son las oportunidades para educar el consumo a través de la preparación de alimentos, por ejemplo, mezclando verduras con otros alimentos para hacerlos agradables al gusto, ejercer una disciplina firme, pero no excesiva y una disponibilidad limitada de alimentos como los snacks o botanas.

La evidencia encuentra que, otras características como el sexo y el nivel educativo de los padres impactan el efecto de las prácticas anteriores. Al respecto, Arredondo et al. (2006) encontraron que las prácticas de monitoreo, reforzamiento, establecimiento de límites y disciplina fueron efectivas para promover consumo y actividad física saludable, no así el uso del control. Los padres desempleados y con menor nivel educativo recurrieron principalmente al uso del control. Se distingue entre disciplina y control según los objetivos perseguidos por los padres; en el caso de la disciplina, se trata de ser consistentes para establecer patrones de conducta, en contraste, el uso del control pretende solo dominar el comportamiento del niño sin que sea una meta que adquiera un comportamiento en particular. De ahí que sea necesario analizar en contextos específicos qué resulta efectivo o inefectivo. Estudiar las prácticas parentales en diversos contextos socioculturales facilita que los investigadores diseñen estrategias culturalmente apropiadas o sensibles.

Por último, es el estudio de Pratt, Hoffmann, Taylor y Musher-Eizenman (2017) plantean que, en la actualidad, el padre se está involucrando cada vez más en la alimentación de los hijos, preparando alimentos y compartiendo comidas. Los autores proponen incorporar las medidas de los

estilos y prácticas de ambos padres y explorar las diferencias considerando también el sexo y edad de los hijos. En su estudio, encontraron que los padres ejercen un estilo más controlador o autoritario incorporando estrategias coercitivas, mientras que las madres reportan más responsabilidad en la alimentación de los hijos utilizando más estrategias de promoción y estructura. Las estrategias coercitivas paternas incluyeron restricción, presión para comer, control excesivo de la ingesta y forzar a comer. Las estrategias de estructuración del ambiente incluyeron la disponibilidad y acceso en casa a alimentos saludables y monitoreo de la ingesta de no saludables. Las estrategias de promoción de la autonomía incluyeron modelar, educar e involucrar al niño en la preparación de alimentos, usando el razonamiento, la alabanza e instigadores neutrales para promover el consumo.

Indudablemente, las diferencias en estilos y prácticas de control están relacionadas con el sexo y edad de los hijos, ya que los padres tienen expectativas diferenciales de comportamiento adecuado al sexo y edad de los hijos.

EVALUACIÓN DE PRÁCTICAS PARENTALES DE ALIMENTACIÓN

A la fecha, se han derivado diversas medidas de autoreporte para las prácticas parentales de alimentación, se presentan dos de las más utilizadas y con versiones al español, ajustadas con madres mexicanas. La propuesta por Larios, Ayala, Arredondo, Baquero y Elder (2009) está interesada en evaluar las prácticas de establecimiento de límites, monitoreo, disciplina, control y reforzamiento. Originalmente, la escala fue diseñada para madres latinas en el área de San Diego, California. Posteriormente, se probaron sus propiedades psicométricas con madres mexicanas encontrando cuatro factores: monitoreo y límites de alimentación, control en alimentación, disciplina en alimentación, monitoreo y límites de actividad física (Flores et al., 2015). Además, se ha derivado una versión para niños (Soto, Arredondo, Horton y Ayala, 2016) que será de gran utilidad en la evaluación de diadas, esperando así contrastar la percepción de los padres con la del hijo y verificar concordancias.

Por su parte, Birch, et al. (2001) plantean la evaluación de creencias y prácticas parentales que incluyen responsabilidad percibida, peso corporal materno percibido, peso corporal del niño percibido por la madre, preocupación acerca del peso del niño, presión para comer, monitoreo y restricción. Existe una versión ajustada para madres mexicanas por Navarro y Reyes (2016).

El instrumento de Musher-Eizenman y Holub (2007) fue diseñado para evaluar las prácticas de alimentación de los padres de niños pequeños de 2 a 8 años. Considera las dimensiones de control sobre la conducta del niño, regulación emocional, promover balance y variedad, disponibilidad de alimentos, la comida como premio, participación en la planeación y preparación de alimentos,

modelamiento, monitoreo, presionar, restricción en el consumo de alimentos no saludables, restricción para controlar el peso y enseñar a comer saludablemente. Actualmente, existe una versión en español y se probaron sus propiedades psicométricas con madres sonorenses (Montiel, García y López, en prensa).

Si bien, se han publicado otros instrumentos para evaluar prácticas parentales de alimentación, merece la pena probar aquellos ya ajustados a población mexicana, sobre todo, buscando contrastar las prácticas de padres con niños con sobrepeso, obesidad y normopeso.

OTROS ASPECTOS LIGADOS A LAS CARACTERÍSTICAS DE LA FAMILIA

Se incluyen dos aspectos familiares que, si bien, no son características del funcionamiento familiar o de los estilos de paternidad, son abordados en la investigación sobre obesidad infantil: la preocupación por el peso del niño y las barreras familiares para controlar la ingesta y actividad física del niño. El primero de ellos abordado por Birch y Fisher (1998), plantea que considerar al exceso de peso corporal como un problema de salud en los hijos, está en función de la autopercepción materna del riesgo de enfermar. Si ella misma no percibe que su hijo presenta sobrepeso u obesidad, es altamente probable que no lleve a cabo los cambios sugeridos por el especialista en la alimentación y promoción de la actividad física de los hijos. Se ha encontrado que la madre es más benevolente en la evaluación de la imagen corporal del hijo, mientras que el hijo se juzga con mayor exactitud.

En contraste, cuando la madre basándose en su estimación del peso del niño recurre a señalar la condición de sobrepeso u obesidad del niño, genera en el niño una percepción de imagen corporal y valoración de la misma suficientemente insatisfactoria. De tal manera, se liga al rechazo social que experimenta el niño (por sus pares y otros miembros de la familia), afectando positivamente su disposición para reducir de peso, pero no necesariamente a cambiar de hábitos, lo que puede constituirse como un factor que favorezca u obstaculice el cambio (Haines, Neumark-Sztainer, Wall y Story, 2007).

Las barreras reportadas por los padres para promover una alimentación balanceada en sus hijos, menciona Fleming (2015), incluyen algunas de las características de la interacción diádica: no comparten actividades cotidianas, falta de tiempo y cansancio de los padres, además, las madres ajustan las comidas a las preferencias de los hijos y el padre para evitar conflictos. Igualmente, el autor menciona que las barreras paternas para promover la actividad física regular de sus hijos incluyen la falta de tiempo, el cansancio, una actitud no favorecedora para organizar actividades familiares dentro y fuera del hogar, además de obstáculos climáticos y de seguridad ambiental.

CONCLUSIONES

La evidencia revisada acerca de la relación entre funcionamiento familiar, estilos parentales y prácticas de alimentación señala que, indudablemente, influyen sobre la ingesta de los hijos y, eventualmente, sobre el estatus de peso. El funcionamiento familiar como factor más general y menos próximo a la ingesta contribuye al clima emocional y relacional de la familia en su conjunto, sus efectos emergen principalmente en los estudios longitudinales. Aunque analíticamente el funcionamiento familiar es un factor distal, se hace patente durante la interacción en los tiempos de comida, mostrando el nivel de conflicto y comunicación de los miembros de la familia, por ejemplo, desde la planeación y participación en las comidas de todos o algunos de los miembros. La satisfacción del hijo con el funcionamiento familiar contribuye a definir el nivel de apoyo que percibe para modificar su patrón dietario.

De manera similar, los estilos parentales de alimentación demuestran su efecto sobre la ingesta de forma más cercana, puesto que se ligan a prácticas específicas de control de la ingesta del niño. Sin embargo, sus efectos sobre el estatus de peso solo pueden determinarse en estudios longitudinales.

Finalmente, los estudios que documentan la relación entre las prácticas parentales de alimentación y estatus de peso son más concluyentes; aunque depende del informante si se encontrarán relaciones entre ellas, generalmente cuando el hijo sea quien evalúe las prácticas de los padres. Esta relación puede probarse en estudios transversales, pero los estudios longitudinales muestran el efecto a largo plazo, observándose que son cambios mínimos, no se mantienen o son los opuestos a lo deseado. En conclusión, los estudios longitudinales son deseables y aportan evidencia de causalidad más concluyente, particularmente cuando se estudian los estilos parentales de alimentación que parecen ser los mejores predictores del IMC de los niños.

Con relación a la evaluación, se recomienda continuar con los estudios donde la evaluación del funcionamiento familiar incluya a la madre, el padre y el hijo. Los hallazgos muestran que a mayor discrepancia en la evaluación del funcionamiento familiar corresponde un incremento en el Índice de Masa Corporal (Cyril, Halliday, Green y Renzaho, 2016). Se observa también que los estilos parentales, generalmente, se exploran preguntando a los padres lo que ellos piensan y hacen, sin embargo, se ha encontrado que estos estilos pueden ser percibidos diferentes desde la postura de los hijos. Así, lo que los padres conciben como expresiones de control y afectivas positivas pueden no serlo por los hijos. Esta discrepancia puede ser un factor obstaculizador del seguimiento de las recomendaciones parentales, del efecto del modelamiento de conductas saludables y de los intentos parentales para el cambio de hábitos cuando sea necesario.

Para el caso de las prácticas parentales –autoritativas vs. autoritarias– cuando son evaluadas por los propios padres no demuestran un efecto sobre el sobrepeso u obesidad de sus hijos. En contraste, cuando las prácticas de crianza paternas son evaluadas por los hijos como autoritarias emerge su relación con el peso corporal (Zeller y Modi, 2009). Se requieren evaluar estilos y prácticas parentales específicas, definiendo con claridad sus categorías, sumando a ello, la evaluación de las características de la ingesta del niño, especialmente, si es o no autorregulada por señales internas de hambre-saciedad, sus preferencias, el consumo de energía y el gasto calórico a través de la actividad física.

Las pruebas en favor del estilo autoritativo en diversos estudios, aunque en su mayoría con poblaciones sajonas e hispanoamericanas, puede explicarse en función de sus efectos sobre el desarrollo cognitivo emocional del niño y como consecuencia de ello la capacidad adaptativa del niño para lidiar con las diversas demandas cotidianas. En el caso que nos ocupa, es importante el desarrollo de la autorregulación de la ingesta, obedeciendo entonces a señales internas de hambre-saciedad, para que el alimento no se convierta en un compensador o regulador de los estados emocionales derivados de la interacción con los padres y otros agentes de cambio.

En suma, la evaluación debe incluir los tres niveles analizados del funcionamiento familiar; incluir el punto de vista de la madre, el padre y el hijo; ampliar al estudio de las variables relacionadas con las características de la ingesta del niño que se pretende impactar (calidad, cantidad, preferencias), más la autorregulación; el consumo de energía y el gasto calórico a través de la actividad física; el impacto en el desarrollo socioemocional del niño y, por supuesto, incluir como variable de resultado el peso corporal del niño considerando su variación a largo plazo.

REFERENCIAS

- Arredondo, E.M., Elder, J.P., Ayala, G.X., Campbell, N., Baquero, B., & Duerksen, S. (2006). Is parenting style related to children's healthy eating and physical activity in Latino families? *Health Education Research*, 21, 862-871.
- Birch, L., & Anzman, S. (2010). Learning to eat in an obesogenic environment: a developmental systems perspective on childhood obesity. *Child Development Perspectives*, 4(2), 138-143.
- Birch, L., & Fisher, J. (1998). Development of eating behaviors among children adolescents. *Pediatrics*, Supplement 101, 539-549. Recuperado de http://pediatrics.aappublications.org/content/101/Supplement_2/539.full.html
- Birch, L., Fisher, J., Grimm-Thomas, K., Markey, C., & Sawyer, R. (2001). Confirmatory factor analysis of the Child Feeding Questionnaire: A measure of parental attitudes, beliefs and practices about child feeding and obesity proneness. *Appetite*, 36, 201-201. <http://doi.org/10.1006/appe.2001.0398>
- Blissett, J. (2011). Relationships between parenting style, feeding style and feeding practices and fruit and vegetable consumption in early childhood. *Appetite* 57, 826-831. <http://doi.org/10.1016/j.appet.2011.05.318>
- Cyril, S., Halliday, J., Green, J., & Renzaho, A. (2016). Relationship between body mass index and family functioning, family communication, family type and parenting style among African migrant parents and children in Victoria, Australia: a parent-child dyad study. *BMC Public Health*, 16, 707. <http://doi.org/10.1186/s12889-016-3394-1>
- Fleming, M. (2015). Associations between family functioning and adolescent health behaviors. *Senior Honors Project. Paper 445*. Recuperado de <http://digitalcommons.uri.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1452ycontext=srhonorsprog>
- Flores, Y., Moral, J., Ortiz, R., Cárdenas, V., Ávila, H., & Ruvalcaba, M. (2015). Propiedades psicométricas de la Escala de Estrategias Parentales de Alimentación y Actividad en madres mexicanas. *Psicología y Salud*, 25(1), 43-55.
- Gorin, A., & Crane, M. (2008). The Obesogenic Environment. En E. Jelalian & R. Steele (Eds.), *Handbook of Childhood and Adolescent Obesity* (pp. 145-161) http://doi.org/10.1007/978-0-387-76924-0_10
- Haines, J., Neumark-Sztainer, D., Wall, M., & Story, M. (2007). Personal, behavioral, and environmental risk and protective factors for adolescent overweight. *Obesity Silver Spring*, 15, 2748-2760.

- Halliday, J.A., Palma, C.L., Mellor, D., Green, J., & Renzaho, A.M.N. (2014). The relationship between family functioning and child and adolescent overweight and obesity: A systematic review. *International Journal of Obesity*, 38, 480-493. <http://doi.org/10.1177/1466424006070487>
- Krahnstoever Davison, K., Francis, L.A., & Birch, L.L. (2005). Reexamining obesogenic families: parents' obesity-related behaviors predict girls' change in BMI. *Obes Res*, 13, 1980-1990.
- Kreppner, K. (2000). The child and the family: interdependence in developmental pathways. *Psicologia: Teoria e Pesquisa*, 16(1), 011-022.
- Lake, A., & Towshend, T. (2006). Obesogenic Environments: exploring the built and food environments. *The Journal of The Royal Society for the Promotion of Health*, 126(6), 262-267.
- Larios, S., Ayala, G., Arredondo, E., Baquero, B., & Elder, J. (2009). Development and validation of a scale to measure Latino parenting strategies related to children 's obesogenic behaviors. The parenting strategies for eating and activity scale (PEAS). *Appetite*, 52(1), 166-172. <http://doi.org/10.1016/j.appet.2008.09.011>
- Lombard, C.B., Deeks, A.A., Ball, K., Jolley, D., & Teede, H.J. (2009). Weight, physical activity and dietary behavior change in young mothers: short term results of the HeLP-her cluster randomized controlled trial. *Nutr J*, 8(17). <http://doi.org/10.1186/1475-2891-8-17>
- Maccoby, E.D., & Martin, J.A. (1983). *Socialization in the context of the family: Parent-child interaction. Socialization, personality and social development*. New York: Wiley.
- Montiel, M., García, A., & López, L. (en prensa). *Propiedades psicométricas del Cuestionario Exhaustivo de Prácticas de Alimentación (CFPQ) de Musher-Eizenman y Holub aplicado a madres atendidas en servicios públicos de salud*.
- Musher-Eizenman, D., & Holub, S. (2007). Comprehensive Feeding Practices Questionnaire: validation of a new measure of parental feeding practices. *Journal of Pediatric Psychology*, 32(8), 960-972.
- Navarro, G., & Reyes, I. (2016). Validación Psicométrica de la Adaptación Mexicana del Child Feeding Questionnaire. *Acta de Investigación Psicológica*, 6(1), 2337-2349.
- Ogden, J. (2005). Psicología de la Alimentación. En *Teorías de la elección de alimentos*. Editorial Morata: Madrid.
- Olson, D. (2011). FACES IV and the Circumplex model: validation study. *Journal of Marital and Family Therapy*, 31, 64-80.

- Olson, D., Russell, C., & Sprenkle, D. (1983), Circumplex Model of Marital and Family Systems: VI. Theoretical Update. *Family Process*, 22, 69–83. <http://doi.org/10.1111/j.1545-5300.1983.00069.x>
- Pratt, M., Hoffmann, D., Taylor, M., & Musher-Eizenman, D. (2017). Structure, coercive control, and autonomy promotion: A comparison of fathers' and mothers' food parenting strategies. *Journal of Health Psychology*, 1–15. <http://doi.org/10.1177/1359105317707257>
- Rhee, K. (2008). Childhood overweight and the relationship between parent behaviors, parenting style, and family functioning. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 615, 11-37.
- Shloim, N., Edelson, L., Martin, N., & Hetherington, M. (2015). Parenting Styles, Feeding Styles, Feeding Practices, and Weight Status in 4–12 Years-Old Children: A Systematic Review of the Literature. *Frontiers in Psychology*, 6, article 1849. <http://doi.org/10.3389/fpsyg.2015.01849>
- Soto, S., Arredondo, E., Horton, L., & Ayala, G. (2016). Validation of the modified Parenting Strategies for Eating and Physical Activity Scale-Diet (PEAS-Diet) in Latino children. *Appetite*, 98, 12, 55-62. <http://doi.org/10.1016/j.appet.2015.12.003>
- Stang, J., & Loth, K. (2011). Parenting style and child feeding practices: potential mitigating factors in the etiology of childhood obesity. *Journal of the American Dietetic Association*, 111(9), 1301-1305. <http://doi.org/10.1016/j.jada.2011.06.010>
- Uhlenberg, P., & Mueller, M. (2003). Family context and individual well-being. Patterns and mechanisms in life course perspective. En J. Mortimer y M. Shanahan (Eds.), *Handbook of the life course*. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Ventura, A., & Birch, L. (2008). Does parenting affect children 's eating and weight status? *International Journal of Behavioral Nutrition and Physical Activity*, 5(15). <http://doi.org/10.1186/1479-5868-5-15>
- Zeller, M., & Modi, A. (2009). Psychosocial factors related to obesity in children and adolescents. En E. Jealio & R. Stelle, *Handbook of childhood and adolescent obesity* (pp 25-42). New York: Springer.

CAPÍTULO 5

El perfil de los jóvenes en México, conductas de riesgo y su relación con factores de riesgo

MARÍA ELENA REGUERA TORRES

La juventud, dice Pierre Bourdieu, no es más que una palabra, una creación social para definir un período etario que debiera cumplir, en nuestra época, con ciertas expectativas, pero que no siempre ha sido tratado como un actor social. Igualmente, señala que las divisiones entre las edades son arbitrarias, así como los conceptos, los cuales van cambiando de acuerdo con las diferentes circunstancias y sociedades (Métailié, 1978).

En realidad, es complejo tratar de conceptualizar a la juventud por lo heterogéneo de las condiciones en las que nace y se desarrolla. Actualmente, el grupo etario de 15 a 25 años, clasificado como juventud, es el más numeroso en la historia de la humanidad. La Organización de las Naciones Unidas (ONU, 2014) define la juventud como el periodo de vida durante el cual se transita de la niñez a la adultez. Resulta ser una de las etapas más importantes de la vida, en la cual la persona se define intrínsecamente y delimita sus intereses, proyectos y relaciones con y en el mundo. El punto de partida para lograr el paso de la infancia a la adultez sin daños colaterales es el desarrollo emocional.

En muchos de los países donde el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ejecuta programas, más del 60% de la población son jóvenes de entre 15 y 24 años. Sus oportunidades para comunicarse, actuar e influir no tienen precedentes, como tampoco los desafíos que enfrentan;

desde el cambio climático hasta el desempleo y las múltiples formas de inequidad y exclusión, particularmente para quienes pertenecen a grupos vulnerables o marginados (PNUD, 2014). Cuando los jóvenes conocen y comprenden sus derechos humanos y civiles, pueden empoderarse para participar en la sociedad civil, la administración pública y la vida política, en todo nivel (ONU, 2014).

México es un país de jóvenes. Este segmento de la población, comprendido entre los 15 y 29 años, constituye una importante fuerza social, económica, política y cultural, el llamado “bono demográfico” (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2010). Sus características sociales, económicas, culturales e individuales son heterogéneas; el único atributo invariable es su diversidad en todos los aspectos.

En este capítulo, se describen algunos elementos para intentar contextualizar los determinantes estructurales presentes en el desarrollo de los jóvenes: perfil sociodemográfico, instrucción, ocupación, salud y riesgos, los cuales favorecen que los jóvenes adopten conductas de riesgo que condicionan su desarrollo, en Sonora en lo particular y, en México en lo general.

Para cumplir el objetivo se revisa información de varias encuestas tanto nacionales como de organismos internacionales, para identificar las condiciones en las cuales transcurre este paso de la niñez a la adultez. Es importante señalar que el punto de partida para lograr lo anterior es la familia, donde se da el desarrollo socioemocional, tema tratado ampliamente en el primer capítulo. En la figura 1 se ilustran los determinantes que son abordados; a la izquierda se muestran los determinantes del ambiente macro, es decir, las políticas educativas, laborales, y a la derecha los del ambiente micro, es decir, las redes familiares, amigos y el barrio donde se desarrollan.

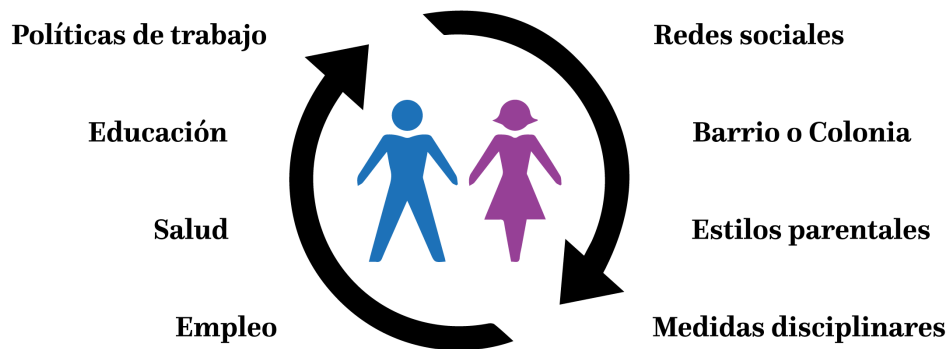


Figura 1. Determinantes presentes en el desarrollo de los jóvenes. Fuente: Elaboración propia.

CUÁNTOS JÓVENES SON

Según cifras del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Organización de las Naciones Unidas, en el año 2015, la población mundial estimada fue de más de siete mil millones (7 349 472 millones); 50.41% hombres y 49.5% mujeres. El grupo de jóvenes entre 15 y 29 años fue de 1 803 371 millones (24.54%). De acuerdo con datos de la ONU, cerca del 85% vive en países llamados, eufemísticamente, en vías de desarrollo (Department of Economic and Social Affairs, Population Division, 2015).

A nivel mundial, México ocupa el lugar número 11 con 112 336 538 habitantes, 51.2% (57 481 307) mujeres y 48.8% (54 855 231) hombres; la relación hombre/mujer registrada fue de 95.4/100, en el país habitan 29.7 millones (26.4%) de jóvenes de entre 15 y 29 años de edad; 49.48% hombres (14.5 millones) y 1.87% mujeres (15.2 millones); la relación hombre/mujer registrada de 95.9/100. Poco menos de la mitad (47.7%) residen en localidades de más de 100 mil habitantes y menos del 25% en localidades de menos de 2 500. (INEGI, 2010).

En Sonora, 25.8% (686 908) de su población son jóvenes de 15 a 29 años, de los cuales 50.84% (349 266) son hombres y 49.15% (337 642) mujeres, y la relación hombre/mujer registrada fue de 103/100, mayor a la nacional. El 44.5% de las jóvenes declaró tener al menos un hijo vivo.

LA INSTRUCCIÓN DE LOS JÓVENES

Los jóvenes son la fuerza transformadora de una sociedad, siempre y cuando tengan acceso a oportunidades para su desarrollo. La ONU advierte que en los países en vías de desarrollo hay 57 millones de hombres jóvenes y 96 millones de mujeres jóvenes analfabetas, 85% de estos jóvenes habita en estos países (Department of Economic and Social Affairs, Population Division, 2015). En la década de 1960, el promedio escolar de los latinoamericanos mayores de 15 años era de 3.3 y para el 2010 es cercano a 8.3 (Lora, 2011).

En México, 48.1% (10.3 millones) de jóvenes de 15 a 24 años de edad asisten a la escuela. Sin embargo, otras fuentes indican que en el país uno de cada dos jóvenes de entre 15 y 17 años, que debería asistir a algún bachillerato o escuela tecnológica, no lo hace (Organización Iberoamericana de Juventud [OIJ]/Comisión Económica para América Latina [CEPAL], 2014).

Es importante señalar que, en 1990, la brecha de género era mayor: 31.9% hombres frente a 28.6% mujeres. En dos lustros los porcentajes casi se igualan: 40.8% y 40.1%, respectivamente. El promedio de escolaridad de todos los jóvenes, asistan o no a la escuela, es de 10 años concluidos en el 2010. Cabe resaltar que el promedio de escolaridad de las mujeres comienza a rebasar al de los hombres desde el año 2000 y, en el 2010, se sitúa en 9.8 frente al 9.6 de la población masculina (OIJ/CEPAL, 2014).

En Sonora, el porcentaje de jóvenes sonorenses que asiste a la escuela se ha incrementado de 25.1% en 1990 a 33.9% en el 2010, por arriba del nacional que pasó de 23.8% a 30.3% en el mismo periodo (INEGI, 2010). Sin embargo, de acuerdo a cifras del Sistema Nacional de Información Estadística Educativa, en Sonora, de 301 974 niños que ingresaron a la educación básica en 1998, la cuarta parte (25.3%) ingresó a licenciatura en el 2010, 75% de ellos se fue rezagando o la abandonaron. Situación que no favorece el desarrollo de los jóvenes y del Estado.

Según datos de la Encuesta Intercensal Sonora 2015 del INEGI, la población de 15 a 24 años que asiste a la escuela se incrementó en más de 12 puntos porcentuales entre 2000 y 2015 (INEGI, 2015a).

OCUPACIÓN DE LOS JÓVENES

El trabajo, ocupación o empleo, es un determinante de las condiciones de vida que impacta en la salud y en el desarrollo personal. Del trabajo se obtienen los recursos para el sustento diario en la mayoría de la población. El empleo justo, de acuerdo con Benach y Muntaner (2010), debe permitir que las personas desarrollen las capacidades creativas y productivas de los seres humanos. Además de contar con los beneficios de estar representados y tener acceso a la seguridad social, con un salario justo que permita mejorar sus condiciones de vida.

Respecto al mercado laboral, la población se clasifica en económicamente activa y no activa (PEA y PENA, respectivamente) dentro o fuera de la fuerza laboral. La gran mayoría de los jóvenes que asiste a la escuela no está incorporada a una actividad económica. En la información del Censo de Población y Vivienda 2010 (INEGI, 2010), se observó que existe una relación inversa entre la PEA y la asistencia escolar; 67.1% de esta no asiste a la escuela, mientras que de la PENA 32.5% no asiste.

La Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) 2013 ubica a los jóvenes en el grupo de 15 a 24 años. En esta encuesta, en la PEA se ubican poco más de 10 millones de jóvenes, de los cuales 9.1 están insertos en alguna ocupación, mientras que poco más de 900 mil buscaban empleo; 9.2% de la población joven se encontraba desocupada, contrastando con 5% la tasa de desocupación de la fuerza de trabajo total. De los 11.5 millones de jóvenes de la PENA, casi 8 millones están ahí porque asisten a la escuela; de los 3.5 millones que no asisten, 3.3 millones se encuentran dedicados a tareas domésticas, de los cuales 89.2% son mujeres (INEGI, 2014c).

Respecto a la situación de las jóvenes, el Censo de Población y Vivienda 2010 (INEGI, 2010) arrojó que 66.5% de las mujeres de 15 a 29 años al momento del censo era PENA. Por su parte, la ENOE 2013 (INEGI, 2014c) registró que 83.5% de quienes se dedican a labores del hogar son mujeres,

con disponibilidad de incorporarse al mercado laboral. Sin embargo, 95.1% de quienes son encomendadas al cuidado de tiempo completo de terceros y/o en su familia se les niega la opción laboral (dedican más de 50 horas a la semana a esta actividad) y 90.5% de este grupo no manifiesta interés por lo pronto de incorporarse a un empleo, cerca de 2 millones de mujeres se encuentran en esta condición. Es importante destacar el gran número de servicios que las mujeres ahorran a los hogares al realizar transacciones que de otro modo tendrían que ser adquiridos en el mercado (INEGI, 2013).

Los jóvenes en México registran la mayor tasa de desempleo, además que existe mayor oferta de empleos que requieren baja escolaridad; para empleados, obreros, ayudantes, asistentes, vendedores, demostradores, adjuntos, y demás eufemismos para denominar los empleos peor pagados, reciben menos ingresos y tienen menos acceso a la seguridad social (INEGI, 2014c); incluso hoy existe el asistente del asistente, ayudante de mesero, entre otros, con aun menor salario. El Instituto Mexicano de la Juventud (2006), afirmó que los jóvenes ganaban en promedio 2.7 salarios mínimos al mes. Alrededor de 2.5 millones de jóvenes laboran en el sector informal¹; la proporción es mayor frente a la población total.

El empleo informal, excluye las garantías de un contrato formal como son el límite de horario, seguridad social, indemnizaciones por accidentes o despido, con salarios más bajos. De acuerdo con la posición en el empleo, de los 9.1 millones de ocupados, 8.2% trabajan de manera independiente o por su cuenta, 14.4% lo hacen como auxiliares sin acuerdo de remuneración monetaria y 77.4% se desempeñan en un trabajo subordinado remunerado. En lo referente a la unidad económica en donde trabajan, 28.4% lo hace en empresas familiares formales no constituidas en sociedad, 27.3% en empresas constituidas en sociedad y corporaciones, 26.8% en el sector informal, 6.4% en agricultura campesina de subsistencia, 5% en Gobierno e instituciones públicas, 3.7% en servicio doméstico remunerado, y 1.5% en instituciones privadas (Benach y Muntaner, 2010).

Los jóvenes que estaban fuera de las aulas y además no tenían trabajo ni lo buscaban, los llamados *Ninis*, ni trabajan ni estudian, representaron 43.3% en 1990, 39.5% en el año 2000 y 32.5% en el año 2010. Respecto a este grupo de jóvenes, la Encuesta Nacional de la Juventud 2005 reportó que de 24% de los llamados *Ninis*, 8 de cada 10 eran mujeres, de ellas 7 estaban unidas en pareja y posiblemente se dedicaban al hogar, las otras 3 aunque eran solteras participaban en las labores del hogar de origen (Instituto Mexicano de la Juventud, 2006).

¹ El empleo informal es una situación no regulada en el mercado laboral que implica acuerdos no formales.

Para abril del 2015, de acuerdo con datos del INEGI (2015b), en México 6.8 millones de jóvenes no estudian, pero se encuentran activos en el mercado laboral; 2.0 millones más, combinan ambas actividades (estudios y mercado laboral), en tanto 0.8 millones no estudian, pero se dedican a buscar trabajo, característica que los incluye en la fuerza laboral activa del país más no en la ocupación laboral joven, misma que asciende a 8.8 millones (6.8 + 2.0). Mientras que 8.3 millones estudiaban a tiempo completo; 2.8 millones de jóvenes que se dedican de manera exclusiva a las tareas del hogar por decisión propia y 0.4 millones señalan que se dedican al hogar porque no tienen otra elección, dadas sus circunstancias. Finalmente, se cuentan 0.2 millones a quienes no se les identificaba en ese momento un rol permanente fuera o dentro del hogar.

Sin embargo, en comunicación verbal con una persona que trabaja en un campo agrícola, es muy frecuente, que jóvenes menores de 18 años soliciten trabajo debido a que ya son padres de familia; en Sonora, el embarazo adolescente es un problema no resuelto, o bien que tienen padres o hermanos dependientes, situaciones no consideradas en la Ley Federal del Trabajo que los excluye, dejándoles pocas opciones de trabajo: el informal o, en el peor de los casos, el mercado ilegal. Según datos de INEGI (2014b), la mitad (47.7%) de los emigrantes internacionales salieron de México cuando tenían entre 15 y 29 años. La mayoría en busca de mejores oportunidades de trabajo.

LA SALUD DE LOS JÓVENES

Los jóvenes son considerados relativamente sanos, incluso algunos textos de medicina pasan de la infancia a la etapa adulta. Sin embargo, cada año se registran en el mundo alrededor de 2.6 millones de defunciones en este grupo. Un número mucho mayor de jóvenes sufren enfermedades que reducen su capacidad para crecer y desarrollarse plenamente. En ocasiones, un número aún mayor adoptan comportamientos que ponen en peligro su salud presente y futura (Organización Mundial de la Salud [OMS], 2011).

Un indicador que permite medir el estado de salud es la mortalidad, en este grupo de edad en el país y en Sonora se presenta en la tabla 1.

Sin embargo, las principales causas de mortalidad a nivel global en los jóvenes se deben a lesiones externas asociadas a comportamientos de riesgo como el consumo abusivo de alcohol, falta de protección en su vida sexual activa, consumo de sustancias nocivas, accidentes y causas relacionadas con el embarazo, parto y puerperio y algunas neoplasias. En América Latina, durante 2010, 80.7% de las defunciones en el grupo de 15 a 19 años fue por lesiones externas (Trucco y Ullmann, 2015). La tabla 2 muestra las causas de mortalidad en los jóvenes en Sonora de 2012 al 2014.

Tabla 1. Defunciones de 15 a 29 años, México y Sonora según sexo, 2012, 2013 y 2014

Factores	2012			2013			2014		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
Nacional	28 006	8944	36 956	26165	8595	34766	24627	8679	33311
Sonora	593	207	800	594	185	781	611	181	792

Nota: Tanto a nivel nacional como estatal los hombres mueren más que las mujeres.

Fuente: Elaboración propia con datos de Mortalidad de INEGI.

Tabla 2. Causas externas de mortalidad. Sonora 2012-2014

Factores	2012			2013			2014		
	H	M	T	H	M	T	H	M	T
Causas externas de morbilidad y de mortalidad	463	89	552	444	77	523	438	70	508
Accidentes de transporte	165	42	207	132	41	173	125	28	153
Caídas	6	0	6	1	0	1	5	0	5
Ahogamiento y sumersión accidentales	20	2	22	11	2	13	17	0	17
Exposición al humo, fuego y llamas	5	0	5	3	1	4	6	1	7
Envenenamiento accidental por, y exposición a, sustancias nocivas	4	2	6	5	2	7	6	3	9
Lesiones autoinfligidas intencionalmente	47	17	64	62	12	74	61	5	66
Agresiones	157	13	170	191	15	207	180	23	203
Todas las demás causas externas	59	13	72	39	4	44	38	10	48

Nota: La mortalidad por causas externas muchas de ellas relacionadas con conductas de riesgo para la salud están presentes en las principales causas de mortalidad de los jóvenes, especialmente en los varones.

Fuente: Secretaría de Salud. Sistema Epidemiológico y Estadístico de las Defunciones (SEED).

POBREZA EN LOS JÓVENES

La pobreza es un riesgo al que se enfrentan los jóvenes en nuestro país. Aproximadamente, nueve de cada diez personas de entre 10 y 24 años viven en países menos desarrollados (ONU, 2014). Si bien, la pobreza no es una conducta adoptada sino un condicionante para el desarrollo y el bienestar de cualquier persona, en los jóvenes la movilidad social es un condicionante decisivo para romper el ciclo intergeneracional de la pobreza. Se estima que 44.9% de ellos enfrenta esta situación. Las principales carencias que enfrentan los jóvenes son en relación a sus derechos sociales: el acceso a la salud, a la seguridad social y el rezago educativo, situación que los sitúa en estado de vulnerabilidad por la violencia social que desde 2007 resurgió y se ha incrementado en nuestro país.

Las desigualdades sociales en los jóvenes no solo dan como resultado peores indicadores de salud y educación, pueden ser una marca para vivir la violencia extrema. En el 2015, el país ocupó el primer lugar en homicidios de adolescentes de 15 a 19 años en Latinoamérica. Merino, Zarkin y Fierros (2013) observaron las brutales disparidades en la tasa de homicidios por edad, sexo y escolaridad, y concluía: “hay zonas del país en las que ser hombre, joven y con poca escolaridad es eso, una marca, un augurio de las peores cosas. El extremo de todas: morir asesinado” (párr. 1).

Un dato alarmante es la tasa de homicidios entre hombres de 18 a 40 años sin primaria: más de 300 homicidios por cada 100 mil habitantes, muy por arriba de la de Honduras, el país más violento del mundo. La pobreza también es un condicionante para que las mujeres sufran violencia extrema, el feminicidio. Hay que recordar lo ocurrido en Ciudad Juárez, Chihuahua, desde 1993, jóvenes asesinadas pertenecientes a la clase trabajadora, especialmente la que labora en las maquiladoras.

Reguera y Mora (2015), en un estudio sobre la violencia homicida en Sonora de 1985-2010, observaron que el promedio de edad de las víctimas femeninas fue de 22.2 y 24.1 de acuerdo al periodo el promedio oscilaba entre los 24 y 44 años de edad, el promedio de edad de los varones fue de 15 a los 49 años. Las tasas de homicidios son más altas en los países en desarrollo con mayor proporción de jóvenes. Por fortuna, Sonora es uno de los estados con el menor porcentaje de jóvenes en pobreza (OIJ/CEPAL, 2014).

CONDUCTAS DE RIESGO EN JÓVENES

De acuerdo con el Diccionario de la lengua española (RAE, 2017), *conducta* es la “Manera con que las personas se comportan en su vida y acciones”, y *riesgo* es “Contingencia o proximidad de un daño”. Para la Organización Mundial de la Salud, riesgo es “cualquier rasgo, característica o exposición de

un individuo que aumente su probabilidad de sufrir una enfermedad o lesión” (OMS, 2018). Definiciones que utilizaremos para describir algunas conductas de los jóvenes.

Las causas externas de mortalidad se encuentran relacionadas con algunas conductas de riesgo de los jóvenes, una de ellas, el consumo abusivo del alcohol que algunos jóvenes adoptan, principalmente, para socializar (Palacios, 2012). Estas conductas están condicionadas, por una parte, en las redes sociales y familiares y, por otra, se trata de la droga legal socialmente más aceptada y publicitada. Dichas pautas de comportamiento son interpretadas y puestas a prueba continuamente en las diversas situaciones sociales y, por tanto, no son fijas, sino que están sujetas a modificaciones (OMS, 1998). En la etapa de la juventud o adultez temprana como también se le llama a este periodo del desarrollo de un individuo, es donde se disparan más los comportamientos de riesgo, en comparación con los otros grupos de edad de la población (OMS, 2011).

Las estadísticas referentes al consumo de tabaco estiman que 39.9% de la población de 20 años o más del estado de Sonora ha fumado más de 100 cigarrillos en toda la vida. En cuanto al porcentaje de la población que era fumadora, 23.3% de los adultos fumaba al momento de la encuesta (33.7% hombres y 13.1% mujeres). En cuanto al consumo de alcohol, las estadísticas del Instituto Nacional de Salud Pública (INSP, 2013), refieren que la proporción de adultos en Sonora que consumía alcohol al momento de la encuesta era de 51.4% en total, 69.1% de hombres y 34.0% de mujeres, donde se aprecia una tendencia mayor del consumo tanto de alcohol como de tabaco en hombres.

El inicio de la actividad sexual determina la exposición al riesgo que tienen las personas de embarazarse o de adquirir infecciones de transmisión sexual cuando se tienen prácticas sexuales desprotegidas. Respecto a las relaciones sexuales sin protección, las estadísticas revelan que, del total de adultos de 20 a 49 años en Sonora, 90.6% total reportó vida sexual activa, siendo 90.4% de los hombres y 90.9% de las mujeres. Se preguntó por el uso de métodos anticonceptivos en la primera relación sexual, donde 59.5% de los adultos reportó no haber utilizado ninguno. Entre la población que utilizó algún método, 32.6% reportó el uso de condón y 3.9% de hormonales. El uso de métodos anticonceptivos en la última relación sexual siguió una tendencia decreciente respecto a la primera. El porcentaje de hombres y mujeres que informaron no haber usado algún método anticonceptivo en la última relación sexual fue de 57.4% (INSP, 2013). Es importante señalar que este tipo de conductas puede asociarse al consumo abusivo de alcohol.

El consumo de drogas ilícitas es otra conducta de riesgo. Según los datos de la Encuesta Nacional de Adicciones (ENA) en 2011, en Sonora –que se ubica en la región Noroccidental junto a otras entidades–, la prevalencia es muy elevada, alcanzando 2.8% de consumo, ligeramente arriba que la

media nacional como lo indica la encuesta (Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz/Secretaría de Salud, 2012).

La Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia (ECOPRED) realizada por el INEGI (2014a), identificó factores de riesgo en los jóvenes. La encuesta se realizó en 47 ciudades del país, entre ellas Hermosillo y ciudad Obregón. De los jóvenes hermosillenses encuestados, 39% declaró haber consumido durante el 2014 bebidas alcohólicas o fumado tabaco. El 76.5% de los jóvenes declaró tener algún amigo con un factor de riesgo, como consumo de drogas, embriagarse con alcohol, ser víctima de violencia o provocarla, participar en negocios ilegales, haber sido arrestado, entre otros más, durante el levantamiento de la encuesta. En ciudad Obregón el porcentaje fue 63%. Cuando les preguntaron si tenían amigos involucrados en asuntos de drogas, los porcentajes registrados fueron 27.34% y 26.1%, respectivamente (INEGI, 2014a).

En ese año, también se realizó un estudio exploratorio (Reguera, Sotelo, Barraza y Cortez, 2015) de estilos de vida entre universitarios en el campus de la unidad regional centro de la Universidad de Sonora (UNISON) en Hermosillo, 245 de ellos aceptaron responderla. Las conductas de riesgo se clasificaron en tres categorías, para el consumo del alcohol: 1= no hay consumo, 2= consumo moderado, 3= consumo abusivo. En la categoría 3, los hombres registraron 55.6% y 68.4% de mujeres en la categoría 1. Respecto a las conductas sexuales de riesgo, fueron cuatro categorías: 0= no ha iniciado VSA, 1= conducta sexual sin riesgo, 2= conducta sexual con bajo riesgo y 3= Conducta sexual con alto riesgo, es decir, sexo sin protección. El porcentaje mayor de sexo sin riesgo fue de mujeres con 62.9% y los hombres 37.1, y, en la tercera, los hombres registraron 65% y las mujeres 35%. Es importante señalar que, en el análisis para explorar la relación entre las conductas de riesgo, en esta muestra fue significativa la relación entre consumo abusivo del alcohol y conductas sexuales de alto riesgo.

Es importante señalar que el ambiente familiar aunado a las conductas de riesgo, entre otros factores, afectan la salud de los jóvenes y pueden ser la puerta de entrada de comportamiento antisocial (Quiroz et al., 2007). Entendido como aquel que no sigue o no respeta las normas sociales, ni se respetan los derechos de los demás. Este comportamiento tiene un origen multicausal, sin embargo, las teorías existentes para explicar este comportamiento coinciden en que debe estudiarse desde una visión global y en el contexto donde se desarrolla el joven (Arce y Fariña, 2007). En los estudios revisados y los resultados de algunas encuestas arrojan que es el núcleo familiar en donde se aprenden las conductas antisociales y después ante algunos factores del ambiente pueden inhibirse o bien externarse (Arce y Fariña, 2007).

CONTEXTO FAMILIAR

La familia es el espacio donde el ser humano, que nace en total estado de indefensión, recibe los cuidados esenciales para su sobrevivencia y posterior desarrollo físico, cognitivo y emocional, íntimamente relacionados y base para el desarrollo pleno del potencial humano. También a través de la familia se transmiten no solo los valores, sino la cultura, creencias, formas de actuar y de pensar. Los estilos parentales sean mono o biparentales, las medidas disciplinarias estrictas, violentas o permisivas son factores de riesgo para que algunos jóvenes adopten algunas conductas de riesgo. De igual manera, el apego al cuidador primario, ya descrito en otro capítulo, es esencial para el desarrollo socio emocional del infante, el cual permitirá desarrollar las capacidades esenciales para el bienestar y la calidad de vida en la juventud y la adultez.

Bowlby (citado en Moneta, 2014) señala que a medida que se van desarrollando capacidades cognitivas bajo un cuidado sensible se va desarrollando un vínculo verdadero, que es la base no solo para las relaciones futuras, sino para el desempeño académico. Nussbaum (2012) refiere que las capacidades están condicionadas antes del nacimiento por la nutrición materna y al momento del nacimiento son producto de una interacción con el entorno social, económico, familiar y político y, que corresponde a la sociedad promover el desarrollo de estas capacidades, en cualquiera de las etapas.

En un estudio en Colombia, con menores infractores, se observó que provenían de hogares monoparentales, en su mayoría a cargo de las madres, lo cual indica una separación de la figura del padre en la formación. También se observó que la densidad de los vínculos afectivos depende de los actores que participan en su formación. La madre es el agente más relevante en el repertorio afectivo, trascendiendo las experiencias de vida. En segundo lugar, es el barrio o escenario comunitario, aunque lo considere de alta peligrosidad. En tercer lugar, son los amigos, con alta influencia entre los grupos de pares, incluso sin tener una representación afectiva de gran importancia (Salas, 2005).

Estos desajustes emocionales que se evidencian en la adolescencia y juventud están relacionados con el tipo de vínculo y apego establecido en la infancia. El hallazgo más importante es:

La naturaleza de los vínculos parentales ha sido tal vez uno de los hallazgos más importantes en el presente estudio, por los múltiples matices que adopta, constituyéndose en un entramado de situaciones que se alejan de cualquier unificación de la realidad para mostrarse como un universo paradójico, en el cual lo afectivo supera el ejercicio de dar y recibir amor, y se ubica sobre todo en los imaginarios y en las prácticas socio-culturales, dejando ver que está relacionado no solo con la historicidad del sujeto, sino también con la de su grupo social. (Sánchez, 2012, p. 462)

En México, la Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia (INEGI, 2014), en su apartado del ámbito familiar, arrojó los siguientes resultados: en los jóvenes que reportaron vivir con ambos padres, la prevalencia de consumo de alcohol y tabaco fue menor que quienes vivían con otras figuras parentales, 9 puntos porcentuales en el caso del consumo de tabaco y 11 en el consumo del alcohol. De igual forma, en los jóvenes de hogares biparentales la prevalencia de consumo de drogas ilícitas y conductas vandálicas fue menor, en este análisis no encontraron diferencias significativas entre los jóvenes que vivían con otras figuras parentales y hogares monoparentales. La presencia biparental puede ser un factor protector ante la adopción de este tipo de conductas de riesgo.

En el mismo estudio, no se encontró asociación entre la escolaridad del jefe de familia y el consumo del alcohol, tabaco y drogas ilícitas. En conductas vandálicas se observó que a mayor escolaridad del jefe o jefa de familia fue menor la prevalencia de esta conducta, 8.2% en los hogares con jefes sin escolaridad y 4.2% en los hogares con jefes con educación superior o más.

Otra variable analizada fue la medida disciplinaria ejercida, es interesante observar que los jóvenes encuestados de 24 a 29 años fueron los que reportaron medidas disciplinarias violentas (MDV), prevalencia que descendió conforme disminuye la edad de los encuestados. Se observó que cuando se aplicaron MDV o una mezcla de todo tipo de medidas disciplinarias, las prevalencias de consumo de alcohol, tabaco y drogas ilícitas fueron mayores que en aquellos que recibieron medidas disciplinarias no violentas, 24.3% de los encuestados dijeron haber consumido drogas ilícitas, recibieron MDV. Los conflictos en el hogar es otro determinante estudiado en la adopción de conductas de riesgo. Se observó que a mayor presencia de conflictos familiares mayores fueron las prevalencias de conductas de riesgo adoptadas.

Según los resultados de este estudio, los determinantes familiares: presencia biparental, escolaridad, medidas disciplinarias y conflictos familiares tienen una estrecha relación con la adopción de conductas de riesgo que adoptan los jóvenes. Otros determinantes presentes a esta edad son los factores comunitarios, que refuerzan conductas que son nocivas para el desarrollo y bienestar social de los jóvenes. Resultados que coinciden con los observados en Colombia con los menores infractores.

Las conductas sexuales de riesgo, como es el sexo sin protección o múltiples parejas, se ha observado tienen relación con el consumo abusivo del alcohol, las implicaciones ante esto son las infecciones de transmisión sexual (ITS) y el embarazo a temprana edad (MacDonald, MacDonald, Zanna y Fong, 2000). Cuando los jóvenes gozan de derechos sexuales y reproductivos, contribuye en

la consecución de sus objetivos vitales más importantes (ONU, 2014). En México, según datos de la Encuesta Intercensal de INEGI (2015a), de las adolescentes de 15 a 19 años, 11.5% viven con su pareja en unión libre, 3.9% se encuentran casadas y 1.1% son ex unidas. Respecto a la fecundidad, 12.7% de ellas han tenido al menos un hijo nacido vivo, y de estas, 89.5% no asisten a la escuela.

Gallardo, Morras, Vergara y Cruz (2014), en un estudio realizado en Chile con jóvenes universitarios, observaron las dificultades que atraviesan estos jóvenes al combinar el trabajo universitario con la tarea de ser madre o padre y, en algunas ocasiones, con trabajo remunerado, lo cual retrasa la consecución de sus objetivos profesionales. A su vez, Molina (2011) exploró en varones jóvenes, tanto la relación como su experiencia con ser padres. Entrevistaron a 10 jóvenes entre 16 y 18 años, de ellos solo uno vive con su pareja, el resto tenía una relación informal y no vivían con ella. Uno de ellos abandonó la escuela para trabajar, el resto seguía estudiando, uno de ellos dijo haber buscado el embarazo, aunque no vivía con la madre del niño. Para estos jóvenes entrevistados, tener un hijo es un evento trascendente en sus vidas, asociado a la exigencia de pensar y actuar en relación de otro (hijo) como la responsabilidad parental, combinada con el anhelo de estar siempre con ellos, apoyarlo, disciplinarlo, pero siempre en un acompañamiento, aunque ninguno de ellos vivía con el hijo. De igual manera, señalan la falta de oportunidades que tiene para tener un buen empleo y oportunidades de estudio. Para la mayoría de los entrevistados, la paternidad significa, fundamentalmente, salir a trabajar por sobre otras cosas y trabajar el tiempo necesario para poder satisfacer las necesidades de su familia. Todos asumen el rol de padre como proveedor, en una etapa que dista mucho de las responsabilidades que se asumen en la adultez.

En la encuesta sobre violencia en el noviazgo (ENVINOV) realizada en 2007 (Castro y Cacique, 2010), en el capítulo de antecedentes de violencia en la familia, donde vivió hasta los 12 años, arrojó que 21.3% de los jóvenes encuestados había presenciado insultos en la infancia, 2.5% no especificó y 76.2% lo negó. El padre insultaba a la madre 42.6%, 44.3% ambos padres se insultaban, 5% la madre insultaba al padre. Respecto a haber recibido insultos, 79.2% los recibió de parte de ambos padres. En cuanto a los golpes, 9% reportó haberlos presenciado. El haber sufrido violencia en la infancia, más en las mujeres, sea insultos o golpes es un factor de riesgo para ser víctima en la adolescencia o juventud. Estos hallazgos coinciden con lo encontrado en un estudio realizado en la Ciudad de México, en mujeres jóvenes con comportamiento antisocial, que provenían de un ambiente familiar poco favorable (Quiroz et al., 2007).

DISCUSIÓN

La familia es el punto de partida para el desarrollo y bienestar de todo ser humano, las prácticas parentales tienen relevancia para el desarrollo del ser humano (Vargas y Arán, 2014). De igual manera, el contexto tiene gran importancia, como apunta Nussbaum (2012), es responsabilidad de la sociedad promover el desarrollo de capacidades en cualquier etapa. Invertir en la primera infancia, con políticas públicas que incluyan del periodo intrauterino hasta la edad escolar, debe ser prioritario en la agenda de desarrollo de cualquier país, lo anterior favorece el tránsito de la niñez a la vida adulta de manera productiva, además de romper el círculo intergeneracional de la pobreza (Lundberg y Wuermli, 2012). Estudios que han seguido a niños desde edades tempranas hasta la edad adulta muestran que, a los niños con bajos niveles de nutrición, desarrollo cognitivo insuficiente, y bajos niveles de desarrollo socio-emocional, les va mal en la escuela, tienen mayores niveles de desempleo, menores salarios (aun controlando por años de escolaridad), tienen una mayor incidencia de embarazos en adolescentes, son más propensos a consumir drogas y a estar involucrados en actividades delictivas (Lora, 2011).

Otro determinante para el bienestar y calidad de vida es la educación, derecho humano fundamental, reconocido por el Estado Mexicano. Un tema importante en educación, ausente en nuestro país, es sobre los derechos sexuales y reproductivos para lograr una vida saludable², además de retrasar la fertilidad, como señala UNESCO (2016), una buena educación constituye la máxima prioridad para los jóvenes de edades comprendidas entre 10 y 24 años, independientemente de si proceden de un país con bajos o altos niveles de desarrollo humano. En Colombia hay una experiencia exitosa en este tema, Luis Miguel Bermúdez, llamado “el profesor del sexo” logró disminuir a cero el número de embarazos en la institución, donde 70 niñas solían dar a luz cada año. En Colombia una de cada tres adolescentes antes de los 19 años es madre (Barría, 2018).

Benach y Mountaner (2010) observaron que el empleo es otro condicionante que vulnera los derechos de los jóvenes, especialmente en educación y salud, empleos informales sin seguridad social. Por otro lado, como se evidencia en las encuestas los jóvenes que se insertaron en el mercado laboral sin haber completado la educación secundaria enfrentan las peores condiciones de trabajo, en cuanto a desocupación, tasas altas de participación en empleos informales sin seguridad social y de bajos ingresos. Actualmente, podemos observar que jóvenes con estudios, incluso de posgrado, se encuentran desempleados o, bien, ocupando puestos para los cuales no es necesaria su formación.

² La Secretaría de Educación Pública (SEP, 2015) informó que se está trabajando en la agenda de educación en sexualidad con énfasis en la prevención del embarazo en adolescentes.

El empleo es un factor de riesgo tanto para el comportamiento antisocial como para la adopción de conductas de riesgo.

CONCLUSIONES

La acumulación de capital humano en todas las etapas, desde el entorno prenatal a través de la primera infancia y hasta la adolescencia, facilita la transición hacia una adultez sana y productiva y permite romper con la transmisión intergeneracional de la pobreza (Lundberg y Wuermli, 2012). Existen diversas teorías sobre el desarrollo emocional y la conducta antisocial; conducta que algunos jóvenes pueden manifestar, como se ha observado, cada vez es más evidente que los jóvenes que adoptan conductas de riesgo o son infractores, carecen de un vínculo, afectivo y seguro, durante su primera infancia (Frías, López y Díaz, 2003). La mayoría de las encuestas y estudios revisados, coinciden en que existe relación entre los antecedentes familiares y la adopción de ciertos comportamientos, buenos o malos, positivos o negativos.

Debido a la heterogeneidad que caracteriza a los jóvenes, es importante impulsar estudios multinivel y multidisciplinarios para entender la concepción que el joven tiene de su propia vida, del contexto familiar, social y político, asimismo, conocer cuáles son los nuevos códigos desarrollados en sus relaciones afectivas, qué necesidades tiene para lograr su bienestar social, más allá del éxito económico que promueve el neoliberalismo, con pleno respeto a sus derechos humanos, políticos y sociales.

REFERENCIAS

- Arce, R., & Fariña, F. (2007). *Teorías de riesgo de la delincuencia. Una propuesta integradora*. Chile: Universidad de Santiago de Compostela.
- Barría, C. (2018). Por qué el profesor colombiano Luis Miguel Bermúdez está entre los 10 “mejores maestros del mundo”. *BBC News*. Recuperado de: <http://www.bbc.com/mundo/noticias-43089119>
- Benach, J., & Mountaner, C. (2010). *Empleo, trabajo y desigualdades en salud: una visión global*. España: Icaria Editorial.
- Castro, R., & Cacique, I. (2010). *Violencia en el noviazgo entre jóvenes mexicanos*. México: UNAM/CRIM/IMJUVE.
- Department of Economic and Social Affairs, Population Division. (2015). *World Population Prospects: The 2015 Revision, 2017*. Recuperado de <https://esa.un.org/unpd/wpp/>
- Frías, M., López, A., & Díaz, S. (2003). Predictores de la conducta antisocial juvenil: un modelo ecológico. México. *Estudios de Psicología*, 8(1), 15-24.
- Gallardo, G., Morras, D., Vergara, M., & Cruz, S. (2014). *Parentalidad y Vida Universitaria: Experiencias de estudiantes con hijos en la Pontificia Universidad Católica de Chile*. Chile. Documento de trabajo – Observatorio de la Juventud Universitaria – DAE UC Recuperado de <https://gngallar.files.wordpress.com/2015/04/parentalidad-y-vida-universitaria-documento-de-trabajo-observatorio-dae.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2010). *Censo de Población y Vivienda 2010*. México Recuperado de <http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/ccpv/2010/>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2013). *Panorámica de la población joven en México desde la perspectiva de su condición de actividad 2013*. México. Recuperado de http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/estudios/sociodemografico/panora_joven/DoctoJovenes.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2014a). *Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia (ECOPRED) 2014*. México: INEGI. Recuperado de <http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/enchogares/especiales/ecopred/2014/default.html>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2014b). *Perfil Sociodemográfico de los jóvenes 2010*. México: INEGI. Recuperado de http://www3.inegi.org.mx/sistemas/componentes/previsualizador/vista.aspx?arch=/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/2010/perfil_socio/jovenes/702825056636.pdf?tipo=1

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2014c). *Resultados de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE). Cifras durante el cuarto trimestre de 2013*. México. Recuperado de http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/boletines/2014/enoe/enoe2014_02.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2015a). *Principales resultados de la Encuesta Intercensal 2015 Sonora*. México Recuperado de: http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/inter_censal/estados2015/702825079901.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2015b). *Panorámica de la población joven por condición de actividad*. México. Recuperado de http://www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/investigacion/experimentales/pob_joven/presentacion.aspx
- Instituto Mexicano de la Juventud (2006). *Encuesta Nacional de Juventud 2005. Resultados preliminares*. Recuperado de <https://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Resultados%20de%20la%20encuesta%20mexico%202005.pdf>
- Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz/Secretaría de Salud. (2012). *Encuesta Nacional de Adicciones*. (2011). México. Recuperado de: http://www.conadic.salud.gob.mx/pdfs/ENA_2011_DROGAS_ILICITAS_.pdf
- Instituto Nacional de Salud Pública. (2013). *Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2012. Resultados por entidad federativa. Sonora. México*. Recuperado de <http://ensanut.insp.mx/informes/Sonora-OCT.pdf>
- Lora, E. (2011). *La Realidad Social. Módulo 3. Los Nuevos Retos de la Educación*. Banco Interamericano de Desarrollo. Recuperado de <https://publications.iadb.org/bitstream/handle/11319/7403/La-Realidad-Social-Una-introduccion-a-los-Problemas-y-Policas-del-Desarrollo-Social-en-America-Latina-Modulo-III-Los-Nuevos-Retos-de-la-Educacion.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Lundberg, M., & Wuermli, A. (2012). *Children and Youth in Crisis Protecting and Promoting Human Development in Times of Economic Shocks*. Recuperado de http://siteresources.worldbank.org/SOCIALPROTECTION/Resources/CYC_Overview.pdf
- MacDonald, T., MacDonald, M., Zanna, M., & Fong, G. (2000). Alcohol, Sexual Arousal, and Intentions to Use Condoms in Young Men: Applying Alcohol Myopia Theory to Risky Sexual Behavior. *Health Psychology*, 19(3) 290-298.
- Merino, J., Zarkin, J., & Fierro, E. (2013). Mercado para morir. *Nexos*, (7). Recuperado de <https://www.nexos.com.mx/?p=15375>

- Métailié, A-M. (1978). Pierre Bordieu- “Juventud” es solo una palabra. Entrevista. En *Juventud y el primer trabajo* (pp. 520-530). París: Asociación de Todas las Gentes. Recuperado de <https://sociologos.com/2014/12/30/entrevista-pierre-bourdieu-juventud-es-solo-una-palabra/>
- Molina, R. (2011). El padre adolescente, su relación parental y de pareja. *Revista última Década*, (35), 89-110. Recuperado de <http://www.cidpa.cl/wp-content/uploads/2013/05/35.4-Rodrigo-Molina.pdf>
- Moneta, M. (2014). Apego y pérdida: redescubriendo a John Bowlby. *Revista Chilena de Pediatría*, 85(3) 265-268. Recuperado de <https://scielo.conicyt.cl/pdf/rcp/v85n3/art01.pdf>
- Nussbaum, M. (2012). *Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano*. Madrid: Paidós Estado y Sociedad.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (2014). *¿Qué significa “jóvenes” para las Naciones Unidas y cómo son diferenciados de los niños?* Recuperado de http://www.cinu.mx/minisitio/UNjuventud/preguntas_frecuentes/
- Organización de Naciones Unidas para la Educación (UNESCO). (2016) *La UNESCO aboga por la salud sexual y reproductiva ante las Primeras Damas de África*. Recuperado de http://www.unesco.org/new/es/media-services/single-view/news/unesco_advocates_for_sexual_and_reproductive_health_with_afr/
- Organización Iberoamericana de Juventud/CEPAL (2014). *Invertir para transformar: la juventud como protagonista del desarrollo*. Recuperado de <http://repositorio.cepal.org/handle/11362/39314>
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (1998). *Promoción de la Salud. Glosario*. Recuperado de <https://www.mscbs.gob.es/profesionales/saludPublica/prevPromocion/docs/glosario.pdf>
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2011). *Los jóvenes y los riesgos sanitarios*. Recuperado de http://apps.who.int/gb/ebwha/pdf_files/WHA64/A64_25-sp.pdf
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2018). *Factores de riesgo. Temas de la salud*. Recuperado de https://www.who.int/topics/risk_factors/es/
- Palacios, J. (2012). Exploración de los motivos para consumir alcohol en adolescentes. *Psicología Iberoamericana*, 20(1), 29-39.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2014). *Estrategia del PNUD para la Juventud 2014-2017*. Recuperado de <http://www.undp.org/content/dam/undp/library/Democratic%20Governance/Youth/UNDP-Youth-Strategy-2014-2017-SP.pdf>
- Quiroz, N., Villatoro, J., Juárez, F., Gutiérrez, M., Amador, N., & Medina-Mora, M. (2007) La familia y el maltrato como factores de riesgo de conducta antisocial. *Salud Mental*, 30(4) 47-54.

- Real Academia Española (2017). *Diccionario de la lengua española* [en línea].
- Reguera, M., & Mora, F. (2015). Morir en Sonora: violencia homicida de mujeres y hombres (1990-2013). En M. Zúñiga (Coord.), *Sonora Violenta. Género, mujeres y feminicidio*. Sonora: El Colegio de Sonora.
- Reguera, M., Sotelo, N., Barraza, A., & Cortez, M. (2015) Estilo de Vida y Factores de Riesgo en Estudiantes de la Universidad de Sonora: Un Estudio Exploratorio. *Boletín Clínico del Hospital Infantil del Estado de Sonora*, 32(2) 63-68. Recuperado de <http://www.medigraphic.com/pdfs/bolclinhosinpson/bis-2015/bis152b.pdf>
- Salas, L. (2005). Transmisión intergeneracional de la violencia intrafamiliar: evidencia para las familias colombianas. *Desarrollo y Sociedad*, (56), 285-337.
- Sánchez, P. (2012). La experiencia vinculante afectiva del sujeto adolescente infractor. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 10(1), 453-465.
- Secretaría de Educación Pública (SEP). (2015). Comunicado 216.- Concluyen trabajos de la agenda de educación en sexualidad con énfasis en la prevención del embarazo. Recuperado de <https://www.gob.mx/sep/prensa/comunicado-216-concluyen-trabajos-de-la-agenda-de-educacion-en-sexualidad-con-efasis-en-la-prevencion-del-embarazo?state=published>
- Trucco, D., & Ullmann, H. (2015). La salud y las juventudes latinoamericanas y caribeñas. En H. Ullmann, *Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad* (pp. 71-73). Santiago, Chile: Libros de la CEPAL.
- Vargas, J., & Arán, V. (2014). Importancia de la Parentalidad para el Desarrollo Cognitivo Infantil: una Revisión Teórica. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 12(1), 171-186.

CAPÍTULO 6

Familias y condiciones de bienestar social en México: necesaria una epistemología sistémica que permita la integración de hallazgos y propuestas

FRANCISCO JUSTINIANO VELASCO ARELLANES
Y ROSSANA BASURTO ÁLVAREZ

La familia es la institución primigenia y más perdurable en la historia de la humanidad. A diferencia de los animales que viven en grupo, y de las relaciones que pudiesen ocurrir entre ellos, las relaciones familiares se destacan por seguir normas sociales reguladas por instituciones inherentemente humanas, como son el matrimonio y las convenciones legales de los Estados Nación. No obstante su condición institucional, la familia y los miembros que la integran están en constante cambio; actualmente, por la estructura que la conforman se podrían tipificar como: 1) nuclear, 2) extensa, 3) monoparental, 4) ensamblada, reconstituida o mixta, 5) homoparental, 6) padres separados y 7) sin hijos por elección (Valdivia, 2008).

Así también, los modelos de familia actuales no se caracterizan exclusivamente por el parentesco que tengan sus miembros, el número de integrantes que la conforman, ni por la tradicional diada de paternidad madre-padre que definía a la familia nuclear (INEGI, 2018; Valdivia, 2008). Las actuales familias pueden clasificarse de diversas formas, dependiendo de la disciplina o enfoque de análisis como son la sociología, antropología, psicología, etc. Una de estas clasificaciones puede atender al tipo de interacciones que ocurren en la familia como son: modelo hiperprotector, sobreproteger a los hijos por considerarlos frágiles; democrático-permisivo, padres que carecen de auto-

ridad y tratan a sus hijos como amigos; sacrificante, los padres que se esfuerzan por cubrir las necesidades de sus hijos o las desatienden asumiendo la idea de que el sacrificio es un deber o es algo que te hace bueno si te sacrificas por los demás; modelo intermitente, los padres oscilan de un modelo a otro, asumiendo que cualquier forma de ejercitar la paternidad puede estar equivocada; delegante, el padre delega su función en el ejercicio de la paternidad; y autoritario, los padres ejercen el poder de manera autoritaria y rígida asumiendo que el más fuerte es el que manda (Nardone, Giannotti y Rocchi, 2003).

Al margen de las múltiples caracterizaciones que haya de la familia, es el espacio inmediato, el nicho ecológico y el microsistema en el cual los individuos que la conforman inician su desarrollo físico, psicológico, social y cultural que los define (Bronfenbrenner y Morris, 2006). Históricamente, la familia en el hogar ha permitido cimentar las bases del vínculo filial que encauza la evolución y perpetuación de pautas sociales y culturales.

El hogar familiar es *Sine qua non*, el contexto donde los individuos nacen, se desarrollan y transmiten patrones de socialización (INEGI, 2015). De acuerdo a la Declaración Universal de los Derechos Humanos, artículo 16, en su tercera parte: “La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado” (Organización de las Naciones Unidas [ONU], 1948, p. 4).

Por la relevancia de la familia en el desarrollo de los individuos, en este escrito se describe brevemente cómo se ha estudiado a las familias mexicanas y sus condiciones de vida o de Bienestar Social (BS). Se encuentra que las pocas investigaciones que se realizan en México son diversificadas en cuanto a las aproximaciones teóricas y metodologías utilizadas. Esta situación de diversidad en las investigaciones dificulta la identificación y/o sistematización de los hallazgos sobre las condiciones de vida de las familias en México y, en consecuencia, interfieren con el diseño e implementación exitosa de programas sociales de intervención.

Se sugiere que, para integrar el conocimiento de las investigaciones, se debe asumir una perspectiva epistemológica de sistemas porque con ella se pudiese identificar el orden en la que se encuentran las variables y/ o constructos ya propuestos; es decir, se permitiría ubicar las aportaciones actuales en términos de pertenecer a niveles de sistema micro, meso y macro sociales.

Así también, para cumplir con este primer objetivo de integración, se sugiere que es prioritario analizar semánticamente los conceptos asociados a las condiciones de vida o de BS; es necesario ubicar la relación descendente y ascendente de conceptos como son desarrollo, felicidad, satisfacción, calidad de vida, bienestar psicológico, etc. Por último, se indica que, cumpliendo los objetivos

anteriores se podría probar la pertinencia de las escalas, constructos y variables en el modelo sistémico con una sola muestra representativa de individuos y/o familias.

PLANTEAMIENTO DEL ANÁLISIS FAMILIAR BAJO EL CAMPO DEL BIENESTAR SOCIAL

Particularmente, el estudio del bienestar o desarrollo de los individuos en sociedad es un área de investigación que aglutina a diversas disciplinas científicas como son la sociología, economía, antropología, ecología, medicina, demografía etc., cuyo objetivo es comprender el contexto social y el desarrollo que alcanzan los individuos que lo habitan (García-Viniegras y González, 2000; Martínez-Martínez, Vázquez-Rodríguez, Lombe y Gaitan-Rossi, 2016). En este esfuerzo por comprender el bienestar o desarrollo de los individuos en sociedad han surgido varios conceptos que enfatizan en diferentes factores el bienestar de los individuos que viven en sociedad, como son calidad de vida, bienestar percibido, bienestar psicológico, satisfacción, felicidad, por mencionar algunas.

El interés por evaluar científicamente las condiciones sociales que producen bienestar o desarrollo de los individuos surgió en los años 1930, las primeras aproximaciones se caracterizaron por considerar una filosofía económica que imputó la condición de “bienestar o desarrollo” desde los criterios de los expertos en economía y desestimó el juicio o la atribución de valor que las personas realizan sobre sus condiciones de vida (Rojas y Jiménez, 2008). Los indicadores sociales, bajo esta perspectiva, fueron operacionalizados por medidas económicas, haciendo referencia a la posesión o “al tener”, entre los estimadores estadísticos que se utilizan están: el Producto Interno Bruto (PIB), el nivel de alfabetismo de una población, las tasas de mortalidad infantil, la tasa de pobreza, el ingreso per cápita, las esperanza de vida, los indicadores de estabilidad política, el consumo de energía por país, el promedio del tamaño de las viviendas, el número de personas que habitan una vivienda y los niveles de las libertades civiles (Keyes y Shapiro, 2004; Van Praag y Frijters, 1999).

En los años 1970 y 1980 se criticó la visión económica, se aludió a que los indicadores económicos o macrosociales no son suficientes para medir las condiciones de vida de las personas, ya que la percepción de bienestar de las personas no precisamente se relaciona con “el tener”, ni con los indicadores económicos globales de los países (Bury, 1987; Cardona y Agudelo, 2005; Schultz, 1961). Los ciudadanos que viven en países con estabilidad económica y con un ingreso per cápita elevado no necesariamente cuentan con los ciudadanos más satisfechos, puede haber una relación inversa entre el ingreso per cápita y el nivel de satisfacción de los ciudadanos, a este resultado se le ha llamado la “paradoja del crecimiento infeliz”, la cual se explica por la desigualdad económica y social entre los ciudadanos (Lora y Chaparro, 2008, p. 4).

En el mismo sentido económico, la estabilidad macroeconómica de un país no es referente para garantizar la estabilidad económica de los ciudadanos, por ejemplo, México cuenta con una economía relativamente estable en Latinoamérica, pero es el Estado con más pobres dentro de los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), mostrando una profunda disparidad de ingreso entre los estados, así como dentro de ellos (OCDE, 2015). Además, México cuenta con una tasa de homicidios sin precedentes desde que se inició la guerra contra el narcotráfico (11 de diciembre del 2016), con una media de 2000 asesinatos por mes. El año 2017 ha sido el más violento con una cifra de 29 mil 168 asesinatos (El Financiero, 2018), incluso, México presenta niveles de violencia más elevados cuando se le compara con países que se encuentran en guerra como Siria.

Así, el análisis macroeconómico, aunque pertinente para caracterizar a los países no necesariamente reflejan cómo viven, cómo se sienten o qué perciben los ciudadanos. Por ello, se han sugerido otras maneras de caracterizar las condiciones de vida de los ciudadanos, el Bienestar Social es una de esas aproximaciones.

¿QUÉ ES EL BIENESTAR SOCIAL (BS)?

Es un concepto con el cual se analizan las condiciones sociales de los individuos, puede ser definido como el reporte que tiene de sí mismo cada individuo en cuanto a la calidad de sus relaciones con otras personas, sus vecinos y la comunidad en donde vive (Keyes, 1998). El BS es operacionalizado como la percepción de cada individuo con relación a: 1) su integración en la sociedad, 2) la contribución que hace a la sociedad, 3) la coherencia que presentan los eventos sociales en su vida, 4) el sentido de pertenencia a la sociedad y 5) el potencial de crecimiento individual que percibe dentro de la sociedad (Keyes y Shapiro, 2004).

De acuerdo a Bunge (1999), investigar las condiciones de vida de los individuos implicaría considerar los diferentes niveles en los que interactúan los individuos (relación familiar, economía, instituciones educativas, seguridad pública, comunidad o región en la que se habita, oportunidades de desarrollo, país de origen o residencia, cultura nacional, cultura internacional). Por su parte, Blanco y Díaz (2005) consideran que el estudio de las condiciones de vida, bajo el marco del BS, requiere considerar los aspectos individuales y sociales; es decir, el mundo dado y el mundo intersubjetivo construido. El concepto de BS, por considerar las condiciones sociales (lo dado) y los aspectos individuales (intersubjetivo construido) tiene valor heurístico porque son los individuos, y no los expertos en economía, los que reportan qué y cómo se sienten en sociedad.

¿POR QUÉ ESTUDIAR A LA FAMILIA CON EL CONCEPTO DE BIENESTAR SOCIAL?

A la familia se le puede considerar como unidad o subsistema fundamental de la sociedad (ONU, 1948; Jelin, 2005), como el contexto o nicho social donde los individuos nacen, se desarrollan y mueren (Bronfenbrenner y Morris, 2006). La familia, forma parte importante de las experiencias de vida de los individuos, traza la apropiación de creencias, actitudes, competencias y percepciones que tienen hacia la sociedad. En el nicho familiar, ocurren un cúmulo de condiciones, eventos y relaciones que pueden facilitar o interferir con el BS de los individuos. Así, la familia es una institución rectora en el fomento del desarrollo humano en sociedad.

La familia puede concebirse como unidad de análisis en las políticas públicas, tal como se sugiere por organizaciones internacionales como son las Naciones Unidas, la OCDE y el Banco Mundial (Jelin, 2005). No obstante, esta cercanía epistemológica hacia la familia por parte de las instituciones internacionales, los proyectos de intervención social que se plantean para auspiciar el bienestar no se dirigen con un conocimiento adecuado de las causas y/o problemáticas familiares que la definen. Como lo señala Jelin (2005), la conducción de las políticas públicas de intervención en pro del bienestar social se presenta alejada de las condiciones y problemas que presentan los individuos que conviven en familia.

Esta incompatibilidad entre programas de intervención y la realidad social de los individuos ocurre porque frecuentemente la evaluación no se considera como un proceso, es decir, cuando se interviene no se considera como importantes el diagnóstico y la planeación de la intervención. Por ejemplo, en el análisis FODA que se reportó en el 2014 en relación al *Programa de Atención a familias y Población Vulnerable* se identificó ambigüedades en la definición de la población objetivo en condición de “vulnerabilidad familiar”, y también, que las personas que recibieron apoyos no contaban con expedientes que demostraran que cumplían con los criterios de elección (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social [CONEVAL], 2014). Esto, por supuesto, imposibilita identificar con certeza los apoyos recibidos y los efectos que ha tenido el programa en el entorno familiar que se aplicaron.

Los programas de intervención para que sean exitosos deben considerarse como parte de un proceso de evaluación, no como partes separadas (Fernández-Ballesteros, 2007; Mori, 2008). El éxito o fracaso de las políticas públicas tiene bases desde los Estados Nación, y de los aspectos éticos, ideológicos y científicos en los que se pueden apoyar (u omitir) los líderes que toman decisiones. Al respecto, Bunge (2015) enfatiza que las políticas de desarrollo social de los Estados Nación deberían anclarse necesariamente en la intersección de las propuestas y conocimientos de tres ciencias, la

psicología, economía y la politología. De tal manera, que, desde las ciencias sociales, el estudio y fomento del bienestar social debe necesariamente caracterizar a los individuos en el contexto familiar donde habitan, atendiendo: su estructura familiar, relación parental, relación filial, jerarquías de poder, liderazgo, empleo, ingreso, servicios de salud, oportunidades de desarrollo gubernamentales, violencia, uso de drogas, etc. (Bunge, 1999; 2008; 2015).

LA CULTURA Y CAMBIO ESTRUCTURAL DE LAS FAMILIAS MEXICANAS

El Dr. Rogelio Díaz Guerrero fue pionero en estudiar a las familias mexicanas y sus implicaciones en el bienestar psicológico de sus miembros. En su extensa obra sobre la psicología del mexicano (Díaz-Guerrero, 1994; 2003) identificó algunos aspectos psicológicos compartidos en poblaciones de jóvenes escolarizados. En las décadas de 1970 y 1980, se encontró que los jóvenes manifiestan una serie de preceptos familiares que rigen el comportamiento, a las cuales las ubicó en el orden de la cultura (Díaz-Guerrero, 1955; 1972; 1982). Las premisas son consideradas como proverbios, normas, máximas, creencias que rigen el comportamiento de los individuos en sociedad y el cómo se perciben en ella (Díaz-Loving, Rivera, Villanueva y Cruz, 2011; Flores, 2011). Ejemplos de estas máximas son “la madre es el ser más sagrado”, “el hombre debe fajarse los pantalones en casa”, etc.

Esta aproximación al análisis del comportamiento humano, a través de algunas creencias familiares y compartidas a través de la cultura, Díaz-Guerrero (1955) las llamó Premisas Psico-Socio-culturales (PPSC), con las cuales se ha diseminado y ampliado una fructífera línea de investigación que trasciende no sólo a explicar cómo se siente y piensa el mexicano en la familia, sino también en ámbitos distintos como el trabajo (Estrada y Buendía, 1992), respecto a la violencia que se ejerce en la relación de la pareja (De la Rubia, Rosales, Loving y Martínez, 2013) y sobre las condiciones de bienestar subjetivo (Velasco, Rivera, Díaz-Loving y Reyes, 2015).

Podemos sintetizar lo que apuntan estas investigaciones:

1. La familia como unidad fundamental sigue siendo el referente de los mexicanos para justificar el ser y hacer en los diferentes contextos donde se comporta.
2. Dada la afinidad estrecha del mexicano con la familia (Díaz-Guerrero, 1982), se practica un colectivismo centrado en la familia. Esto último, puede tener consecuencias favorables como desfavorables en el comportamiento de sus integrantes en los diferentes ámbitos sociales en los que interactúan.

En otro orden de ideas, y considerando la estructura familiar como eje de análisis, las familias mexicanas antes de 1980 eran tipificadas como pertenecientes a la familia nuclear, en la cual los progenitores tenían roles bien definidos. El padre se concebía como el jefe de familia y proveedor de bienes; mientras que la madre se le consideraba como ama de casa y encargada de la crianza de los hijos. Ambos padres y sus hijos eran residentes relativamente permanentes y partícipes de su desarrollo en el hogar. No obstante, desde los años ochenta hasta el reporte de INEGI de 2015 se ha identificado una constante recomposición de la estructura familiar mexicana. INEGI (1999) reportó que en México habían 18.2 millones de hogares familiares. De acuerdo a INEGI (2018), un hogar es el espacio físico donde habita una o más personas sin que necesariamente sean familiares, pero que tienen un gasto en común. De estos 18.2 millones de hogares, se encontró que la predominancia de su estructura era la familia nuclear con un 74.6 %, familias ampliadas con el 24.5% y un 1% con otro tipo de estructura familiar.

En el último reporte del 2015 se indica que, en el periodo del 2010 al 2015, los hogares con alguna estructura familiar han disminuido. En el 2010, había 90.5% de hogares familiares, pero para el 2015 se disminuyó al 88.9%. De este último registro del 2015, compuesto por 31 millones de hogares con alguna estructura familiar fue de (88.9%), eso quiere decir que un 10.1% de hogares era habitado por un solo individuo. Del 88.9% (hogares con alguna estructura familiar), el 69% los integraban familias nucleares, el 27.9% familias ampliadas y el 1.0 % familias compuestas. En el 73% de los hogares con alguna estructura familiar, el jefe de familia era un hombre y en el 27% lo dirigía una mujer. En los hogares con familia ampliada se encontró que en el 62.7% convive la nuera, el yerno o los nietos. Otro dato relevante es que en las familias uniparentales (hogar habitado por hijos con uno de los padres), el 78.4% de ellos son dirigidos por mujeres (INEGI, 2015).

Como se puede identificar en estos resultados censales, la conformación de la familia mexicana está en constante cambio, esto se debe en gran parte al incremento en el número de divorcios y las uniones sucesivas de los exintegrantes en nuevos concubinatos o matrimonios (Luna-Santos, 1996). Las condiciones de desarrollo de las familias, y su reestructuración establecen nuevas dinámicas de relación entre sus miembros (Zeiders, Roosa y Tein, 2011), como pueden ser: ejercicio de la tutela, pensión alimentaria, ingreso familiar, roles en el ejercicio de la crianza, violencia intrafamiliar, etc. Específicamente para algunos individuos que abandonan el hogar inicial después de un divorcio implica establecer nuevas relaciones familiares con otros miembros pertenecientes a otro ambiente físico (hogar). No obstante, cambiar de hogar no necesariamente implica abandonar los lazos filiales que se estructuraron en el hogar que se abandona. Bajo estas condiciones de reestructuración

familiar, la movilidad de los hijos de un sitio a otro puede conducir a que ellos experimenten una biparentalidad (tener papá y padrastro, mamá y madrastra); así, todos estos cambios estructurales de las familias mexicanas pueden estar facilitando o interfiriendo con el desarrollo de los jóvenes en formación (Luna-Santos, 1996).

Luna-Santos (1996) pone énfasis en la importancia de estudiar la vinculación filial en las familias reconstituidas, porque asume que hay condicionantes que alteran la valoración de los hijos o jóvenes hacia los propios padres y hacia los nuevos integrantes como pueden ser padrastros y/o hermanastros. Así, es conveniente estudiar la relación filial entre los hijos con sus padres que no residen en el mismo hogar tras una separación conyugal y sobre los efectos que tomaría esta relación en la formación y desarrollo de los hijos.

LA PRECARIZACIÓN ECONÓMICA Y LA REESTRUCTURACIÓN FAMILIAR

Los problemas de índole socio afectivo, como pueden ser la violencia intrafamiliar y el uso de drogas, pueden emerger del trastocamiento de la dinámica y de las relaciones familiares (Barrett y Turner, 2006). Así también, el bienestar social de los individuos que componen una familia, puede estar influido por las políticas económicas y/o productivas de los países. En un análisis de las condiciones económicas de las familias, Oliveira (1999) encontró que la contracción del salario y el deterioro de las condiciones de trabajo han originado que no sólo los padres (hombres jefes de familia) se involucren en el contexto laboral. Como resultado de los bajos salarios, cada día hay más madres que se involucran en el trabajo fuera de casa, y esto ha ocasionado que el modelo familiar caracterizado por el papá proveedor y mamá como encargada del hogar genere nuevas dinámicas familiares; el autor enfatiza que una consecuencia de que la madre trabaje fuera de casa es que se desatienda la crianza de los hijos por parte de ambos padres.

El ingreso económico repercute en el ámbito familiar de diferentes maneras como son los riesgos en la pérdida y restauración de la salud, bajo nivel educativo y bajo poder adquisitivo (Rojas, 2003), la calidad de la alimentación no es la excepción, en un estudio etnográfico que realizaron Cardona, Pardío, Arroyo y Arana (2006) encontraron que la organización familiar en una población rural de Aguascalientes en temas de nutrición ha cambiado debido al involucramiento productivo y precarización del nivel salarial. Las familias más pobres, con recursos limitados, tienen una dieta menos variada. Las familias con redes familiares más amplias y con mejores ingresos tienen una dieta más variada por el apoyo que se ofrecen entre sus miembros.

Así también, la precarización del trabajo y la migración ha presionado para que los adolescentes incursionen en el trabajo; en un estudio que realizaron Cruz, Vargas, Hernández y Rodríguez (2017) encontraron que los bajos ingresos familiares y el escaso capital social de los jóvenes en el hogar, son impulsores para que los jóvenes en etapa estudiantil incursionen en actividades laborales o emigren a otros sitios.

La necesidad de incursionar en los ambientes laborales por parte de las madres y jóvenes en edad escolar se debe también a la pérdida del poder adquisitivo. En México, el salario mínimo de los últimos 25 años ha perdido el 78.71% de su poder adquisitivo, lo cual implica que se requieren por lo menos tres salarios mínimos para comprar la canasta básica (Centro de Análisis Multidisciplinario [CAM], 2015); en contraposición, el tiempo destinado al trabajo se ha incrementado, la jornada laboral en México, a partir del 2009, ha sido una de las de mayor promedio a nivel mundial (la más alta reportada en el 2013, con 2,237 horas/hombre al año) entre países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE, 2014).

Otro dato relevante, que se agrega a las condiciones laborales precarizadas, es que el salario y las horas dedicadas al trabajo repercuten en la satisfacción laboral. En una encuesta a nivel nacional se encontró que la satisfacción laboral que reportan los mexicanos es la más baja entre los países de América Latina, 12% de los trabajadores se reportan satisfechos, 60% desconectados (tienen objeciones o reportan clima laboral desfavorable) y un 28% repudia totalmente su trabajo (Crabtree, 2013).

LAS FAMILIAS, SUS CONDICIONES SOCIO AFECTIVAS

Las condiciones socioculturales y las relaciones que se establecen en las familias repercuten en el bienestar social de sus miembros (Barrett y Turner, 2005). Los jóvenes en formación son principalmente vulnerables en situaciones adversas, afrontan desafíos en las relaciones familiares, con sus pares, en el ámbito individual (personalidad) y en las situaciones de riesgo que se les presenta (Sher, Grekin y Williams, 2005, Volkow y Li, 2005; Velasco y Soto, 2018).

En un estudio que realizaron Van Barneveld, Rodríguez y Robles (2012), en Toluca, Estado de México, se evaluó la percepción del ejercicio de la crianza entre padres e hijos con el fin de identificar cómo estas valoraciones están relacionadas entre sí. Se encontró que tanto para los padres como para los hijos hubo acuerdo en percibir un nivel similar de involucramiento en la crianza, es decir, los jóvenes y padres coincidían, respectivamente, en el mismo nivel de crianza recibido y ejercido.

Las relaciones establecidas en el contexto familiar pueden influir en las relaciones de los jóvenes en el contexto escolar. Específicamente, el ejercicio de la crianza por parte de los padres condicio-

na los roles de los hijos ante el acoso social (bullying). En un estudio que realizó Delgado-Luna, Chávez-Hernández, Rodríguez-Huerta, Macías-García y Klein-Caballero (2017) en Guanajuato México, se analizó la percepción que tenían 476 estudiantes (218 mujeres y 258 varones) de secundaria hacia sus padres en el ejercicio de la paternidad y el rol asumido ante condiciones de bullying. Un 78.7% de los jóvenes vivían con ambos padres, el 15.2% con uno sólo de ellos y el 4.2% con otros familiares distintos a sus padres y el 1.9% vivían con otras personas (no familiares). Un 70% de los adolescentes reportó sentirse bien en su casa, el 26% sentirse indiferente o normal y el 3% que se la pasaba mal en casa.

Se utilizó una escala para medir la crianza parental, con la cual se determinó las clasificaciones de: 1) deficiente, 2) adecuada y 3) sobrevalorada; por otro lado, las clasificaciones de roles de maltrato entre pares fueron: acosador, víctima, espectador y rol mixto. Se encontró que los jóvenes que percibían o sufrían bullying manifestaban que sus padres mostraban poco interés en atender sus problemas (crianza inadecuada) como son el hacer tareas o en resolver la situación de maltrato en la escuela, manifestaban que sus padres tenían poco interés en ellos como individuos. Así también, los niños abusadores (que ejercen bullying) tienen niveles poco satisfactorios en percibir la crianza que se ejerce sobre ellos. Estos resultados son reveladores en cuanto a una crianza inadecuada, tanto los niños que son víctimas como los que son abusadores perciben menos cuidado por parte de sus padres (crianza ineficiente).

Las mujeres son el género que más casos de agresión manifiestan (víctimas), mientras que los hombres son más frecuentes en presentarse como victimarios. Por otro lado, los testigos de las situaciones de bullying, los cuales no eran sujetos de abuso ni asumían el rol de abusadores, manifestaron mayor involucramiento de sus padres en su crianza a través de una sobrevaloración del ejercicio de la crianza. Como se puede identificar en este estudio, el ejercicio de una crianza inadecuada puede influir para que los jóvenes asuman roles como maltratadores o víctimas en el ambiente escolar.

En el mismo sentido de análisis, para investigar cómo la crianza familiar repercute en los aspectos psicológicos de los adolescentes, Iñiguez (2016) realizó un estudio con el fin de evaluar cómo el ejercicio de la crianza de los padres afecta el bienestar psicológico en jóvenes de secundaria, encontrándose que, el ejercicio de la crianza positiva (en donde hay interés e involucramiento de los padres con las actividades de los hijos) está relacionada con que los jóvenes presenten mejores niveles de bienestar psicológico.

Otro estudio realizado por Cantú et al. (2010), con estudiantes universitarios de Monterrey, Tampico y Saltillo, se evaluaron los niveles de satisfacción con la vida que presentaban los jóvenes con relación a variables como estrés percibido y la comunicación con sus padres y madres. Se en-

contró que los jóvenes que tienen más altos niveles de satisfacción con la vida tienen una mejor comunicación con sus padres.

En otro estudio Luna, Laca y Mejía (2011) exploraron la relación entre bienestar subjetivo y la satisfacción familiar en adolescentes; encontraron que los hombres se sienten más satisfechos con la vida, la familia y con sus atributos personales; las mujeres, por su parte, destacan sentirse con mejores niveles de respuesta en la escala de interacción social y religión.

LA FAMILIA Y SU RELACIÓN CON EL BIENESTAR SOCIAL DE LOS MEXICANOS

En un análisis de la encuesta de Bienestar AutoReportado (INEGI, 2012), Vera, Velasco, Grubits y Salazar (2016) compararon las condiciones de vida de las personas más felices y menos felices en México. Encontraron que las personas que reportan niveles mínimos o nulos de felicidad son objeto de violencia dentro de la familia, tienen condiciones de pobreza extrema, viven en hogares que no son propios, son mujeres, indígenas o viven con una incapacidad. El resultado es relevante porque sabemos que la vida en familia es importante para los mexicanos (Díaz-Guerrero, 2003), pero si ésta se fracciona se origina menos felicidad y satisfacción con la vida en los integrantes más desprotegidos.

En el mismo sentido de análisis, Lever (2004) estudió a 918 personas, 347 extremadamente pobres, 260 moderadamente pobres, 312 no pobres. De esta población, 456 eran mujeres y 462 hombres. Utilizaron una escala de bienestar subjetivo con 11 factores: 1) trabajo, 2) niños, 3) bienestar económico, 4) relaciones de pareja, 5) relación de familia en general, 6) desarrollo personal, 7) sociabilidad, 8) percepción personal, 9) actividades recreacionales, 10) ambiente social y 11) familia de origen. Los individuos más pobres reportaron el menor nivel de bienestar, seguido de los moderadamente pobres y los no pobres. Se encontró que los hombres jóvenes tienen un mayor nivel de bienestar que las mujeres y que las personas de mayor edad (adultos mayores). No obstante estas diferencias, hubo dimensiones del constructo bienestar subjetivo como ambiente social y actividades recreacionales en la que los tres grupos reportaron menor satisfacción; los autores sugieren que los resultados en general se deben a que los individuos satisfacen sus necesidades emocionales a través del lazo familiar, tal como lo ha sugerido ampliamente Díaz-Guerrero (2003).

Barcelata-Eguiarte y Rivas-Miranda (2016) realizaron un estudio con adolescentes para identificar la relación entre el bienestar psicológico y la satisfacción con la vida. El factor que explicó los niveles y la adecuada relación entre ambas variables fue la familia; estos resultados vuelven a ser recurrentes, en el sentido de la importancia que tiene la familia como sistema que regula el bienestar social, dado que en ella deben existir vínculos positivos para la formación de los niños y adolescentes.

En contraposición, un ambiente de vinculación familiar inapropiada, y con historia de violencia, es un factor para el maltrato infantil, con las diferentes secuelas físicas y psicológicas que recaen en los jóvenes en formación (Abdalá y Martínez, 2005; Barcelata y Alvarez, 2005; Cerezo, 1995).

Los esfuerzos gubernamentales para medir el bienestar de los ciudadanos tienen una historia extensa a nivel mundial (Diener, 2000), pero en México este tema es reciente. En el 2012, a través del Instituto Nacional de Estadística Geografía (INEGI, 2012) se aplicó por primera vez una encuesta representativa del país, con una muestra de 26,409 personas. Los resultados indicaron altos niveles de bienestar en población mexicana: el 47.3% de los participantes aseguró estar satisfecho con su vida, el 36.1% dijo sentirse moderadamente satisfecho, 11.8% poco satisfecho, y el 4.8% restante respondió estar insatisfecho.

Un análisis por condiciones civiles de los entrevistados arrojó que los solteros, los casados y quienes viven en unión libre son las personas más satisfechas y felices con su vida, mientras que los separados, los viudos y los divorciados son los menos satisfechos.

En el análisis de felicidad percibida, evaluada mediante el Bienestar Autoreportado (BIARE) (Manzanilla, 2013), se consideró la siguiente escala: 1) Extremadamente insatisfecha, 2) Muy insatisfecha, 3) Algo insatisfecha, 4) Ni satisfecha ni insatisfecha, 5) Algo satisfecho, 6) Muy satisfecha y 7) Extremadamente satisfecha. Dicho análisis arrojó, en un total de 100 municipios evaluados, que el municipio con mejor nivel de felicidad percibida en México fue Apodaca, Nuevo León con 5.70; en el lugar 100, o con menor felicidad percibida, se encontró el municipio de Campeche, Campeche con un nivel de 4.90. En este contexto, el municipio de Monterrey, Nuevo León se posicionó en el lugar 55 con un nivel de 5.30 en la escala de felicidad percibida (muy cercano al nivel 6, algo satisfecho).

Estos resultados parecen alentadores, pero hay objeciones al respecto. Es comprensible que si nos cuestionan sobre cómo percibimos la vida, el nivel de nuestra felicidad y nuestra satisfacción en relación a la familia responderemos con altos niveles en estos constructos, nadie habla mal de su familia, ni la percibe inadecuadamente a menos que se tengan una enfermedad psiquiátrica (Díaz-Guerrero, 1994) o que se encuentre en condiciones paupérrimas como las que identificaron Vera et al. (2016) en una subpoblación de la encuesta BIARE (INEGI, 2012).

En un segundo análisis de la encuesta BIARE (Velasco, Vera y Tirado, 2018), cuyo objetivo fue identificar la coherencia interna entre subescalas o constructos implícitos (que no son explicitados en la encuesta de BIARE 2012), sugieren que el alto nivel de bienestar percibido de la mayoría de los mexicanos en esta encuesta se debe a que los reactivos y escalas de BIARE están inclinados a medir exclusivamente el entorno familiar. De acuerdo a estos autores, BIARE no es un buen referente del

bienestar social general de los ciudadanos mexicanos porque mide fundamentalmente el contexto inmediato de los mexicanos en relación a su entorno individual y familiar. El hecho de que la evaluación se incline hacia el contexto familiar no es inadecuado en sí mismo, sino que resulta insuficiente y sesgado, deja de lado contextos más amplios en la cual la familia y los ciudadanos interactúan. Por describirlo en términos de sistemas, BIARE evalúa el microsistema familiar, pero desatiende por completo el meso y macrosistema que puede influir en el bienestar de los ciudadanos y de sus familias.

Concretamente, los hallazgos de Velasco et al. (2018) indican que la estructura de BIARE, para medir bienestar percibido, está conformada principalmente por dos variables:

1. *Atributos personales*: a) satisfacción con la vida que ha tenido el individuo (sin referentes ambientales fuera de la familia), b) Autodeterminación, cómo contribuye el individuo a su bienestar, y c) Felicidad, qué tan feliz es con su vida. Todas ellas dependen de una valoración del individuo hacia sí mismo.
2. *Variable latente sociocultural*: la cual relacionada con las siguientes variables empíricas: a) Altruismo, qué tanto contribuyó o ayudó a los demás, familia, amigos y desconocidos, b) Cultivado, en términos de si el individuo realiza actividades educativas o culturales, y c) Relaciones virtuales, que refieren todos aquellos vínculos que tiene el individuo con familiares y amigos a través de redes de comunicación y sociales.

Como se puede identificar, BIARE 2012 no confronta a los mexicanos y sus familias con variables que están en el plano del país, como son criminalidad, acceso a la educación, economía, equidad, satisfacción con el gobierno, etc., sino que se le cuestiona estrictamente en relación con el contexto familiar o individual psicológico, esto sesga las interpretaciones cuando se pretende evaluar o describir los resultados en el marco de las condiciones de bienestar social general de un país. Esta última posibilidad no permite hacer comparaciones entre países, ni ubicar a México en índices de progreso o desarrollo pertinentes.

El estudio del bienestar subjetivo, tal como se propone en BIARE, al igual que las teorías macroeconómicas de desarrollo humano (Douthwaite, 1993), no ha estado exento de críticas. BIARE se presenta limitada porque obedece a la postura “psicologista” del bienestar o de la satisfacción con la vida. Esta aproximación, ha sido criticada por Abbott y Wallace (2012), indicando que este tipo de aproximaciones miden estados individuales de la “mente”; lo cual carece del referente ambiental para medir calidad de vida o el bienestar de las sociedades en un contexto amplio o extra-individual, tal como es considerado en el marco del bienestar social (Blanco y Díaz, 2005).

Así, las encuestas en México para medir el bienestar de los mexicanos se presentan orientadas a evaluar condiciones micro sociales relacionadas con aspectos individuales y de familia; aunque estas encuestas son necesarias para comprender algunos aspectos involucrados en el bienestar de los individuos, cuando no se consideran otras condiciones de orden más amplio como es el sociopolítico, sociocultural y de alcance internacional, pueden llevar a conclusiones falaces o paradójicas. Esto puede explicar por qué, siendo México un país con altos índices de violencia, desigualdad, marginación e inequidad, somos de las naciones que se consideran como de las más felices o satisfechas en el mundo, de acuerdo con las encuestas gubernamentales que miden “bienestar” (Martínez-Martínez et al., 2016; Velasco et al., 2018).

PROPUESTA PARA INVESTIGAR A LAS FAMILIAS Y SUS CONDICIONES DE BIENESTAR SOCIAL

Los problemas sociales son de índole diverso y multifactoriales; la familia, su estructura y la dinámica de los vínculos que allí ocurren pueden concebirse como unidad de análisis (como un sistema de análisis). En este breve escrito nos ocupamos de la familia y sus condiciones de vida en México para indagar los resultados de algunas investigaciones. Se encontró que la literatura que se enfoca en el estudio del bienestar social y la familia en México es escasa y diversificada, esto se debe a que la historia del estudio de las condiciones de bienestar social del país es reciente y se cultiva desde distintas aproximaciones disciplinares. El estudio multidisciplinario es correcto y deseable, pero se carece de un marco de referencia que aglutine coherentemente los hallazgos. Tal como se sugiere más adelante, este marco epistemológico podría ser la sistémica (Bunge, 2015).

La encuesta BIARE es uno de los primeros referentes en México para comprender el bienestar de los ciudadanos mexicanos, también se encuentran estudios de grupos de investigadores universitarios, organizaciones gubernamentales y académicos con intereses regionales específicos. Algunos estudios son: estrictamente económicos o censales (INEGI, 2015), estudian componentes económicos y socioculturales (Lever, 2004), se pone de relieve el aspecto cultural del mexicano (Díaz-Guerrero, 2003), aspectos individuales y familiares (INEGI, 2012), relaciones específicas entre padres e hijos con ambientes escolares (Delgado-Luna et al., 2017), por mencionar algunos.

La información es valiosa, pero los resultados se presentan fraccionados para entender adecuadamente las condiciones de bienestar social de las familias mexicanas. Con relación a esta segmentación de la investigación del bienestar social en México, Martínez-Martínez et al. (2016) enfatizan la necesidad de integrar tanto indicadores positivos como negativos para evaluar el bienestar social. En el mismo sentido de análisis, en una reciente crítica, Velasco et al. (2018) proponen que no sólo se

debe analizar el bienestar de los mexicanos bajo el contexto familiar, sugieren que también se debe preguntar a los individuos cómo se sienten en otros contextos, como el sociopolítico, en temas como, por ejemplo, equidad, democracia, gobierno, seguridad pública, oportunidades de desarrollo, etc.

La razón de incluir indicadores positivos y negativos en el estudio de las condiciones de vida en sociedad no es novedosa (Durkheim, 1952; Grasso y Canova, 2008). A continuación, se describe cómo el enfoque de sistemas puede favorecer la investigación del bienestar social y el estudio de las condiciones de las familias.

¿POR QUÉ ES ADECUADO EL ENFOQUE SISTÉMICO EN EL ESTUDIO DEL BIENESTAR SOCIAL?

La gnoseología de sistemas o Sistémica es un enfoque epistemológico útil para comprender el mundo, su propuesta no es reciente, hay indicios de la emergencia de esta noción en los planteamientos heliocéntricos de Nicolás Copérnico en los siglos XVI (Bunge, 1999). Copérnico concibió a la tierra como parte de un sistema y no como el centro del mismo. Por su parte, Darwin (1859), en su teoría sobre el origen de las especies, implica la noción de sistema, nicho y estructura. En la década de los años cincuenta, del siglo XX, fueron Von Bertalanffy (1950a; 1950b) y Boulding (1956) quienes de manera explícita diseminaron una importante cantidad de trabajos donde se expone cómo analizar todo fenómeno de la naturaleza bajo la perspectiva de sistemas. Concretamente, se propuso un modelo general o meta-teoría abstracta y aplicable para toda disciplina científica, llamada *Teoría General de Sistemas* (TGS).

El postulado inicial del enfoque de sistemas es “Todos los objetos son sistemas o componentes de sistemas” (Bunge, 1999, p. 11), el cual vale para objetos concretos o materiales (átomos, personas, sistema nervioso, sistema digestivo, sistema cardiovascular, colonia de hormigas, sociedades humanas, el universo), como para ideas o sistemas conceptuales (teoría especial de la relatividad, tabla periódica de los elementos, números reales, teoría de la evolución).

Todo objeto o idea científica no se presenta independiente de otros objetos o ideas; los objetos o ideas por separado no se pueden entender, el enfoque sistémico permite integrar objetos o ideas como componentes interrelacionados en sistemas comprensibles en el orden al que pertenecen, micro, meso y macro (Bunge, 1999; 2008). No obstante, esta amplia e importante tradición de concebir a los fenómenos como sistemas, en las ciencias sociales no ha tenido la influencia esperada (Bunge, 1999). Los contados casos donde el enfoque de sistemas ha sido considerado son en Psicología (Bronfenbrenner y Morris, 2006) y Sociología (Merton, 1968). Pero nuevamente, vuelve a perderse esta visión epistemológica.

La Sistémica es una aproximación que podría hacer más comprensibles los fenómenos sociales porque, con ella, se puede identificar e integrar los hallazgos de las distintas disciplinas científicas, localizándolos en el nivel de sistema al que pertenecen (micro, meso, macro). Particularmente, el planteamiento de modelos de Bienestar Social (BS), calidad de vida, felicidad, satisfacción etc., podrían presentarse como conceptos relacionados, y explicar así, cómo se sienten o perciben los individuos en las diferentes condiciones que se les presentan. Bunge (1999) indica las bondades de la Sistémica en este sentido:

El enfoque sistémico es una alternativa tanto al individualismo (atomismo), como al totalismo (holismo). Admite la necesidad de estudiar los componentes de un sistema, pero no se limita a ellos. Y reconoce que los sistemas poseen características de las que carecen sus partes, pero aspira a entender esas propiedades sistémicas en función de las partes del sistema y sus interacciones, así como en función de circunstancias ambientales. En otras palabras, el enfoque sistémico invita a estudiar la composición, el entorno y la estructura de los sistemas de interés. Aplicado a la sociedad, el enfoque sistémico nos la muestra como un sistema extremadamente complejo compuesto por subsistemas interactuantes e interdependientes, tales como la familia, la empresa, la escuela, el club, la administración pública y el partido político. Estos sistemas están compuestos por individuos capaces de amar, odiar, imaginar, argüir, evaluar, decidir y actuar. Son cualquier cosa menos los entes pasivos, juguetes de los vendavales históricos, que nos pinta el totalismo. Pero, por estar ligadas entre sí y por estar constreñidas por normas de diversas clases, las personas nunca son totalmente independientes y libres. Interactúan, y estas acciones mutuas hacen que los sistemas sociales sean interdependientes y dinámicos. (p. 7)

Así, para comprender a la familia mexicana, y sus condiciones sociales o de bienestar social, se proponen los siguientes pasos a seguir bajo el enfoque de sistémica:

1. *Análisis del referente hipotético del concepto bienestar social.* Para desarrollar un modelo que ayude a enmarcar y evaluar adecuadamente a la familia y sus condiciones de bienestar social (BS) se propone realizar el análisis conceptual (semántico) del constructo de BS con el fin de identificar su referencia ascendente y descendente con otros constructos como son: desarrollo, desarrollo económico, desarrollo humano, capital humano, calidad de vida, satisfacción,

felicidad, bienestar percibido, bienestar psicológico, etc. El análisis semántico se realizaría siguiendo los lineamientos de semántica empírica de Bunge (1974), en la cual se sugiere no separarse de las propuestas y resultados empíricos del área de investigación, en este caso, los resultados de investigaciones científicas donde se analiza el bienestar social. Para ello, es necesario consultar meta-análisis, revisiones sistemáticas, propuestas teóricas y a expertos nacionales e internacionales. Una vez identificada la ascendencia y descendencia semántica del concepto BS se podría identificar la estructura que le conforma, sus componentes, funciones e indicadores del sistema social que lo definen. Entendiéndose que: la estructura del sistema (arquitectura) es el conjunto de relaciones entre los componentes del sistema y los elementos del medio ambiente del sistema (Bunge, 2011).

2. *Referente hipotético del concepto bienestar social.* Como segundo paso se podría analizar el referente hipotético del constructo BS [*intended referent*] (Bunge, 1974), que no es más que la validez y confiabilidad del constructo a través de análisis empírico utilizando estadística descriptiva, inferencial y de modelación en una muestra adecuada, lo cual ayudaría a probar si los componentes y escalas de medida del modelo sistémico se comportan de acuerdo con la propuesta teórica.

CONCLUSIÓN

La idea original antes de desarrollar este escrito fue realizar una revisión sistemática de las investigaciones en las que se estudia las familias y sus condiciones de vida en México. Pero, este objetivo inicial fue inalcanzable por la escasez de las investigaciones y la diversidad teórica y metodológica de las mismas. En consecuencia, se optó por describir las investigaciones encontradas desarrollando apartados que permitieran coherencia a los mismos. Consecuentemente a esta limitante, se identificó como prioritario la necesidad de adoptar un enfoque epistemológico sistémico en la integración de la escasa y diversa investigación en México. La sistematización de la investigación en el campo del bienestar social es un área de oportunidad, se requiere llevar a cabo un análisis semántico conceptual de la mayor cantidad de aproximaciones al estudio del bienestar social. Este es un objetivo que se propone como línea de investigación a mediano y largo plazo; presentar la resolución del mismo es inalcanzable en el presente texto. En este sentido, cabe señalar que nuestra propuesta es de identificación de una necesidad epistemológica. Se propone, sencillamente, que es pertinente sumar esfuerzos para comprender los conceptos, constructos y hallazgos que se han generado en el estudio de las condiciones de vida de los ciudadanos mexicanos.

Así, durante el desarrollo del trabajo se describieron algunas condiciones de los ciudadanos mexicanos en el contexto familiar, se enfatizó en la importancia de estudiar a los individuos en familia y se ha propuesto que los conceptos, constructos y hallazgos en el campo se deben analizar bajo el enfoque gnoseológico de la Sistémica. Con el cual, se podrían ubicar conceptos, constructos y hallazgos en términos de los niveles a los que pertenecen (micro, meso y macro niveles). Se sugiere que la familia, como unidad de análisis, es importante para evaluar a las condiciones de vida de los individuos. Así también, que su estudio debe comprender el cómo se sienten o perciben los individuos en relación a múltiples variables como son: el acceso a la educación de calidad, satisfacción con el gobierno, servicios de salud, ejercicio de la democracia, seguridad pública, inequidad, violencia, oportunidades de trabajo, expectativas de desarrollo en el país (Bunge, 1999; 2008), por mencionar algunas. Es necesario caracterizar y evaluar las variables relevantes que condicionan el bienestar social de los individuos y sus familias. Todo esto implica un análisis conceptual, metodológico y empírico de las aportaciones científicas ya existentes.

En este sentido, lo que se identifica y plantea en este escrito es la necesidad de adoptar una propuesta sistémica que organice el cúmulo de hallazgos que se presentan diseminados a través de la investigación que se enfoca en comprender las condiciones de vida de los mexicanos. En palabras del filósofo Mario Bunge, para comprender las condiciones de vida de los mexicanos, se requiere organizar el conocimiento del bienestar en lógica de sistemas, es decir, “necesitamos saber quiénes necesitan qué, cómo se satisfacen tales necesidades, y qué deberes tenemos con los necesitados” (Bunge, 2008, p. 24).

REFERENCIAS

- Abbott, P., & Wallace, C. (2012). Social Quality: A Way to Measure the Quality of Society. *Social Indicator Research*, 108, 153–167.
- Abdalá, A.L., & Martínez, A.P. (2005). La atención integral y la prevención del maltrato infantil en México. *Acta Pediátrica de México*, 26(3), 137-140.
- Barcelata, B., & Alvarez, I. (2005). Patrones de interacción familiar de madres y padres generadores de violencia y maltrato infantil. *Acta colombiana de psicología*, 8(1), 35-46.
- Barcelata-Eguiarte, B., & Rivas-Miranda, D. (2016). Bienestar psicológico y satisfacción vital en adolescentes mexicanos tempranos y medios. *Revista Costarricense de Psicología*, 35(2), 119-137.
- Barrett, A.E., & Turner, R.J. (2005). Family Structure and Mental Health: The Mediating Effects of Socioeconomic Status, Family Process, and Social Stress. *Journal of health and social behavior*, 46(2), 156-169.
- Barrett, A.E., & Turner, R.J. (2006). Family structure and substance use problems in adolescence and early adulthood: examining explanations for the relationship. *Addiction*, 101(1), 109-120.
- Blanco, A., & Díaz, D. (2005). El bienestar social: su concepto y medición. *Psicothema*, 17(4), 582-589.
- Boulding, K.E. (1956). General systems theory-the skeleton of science. *Management Science*, 2(3), 197-208.
- Bronfenbrenner, U., & Morris, P.A. (2006). The bioecological model of human development. *Handbook of child psychology: Theoretical models of human development* (pp. 793-828). Hoboken, NJ, US: John Wiley y Sons Inc.
- Bunge, M. (1974). *Semantics I: Sense and Reference*. Boston: Reidel Publishing Company.
- Bunge, M. (1999). *Sistemas Sociales y filosofía*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Bunge, M. (2008). Problemas Globales, Ciencia y Ética. En *Filosofía y Sociedad* (pp. 24-36). México: Siglo XXI.
- Bunge, M. (2011). *Las ciencias sociales en discusión: una perspectiva filosófica*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Bunge, M. (2015). *Riqueza y Bienestar. Evaluando filosofías*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- Bury, J.B. (1987). *The idea of progress: An inquiry into its origin and growth*. New York: Dover Publications.

- Cantú, R., Alegre, J., Martínez, O., Chávez, M., Arellano, S., Saucedo, C., ... y Landero, R. (2010). Satisfacción con la vida, comunicación con padres y estrés percibido en jóvenes universitarios del Noreste de México. *Suma Psicológica*, 7(2), 83-92.
- Cardona, D., & Agudelo, H.B. (2005). Construcción cultural del concepto calidad de vida. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 23(1), 79-90.
- Cardona, M. G., Pardío, J., Arroyo, P., & Arana, S. (2006). Organización familiar y social y diversidad de la dieta: un estudio etnográfico en el estado de Aguascalientes. *Antropología y nutrición*, 195.
- Centro de Análisis Multidisciplinario (CAM). (2015). *Reporte de Investigación 120. México: Esclavitud moderna. Cae 78.71% el poder adquisitivo*. Centro de Análisis Multidisciplinario. Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de <http://cam.economia.unam.mx/reportes-de-investigacion-120-mexico-esclavitud-moderna-cae-78-71-el-poder-adquisitivo/>
- Cerezo, M.A. (1995). El impacto psicológico del maltrato: primera infancia y edad escolar. *Infancia y aprendizaje*, 18(71), 135-157.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL). (2014). *Diagnóstico: Programa de Atención a Familias y Población Vulnerable (S150)*. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/Informes/Evaluacion/Diagnostico/Diagnostico_2014/Diagnostico_2014_SS_S150.pdf
- Crabtree, S. (2013). Worldwide, 13% of Employees Are Engaged at Work. *GALLUP*. Recuperado de <http://www.gallup.com/poll/165269/worldwide-employees-engaged-work.aspx>
- Cruz, R., Vargas, E., Hernández, A., & Rodríguez, Ó. (2017). Adolescentes que estudian y trabajan: factores sociodemográficos y contextuales. *Revista mexicana de sociología*, 79(3), 571-604.
- Darwin, C. (1859). *On the origin of species*. London: John Murray.
- De la Rubia, J.M., Rosales, F.L., Loving, R.D., & Martínez, Y.I.C. (2013). Modelos Eco-psico-socio-culturales Predictivos de Violencia en la Pareja. *Reconstrucción*, 4(2).
- Delgado-Luna, M.A., Chávez-Hernández, A.M., Rodríguez-Huerta, F.M., Macías-García, L.F., & Klein-Caballero, A. (2017). Percepción de crianza parental y maltrato escolar en una muestra de adolescentes mexicanos. *Revista de Educación y Desarrollo*, 40, 39-50.
- Díaz-Guerrero, R. (1955). Neurosis and the mexican family structure. *American Journal of Psychiatry*, 112, 411-417.
- Díaz-Guerrero, R. (1972). Una escala factorial de premisas histórico-socioculturales de la familia mexicana. *Revista Interamericana de Psicología/Interamerican Journal of Psychology*, 6 (3-4), 235-244.

- Díaz-Guerrero, R. (1982). The psychology of the historic-socio-cultural premises. *Spanish Language Psychology*, 2, 383-410.
- Díaz-Guerrero, R. (1994). *Psicología del mexicano: Descubrimiento de la etnopsicología*. México: Trillas.
- Díaz-Guerrero, R. (2003). *Bajo las garras de la cultura: psicología del mexicano 2*. México: Trillas.
- Díaz-Loving, R., Rivera, S., Villanueva, G., & Cruz, M. (2011). Las premisas histórico-socioculturales de la familia mexicana: su exploración desde las creencias y las normas. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 3(2), 128-142.
- Diener, E. (2000). Subjective well-being: The science of happiness and a proposal for a national index. *American psychologist*, 55(1), 34.
- Douthwaite, R. (1993). *The Growth Illusion: How Economic Growth Has Enriched the Few, Impoverished the Many, and Endangered the Planet*. United Kingdom: Council Oak Books.
- Durkheim, E. (1952). *Suicide. A study in sociology*. London: Routledge y K. Paul.
- El Financiero (2018). *México rompe su récord en tasa de asesinatos*. Recuperado de <http://www.elfinanciero.com.mx/nacional/mexico-rompe-su-record-en-tasa-de-homicidios.html>
- Estrada, M.R., & Buendía, P.R. (1992). *Psicología del mexicano en el trabajo*. México: McGraw-Hill Interamericana.
- Fernández-Ballesteros, R. (2007). *Evaluación psicológica: conceptos, métodos y estudio de casos*. Madrid: Pirámide.
- Flores, M. (2011). La cultura y las premisas de la familia mexicana. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 3(2), 148-153.
- García-Viniegras, V., & González, I. (2000). La categoría bienestar psicológico: Su relación con otras categorías sociales. *Revista cubana de medicina general integral*, 16(6), 586-592.
- Grasso, M., & Canova, L. (2008). An assessment of the quality of life in the European Union based on the social indicators approach. *Social Indicators Research*, 87(1), 1-25.
- Manzanilla, F. (2013). *Ranking de Felicidad en México 2012: ¿en qué municipios viven con mayor calidad de vida los mexicanos*. México: Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla/Imagina México, A.C.
- Iñiguez, D. (2016). *Percepción de la crianza y bienestar psicológico en jóvenes mexicanos*. Tesis de Licenciatura. Universidad Autónoma del Estado de México. Toluca, México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (1999). *Las familias mexicanas*. Aguascalientes. México: INEGI.

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2012). Presenta el INEGI cifras sobre el bienestar subjetivo de los mexicanos. *Boletín de Prensa Núm. 431/12*, 1-3.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2015). *Estadísticas a propósito del día nacional de la familia mexicana*. Aguascalientes: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2018). *Hogares. Vivimos en Hogares diferentes*. Recuperado de <http://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/hogares.aspx>.
- Jelin, E. (2005). Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales: Hacia una nueva agenda de políticas públicas. En *Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales*. Santiago de Chile: CEPAL, Publicación de las Naciones Unidas.
- Keyes, C.L. (1998). Social well-being. *Social Psychology Quarterly*, 61(2), 121-140.
- Keyes, C.L., & Shapiro, A.D. (2004). Social Well-Being in the United States: A Descriptive Epidemiology. C.D. Ryff, CD & R.C. Kessler (Eds.), *How Healthy Are We? A national Study of Well-being at Midlife*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lever, J.P. (2004). Poverty and subjective well-being in Mexico. *Social Indicators Research*, 68(1), 1-33.
- Lora, E., & Chaparro, J.C. (2008). *La conflictiva relación entre la satisfacción y el ingreso*. Research Department Publications 4599, Inter-American Development Bank, Research Department.
- Luna, A., Laca, F., & Mejía, J. (2011). Bienestar subjetivo y satisfacción con la vida de familia en adolescentes mexicanos de bachillerato. *Psicología Iberoamericana*, 19(2), 17-26.
- Luna-Santos, S. (1996). La Reconstrucción familiar en México. *Notas de Población*. No 82 Santiago Chile: CEPAL.
- Martinez-Martinez, O.A., Vazquez-Rodriguez, A.M., Lombe, M., & Gaitan-Rossi, P. (2016). Incorporating Public Insecurity Indicators: A New Approach to Measuring Social Welfare in Mexico. *Social Indicators Research*, 1-23.
- Merton, R.K. (1968). *Social theory and social structure*. New York: Simon and Schuster.
- Mori, M. (2008). Una propuesta metodológica para la intervención comunitaria. *Liberabit*, 14(14), 81-90.
- Nardone, G., Giannotti E. y Rocchi, R (2003). *Modelos de Familia*. Barcelona: Herder.
- Oliveira, O.D. (1999). Familia, ingreso y desarrollo/Políticas económicas, arreglos familiares y perceptores de ingresos. *Demos*, (012).
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (1948). *Declaración Universal de Derechos Humanos. Resolución 217 A (III)*. Naciones Unidas. Recuperado de <http://www.un.org/es/documents/udhr/>

- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). (2014). *OECD Factbook 2014: Economic, Environmental and Social Statistics*. <http://doi.org/10.1787/factbook-2014-en>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). (2015). *Measuring Well-being in Mexican States*. Paris: OECD Publishing. <http://doi.org/10.1787/9789264246072-en>.
- Rojas, G. (2003). El peso de los recursos: determinantes de la pobreza en hogares de Monclova, Aguascalientes y la Ciudad de México. *Papeles de población*, 9(38), 77-119.
- Rojas, M., & Jiménez, E. (2008). Pobreza Subjetiva en México: el Papel de las Normas de Evaluación del Ingreso. *Perfiles Latinoamericanos*, (032), 11-33.
- Schultz, T.W. (1961). Investment in Human Capital. *The American Economic Review*, 51(1), 1-17.
- Sher K.J., Grekin, E.R., & Williams, N.A. (2005). The development of alcohol use disorders. *Annual Review of Clinical Psychology*, 1, 493-523.
- Valdivia, C. (2008). La familia: concepto, cambios y nuevos modelos. *Revista La Revue du REDIF*, 2(1), 15, 22.
- Van Barneveld, H.O., Rodríguez, B., & Robles, E. (2012). La percepción de la crianza en padres, madres e hijos adolescentes pertenecientes al mismo núcleo familiar. *Liberabit*, 18(1), 75-82.
- Van Praag, B.M., & Frijters, P. (1999). 21 The Measurement of Welfare and Well-Being: The Leyden Approach. *Well-Being: Foundations of Hedonic Psychology*, 413.
- Velasco, F., & Soto, M. (2018). La mariguana en México: implicaciones biológicas y sociales en su legalización y regulación. *Revista Internacional de Investigación en Adicciones*, 4(2), 36-52.
- Velasco, F., Vera, J., & Tirado H. (2018). Encuesta BIARE 2012: Análisis del Bienestar Subjetivo de los mexicanos. *Revista Psicogente*.
- Velasco, P., Rivera, S., Díaz-Loving, R., & Reyes, I. (2015). Construcción y validación de una escala de locus de control-bienestar subjetivo. *Psicología Iberoamericana*, 23(2).
- Vera, J.A., Velasco, F.J., Grubits, H.B., & Salazar, I.G. (2016). Parámetros de inclusión y exclusión en los extremos de la felicidad y satisfacción con la vida en México. *Acta de Investigación Psicológica*, 6, 2395-2403. <http://doi.org/10.1016/j.aiprr.2016.06.002>
- Volkow, N., & Li, T. (2005). The neuroscience of addiction. *Nature neuroscience*, 8(11), 1429.
- Von Bertalanffy, L. (1950a). The theory of open systems in physics and biology. *Science*, 111(2872), 23-29.
- Von Bertalanffy, L. (1950b). An outline of general system theory. *British Journal for the Philosophy of science*, 1, 139-164.
- Zeiders, K.H., Roosa, M.W., & Tein, J.Y. (2011). Family structure and family processes in Mexican-American families. *Family process*, 5.

Acerca de los autores

DRA. MARCELA SOTOMAYOR PETERSON

Estudió la Licenciatura en Psicología especialidad Clínica en la Universidad de Sonora y obtuvo el grado de Maestría en Metodología de la Investigación en el Instituto Politécnico Nacional. En 2008, obtiene el Grado de Doctor en el Programa Estudios de la Familia y Desarrollo Humano de la Universidad de Arizona. Se desarrolla como Maestra de Tiempo Completo en el Departamento de Psicología y Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Sonora desde hace 21 años. Colabora como docente, tutora y asesora de tesis en la Maestría de Políticas y Gestión del Desarrollo Social y en el Posgrado en Psicología, ambos programas de la Universidad de Sonora. Es presidenta de la Academia de Psicología Clínica y Salud; preside también el Comité de Bioética de la Universidad de Sonora.

Su línea de trabajo es familia y desarrollo socioemocional del niño: contexto sociocultural y prácticas de crianza. Ha recibido en dos ocasiones financiamiento internacional de la Universidad de California-Berkeley y de la Iniciativa en Salud de las Américas para su proyecto sobre bienestar familiar y psicológico de niños migrantes y parejas transnacionales en la frontera Sonora-Arizona. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores Nivel 1 desde el año 2014.

DR. JESÚS ERNESTO VALENZUELA MEDINA

Es Licenciado en Psicología por el Instituto Tecnológico de Sonora, Maestro en Psicología por la Universidad de Sonora y obtuvo el grado de Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de Sinaloa. Ha sido docente por 35 años en la Universidad de Sonora y en otras universidades a nivel de Licenciatura en Psicología y posgrado en Educación. Ha desempeñado diversos cargos académicos y mostrado su liderazgo en temas de educación, entre ellos, como presidente de la Academia de Desarrollo y Educación. Actualmente, pertenece al Cuerpo Académico Salud y Bienestar en Grupos Vulnerables.

Sus trabajos de investigación para la exploración del tema de familia se han realizado principalmente en dos contextos: programas de atención a las dificultades de aprendizaje escolar en niños de educación básica, y en programas de atención a cuidadores informales de adultos mayores.

M.C. JULIA IRENE LÓPEZ GONZÁLEZ

Es Licenciada en Psicología y Maestra en Ciencias de la Salud por la Universidad de Sonora. Actualmente, se desempeña como Técnico Académico Responsable del Laboratorio de Orientación Educativa de la Universidad de Sonora y es maestra de asignatura en la Licenciatura en Psicología en esta misma institución. También, colabora como docente y asesora de tesis en la Universidad Kino. Sus líneas de investigación se centran en dos áreas: funcionamiento familiar y su relación con los hábitos de salud y actividad física en adolescentes y sus familias, y en el área de educación se enfoca en la evaluación y análisis de perfiles de ingreso en estudiantes universitarios para el desarrollo de intervenciones enfocadas en aspectos de riesgo que afectan la trayectoria académica de los alumnos. Actualmente, forma parte del Cuerpo Académico Salud y Bienestar en Grupos Vulnerables y de la Academia de Psicología Clínica y de la Salud de la Universidad de Sonora.

DRA. MARÍA MARTHA MONTIEL CARBAJAL

Estudió la Licenciatura en Psicología en la Facultad de Psicología de la UNAM, la Maestría en Psicología en Universidad de Sonora y es Doctora en Salud Pública por la Universidad del Norte de Texas. Es Profesora de Tiempo Completo Titular C, en el Departamento de Psicología y Ciencias de la Comunicación, Universidad de Sonora Campus Centro desde hace 31 años. Ha sido docente en los programas de licenciatura en Psicología con sede en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala-UNAM y en la Universidad de Sonora. Ha impartido cursos de Psicología de la Salud en la licenciatura de Medicina y en la licenciatura en Ciencias Nutricionales de la Universidad de Sonora. En el posgrado ha impartido cursos en la Maestría en Psicología de la Universidad de Sonora, en la Maestría en Innovación Educativa y en la Maestría Gestión en Salud de la Universidad del Valle de México campus Hermosillo.

Pertenece al Cuerpo Académico Salud y Bienestar en Grupos Vulnerables con énfasis en las líneas de promoción de hábitos saludables en niños y adolescentes; Medición y evaluación de programas en salud comunitaria; Obesidad en niños y adolescentes; Bienestar y calidad de vida en la mujer. Además, es miembro de la Red Nacional de Cuerpos Académicos y Grupos de Investigación en Psicología de la Salud; Miembro de la Asociación Latinoamericana en Psicología de la Salud. Colabora en los comités editoriales de la Revista Psicología y Salud, Revista Mexicana de Trastornos Alimentarios y de la Revista del Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Psicología (CNEIP).

M.C. MARÍA ELENA REGUERA TORRES

Estudió la Licenciatura en Medicina General por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es Maestra en Salud Pública por la Escuela de Salud Pública de México del Instituto Nacional de Salud Pública (INSP). Ha participado en tres diplomados sobre enfermedades no transmisibles, coordinados e impartidos por el INSP. Actualmente, es profesora de tiempo completo en el Departamento de Medicina y Ciencias de la Salud de la Universidad de Sonora teniendo bajo su responsabilidad el servicio social de los alumnos del mismo departamento. Es Miembro de la Academia de Medicina y de Educación Médica y miembro titular del Cuerpo Académico Salud y Bienestar en Grupos Vulnerables. Desarrolla sus trabajos de investigación en las líneas de violencia hacia las mujeres, factores de riesgo en población adolescente y estilo de vida en estudiantes universitarios.

DR. FRANCISCO JUSTINIANO VELASCO ARELLANES

Estudió la Licenciatura en Psicología especialidad Clínica en la Universidad de Sonora. Realizó sus estudios de doctorado en Ciencia de la Conducta, orientación en Análisis de la Conducta en el Centro de Estudios e Investigaciones en Comportamiento de la Universidad de Guadalajara. Ha sido profesor en la Universidad de Monterrey (UDEM) y en la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL). Actualmente, es profesor de tiempo completo en la Universidad de Sonora, campus Nogales y presidente del Cuerpo Académico Salud y Bienestar en Grupos Vulnerables. Bajo el programa, auspiciado por el CONACYT, Incorporación de Científicos y tecnólogos mexicanos al Sector Social y Productivo del País (IDEA) realizó una estancia en Sigma Alimentos Noreste, S.A de C.V. Ha sido también asesor en empresas constructoras. Sus líneas de investigación están vinculadas al campo del bienestar social y al proceso de creatividad en ambientes educativos y empresariales.

DRA. ROSSANA BASURTO ÁLVAREZ

Es Licenciada en Psicología, obtuvo un Master en Desarrollo Humano y es Doctora en Educación. Desde el 2004, se desempeña como maestra-investigadora de tiempo completo en la Universidad de Sonora en el Campus Nogales del Departamento de Ciencias Sociales. Actualmente, funge como coordinadora del programa de la Licenciatura en Psicología. Con una experiencia de 28 años dentro del área de la educación tanto en los niveles medio superior como superior. Es colaboradora del Cuerpo Académico Salud y Bienestar en Grupos Vulnerables.

EXPLORACIONES DE LA DINÁMICA FAMILIAR

Aportaciones orientadas al bienestar psicosocial de la niñez a la juventud

ISBN 978-607-518-302-2

ISBN 978-607-98270-4-5

DOI 10.29410/QTP.18.11

La presente obra se terminó de producir en diciembre de 2018.

Su edición y diseño estuvieron a cargo de:

Qartuppi[®]

Qartuppi, S. de R.L. de C.V.

<http://www.qartuppi.com>

EXPLORACIONES DE LA DINÁMICA FAMILIAR

Aportaciones orientadas al bienestar psicosocial de la niñez a la juventud

presenta diversas propuestas para conocer, analizar y evaluar fenómenos interactivos involucrados en el ajuste del individuo a lo largo del ciclo vital. Los enfoques analíticos son diversos, centrándose en características de la interacción diádica, familiar y del contexto donde ocurren.

El propósito último de esta obra es brindar conceptos y aproximaciones que le permitan al lector expandir el rango de análisis para la comprensión del complejo comportamental, fundamentalmente considerando el contexto familiar como determinante inmediato que requiere ser evaluado para asegurar intervenciones más extensas que, por ende, aborden al sistema de apoyo más importante para el desarrollo y bienestar de los individuos.

ISBN 978-607-518-302-2

ISBN 978-607-98270-4-5



"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"

Qartuppi